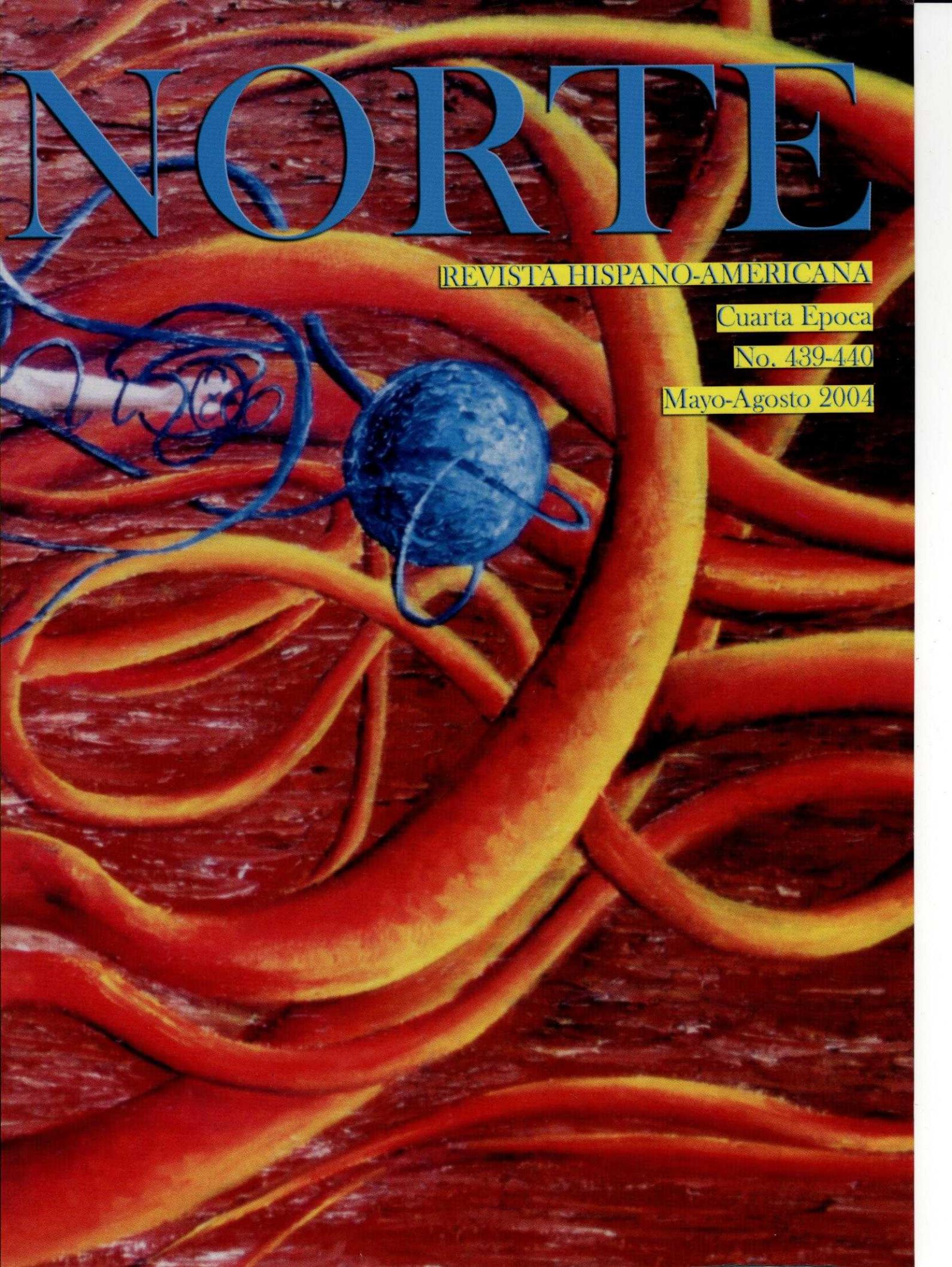


NORTE



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuarta Epoca

No. 439-440

Mayo-Agosto 2004



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Fundada en 1929

Publicación del
Frente de Afirmación Hispanista, A.C.

Calle Lago Como No. 201
Col. Anáhuac,
Delegación Miguel Hidalgo
11320 México, D.F.

Derechos de autor registrados.
Miembro de la Cámara Nacional de la
Industria Editorial

Director:
Fredo Arias de la Canal

Fundador:
Alfonso Camín Meana

Edición a cargo de
Daniel Gutiérrez Pedreiro

Impresa en los talleres de
Impresora Mexfotocolor, S.A. de C.V.
Calle Hidalgo No. 25
Col. Aragón
07000 México, D.F.
Supervisión: Alfonso Sánchez Dueñas

El FRENTE DE AFIRMACIÓN
HISPANISTA, A.C. envía gratuitamente
esta publicación a sus asociados, patrocinadores
y colaboradores, igualmente a los diversos
organismos culturales y gubernamentales
del mundo hispánico

N O R T E

REVISTA HISPANO-AMERICANA. Cuarta Época. No. 439/440 Mayo-Agosto 2004

SUMARIO

| | |
|---|--|
| ■ | EL MAMÍFERO HIPÓCRITA XV Arquetipos Cósmicos asociados al fuego, al ojo y a la piedra (Quinta Parte) |
| | Fredo Arias de la Canal 3 |
| | POETAS INCLUÍDOS EN ESTE ESTUDIO 80 |

Portada: **Vayú**
Alejandro Ruiz González
(Óleo sobre tela. 50 x 70 cm. 2001)



EL MAMÍFERO HIPÓCRITA XV

**ARQUETIPOS CÓSMICOS
ASOCIADOS AL FUEGO,
AL OJO Y A LA PIEDRA**

(Quinta Parte)



Fredo Arias de la Canal

EL NEORROMANTICISMO

En el siglo XIX, surgen una serie de poemas sensuales y cósmicos, influidos por la mitología griega a través de los romances pastoriles españoles. Leamos el soneto **En el baño**, del mexicano Manuel María Flores (1840-85):

Alegre y sola en el recodo blando
que forma entre los árboles el río,
al fresco abrigo del ramaje umbrío
se está la **niña de mi amor bañando**.

Traviesa con las ondas jugueteando
el busto saca del remanso frío,
y ríe y salpica el glacial rocío
el blanco **seno**, de rubor temblando.

Al verla tan hermosa, entre el follaje
el viento apenas susurrando gira,
salta trinando el pájaro salvaje,

El **sol** más poco a poco se retira;
todo calla... y Amor, entre el ramaje,
a escondidas **mirándola**, suspira.

Escuchemos al puertorriqueño Trinidad Padilla de Sanz (1864-1958), en su poema **Paisaje tropical** (tomado de **Para entendernos** por Efraín Barradas):

El cielo azul cobalto
se aborrega de nubes como inmensos rebaños de corderos,
la luz es un incendio, y, en la arena, que ciega,
su selvática pompa extienden los uveros.

En la dorada playa, bajo el reverbero de **sol**
una espalda desnuda se arquea,
rosa blanca que besan las espumas
cuando hierven a flor de la marea.

Una mujer hermosa se baña en las aguas del mar:
su rubia cabellera, incandescente, como una antorcha alumbría:
es el rubio dorado de Brunhilda y Ofelia,
el rubio incomparable de aquellas venecianas
dogarescas que aclamaban a las gloriosas huestes italianas.

Ya en el desmayo del crepúsculo vespertino,
cuando la **luz** cobarde se extiende
vagamente por la tierra
como un velo de novia vaporoso,
pliega el **viento** sus alas rumorosas,
cierra la flor su broche,
el mar se duerme con murmullo leve,
las **estrellas de luz** hacen derroche,
y sólo se percibe en la oquedad desierta
un rastreo serpeante entre las ramas secas
de algún reptil,
que, cual todo lo ruin busca la sombra
y perturba el silencio sonoro de la noche.

Enrique González Martínez (1871-1952) mejicano, en su libro **Preludios** (1903) nos ofrece su soneto **El baño** y el poema **Visión**:

Ya dejas el plumón. Las presurosas
manos desatan el discreto nudo,
y queda el cuerpo escultural **desnudo**,
volcán de nieve en explosión de rosas.

El baño espera. De estrecharte ansiosas
están las aguas, y en el mármol mudo,
un esculpido sátiro membrudo
te contempla con ansias amorosas.

Entras al fin y el agua se estremece.
En tanto, allá en el orto ya parece
el claro **sol de refulgente rastro**.

Y cuando ufana de la fuente sales,
de tu alcoba a los diáfanos cristales,
por **mirarte salir, se asoma el astro**.

* * *

Del **arroyo** en las límpidas aguas,
medio oculta del bosque en las frondas,
se bañaba desnuda y tranquila
luciendo sus bellas y clásicas formas.

Los cabellos, cual velo de oro,
le cubrían la espalda marmórea,
y del **agua** prendida en los rizos,
la luna en diamantes trocaba las gotas.

Entregada a sus **sueños** de amores,
al tenderse en la líquida alfombra,
resaltaban erguidos sus **pechos**
como una pareja de blancas **palomas**.

Asombrado quedé, con el alma
a la par conmovida y absorta;
mas la **luna** escondióse en el cielo
y entre ella y yo puso sus velos la sombra.

He querido olvidarla y no puedo.
Cual relieve esculpido en la **roca**,
ha quedado grabada en mis **sueños**
la bella desnuda de clásicas formas.

También nos ofrece **Parábola de los ojos**, tomado de **Las mil mejores poesías de la lengua castellana** (selecc. José Bergua):

Iba toda **desnuda** la visión estupenda
con blancos de nardo, atrayente y fatal,
y su voz era **flama**, y su vientre era ofrenda
en que el **sexo fulgía** como un áureo trigal.

En unánime angustia se apiñaba en la senda
el humano deseo con rugidos de mal,
y los **ojos, puñales** de lasciva contienda,
dardeaban sus puntas como un solo **puñal**.

Era un coro de aullidos, era un lúbrico asalto,
y los **ojos** en fiebre y las manos en alto
eran siervos sumisos de la extraña visión;

y la forma **desnuda**, bajo el fiero destino
que ni escucha ni aguarda,
prosiguió su camino
de **cometa** que arrastra una estela de horror.

Sólo un hombre pugnaba por asirse a la vida
ante el hondo presagio de la noche **estelar**,
y quedarse a la zaga, mientras era impelida
la fantástica turba por el **viento** del mar.

Mas sintió que era inútil. Un afán sin medida
lo empujaba al espectro... ¡Y era noble cegar
las **pupilas obsesas a la luz** maldecida
por no ser el esclavo de su propio mirar!

Y en las pávidas cuencas que albergaban
sus **ojos**
sepultó las diez uñas y cayeron los rojos
y **sangrientos** claveles de la turba a los pies...

Y sumido en su noche, emblemático y fuerte
como el ángel que triunfa del amor
y la **muerte**,
lo miraron los hombres que pasaron después.

Juan Ramón Jiménez (1881-1958) en la III parte
de **Francina en el jardín** de su poemario **Poemas mágicos y dolientes**, nos ofrece otra visión
cósmica de una mujer hermosa:

Se reía frente al sol
poniente... y sobre las hojas
duras del laurel mojado,
tenía la cara rosa.

Dos ocasos melodiosos
eran sus **ojos**; su boca
de raso carmín de salvia;
sus **dientes de luz** sonora.

Y cuando yo me ponía
entre ella y el sol, mi sombra
la hacía blanca, de un blanco
de violeta blanca y sola,

que evocara el malva vago
de las violetas umbrosas,

que aún guardase un tenue ensueño
de vivir entre las otras...

el sol le alumbraba el fondo
de las cosas misteriosas;
los **ojos**, el blando nido
del amor, la axila blonda...

eran rosados sus **pechos**,
rosas sus piernas redondas,
sus hombros de un rosa suave,
sus dulces orejas, rosas.

Jesús Orta Ruiz (El indio Naborí) en **Primer desnudo de mujer**, de su poemario **Desde un mirador profundo**, glosa en décimas cósmicas la
última estrofa del poema anterior:

La vi desnuda en el río
emergiendo del cristal,
y era su cuerpo un rosal
diamantado de rocío.
Su cara –rosa de estío–
asomó entre los helechos;
y cual si estuvieran hechos
con rosas de la alborada,
chorreantes de agua envidiada,
“eran rosados sus pechos”.

Gozaba el **agua** y la **brisa**,
la **luz** y sus **rosas** bellas,
y acaso dio para ellas
la rosa de su sonrisa.
El río –andarín de prisa–
besaba sus trenzas blondas
con los labios de sus ondas;
y eran, bajo la mañana,
rosa su boca de grana,
“rosas sus piernas redondas”.

Saltó del río sonoro
a la arena; y, majestuosa,
mostró al **sol lunas** de rosa

y su vientre, rosa de oro.
Ebria por aquel tesoro
de rosas, trinaba un ave
como diciendo la clave
del momento y de sus galas.
Parecían echar alas
“sus hombros de rosa suave”.

Sola, sin ver la ilusión
escondida entre las ramas,
sentía crecer las **llamas**
del día en su corazón.
De una lejana canción
venían las melodiosas
notas, como **mariposas**;
y eran, en aquella umbría,
atentas a la armonía,
“sus dulces orejas, rosas”.

Juan Ramón Jiménez, plasmó otra visión de Francina en su poema **Jardín carnal** en **Poemas mágicos y dolientes**:

¡Qué quieto está el jardín,
qué quieto y qué celeste!
¡Las margaritas blancas y las rosas
blancas, entre lo verde
me hablan, con sus **estrellas** y sus rasos,
de cosas que se fueron para siempre!

Desnuda y cruda, como
una luna, opulenta de placeres,
jugaba con sus manos
en el **agua** tranquila de la fuente;
no por cojer el cielo,
no por bajar a un fondo de verjales...
—era sólo de carne, como una dalia blanca,
un ramo de frescura y de desdenes—.

Me **clavó** el corazón
con su **mirada** azul... eternamente,
mi corazón, que reposó en sus muslos
blandos, entre lo verde,

se **desangra**, latiendo para ella,
por el jardín celeste.

Lucero, cielo malva,
agua tranquila de la fuente;
¡apareced de nuevo ante mi vida,
como el preludio vago e indeleble
de aquellas tardes, llenas
de cosas que se fueron para siempre!

Federico García Lorca (1898-1936), en **Casida de las palomas oscuras**, presenta una imagen cósmica y sensual:

Por las ramas del laurel
vi dos **palomas** oscuras.
La una era el **sol**,
la otra la **luna**.
«Vecinitas», les dije,
«¿dónde está mi **sepultura**?»
«En mi cola», dijo el **sol**.
«En mi **garganta**», dijo la **luna**.
Y yo que estaba caminando
con la tierra por la cintura
vi dos **águilas** de nieve
y una **muchacha desnuda**.
La una era la otra
y la muchacha era ninguna.
«Aguilitas», les dije,
«¿Dónde está mi **sepultura**?»
«En mi cola», dijo el **sol**.
«En mi **garganta**», dijo la **luna**.
Por las ramas del laurel
vi dos **palomas** desnudas.
La una era la otra
y las dos eran ninguna.

Germán Pardo García (1902-91). Su poema **Vitalidad de Safo de su Sonetario**:

Ungió entre las adelfas su hermosura
con el iris del mar de Mitilene,
y en los dedos citáridas sostiene
la rosa bisexual de su ternura.

No ha muerto y canta y su pasión perdura.
Ayer **fulgía** en el talud que tiene
propíleos adorantes. Safo viene
de siglo en siglo a la ensenada oscura.

Alceo enlira y le descubre abierta
la entrada al corazón. Frente a su puerta
Safo confía y se estremece y duda,

y al fin exclama, en éxtasis alado,
que ha visto en la belleza del amado
la doncellez de Góngula desnuda.

También de Pardo García, **Mujeres en el río**:

**Fulgen como panteras excitadas
por el sol; y en los médanos del río
desnudan su bramal cuerpo bravío,**
de oscuras cavidades almizcladas.

Arrójanse con furia a las heladas
vertientes en un vértigo cabrío,
y el choque hace saltar granicerío
sobre sus cabelleras perturbadas.

Escúchase su brusco chapoteo
de yeguas aplacando su deseo.
Y cuando al fin, de las fluviales brumas

sus ancas brincan al aduar cercano,
despréndese del **río ultramontano**
denso vapor de **fétidas espumas**.

Enrique Loynaz (1904-68), cubano. De **Poemas del amor y del vino**:

Entre los lirios, no podría
decir cuál es el **cuerpo de mi amada**.
Cuando baja a bañarse sola
por la mañana,
y hace un aire claro
y está llena de lirios el agua,
nadie puede decir
cuál es el **cuerpo de mi amada**.
Su cabello parece blanquear vagamente;
son más blancas sus manos blancas,
como lirios manchados de vino,
son más blancas...
y hasta su boca roja, luce blanca.
Son blancos sus ojos
como sus pestañas;
los pies, suaves como la leche, se derriten
poco a poco en el agua,
desaparecen sus hombros y luego sus **senos**:
los brazos se alargan, se ablandan
extrañamente como
si fueran dos cintas de plata,
y su piel parece entonces hecha
de un agua de lirios,
de un brillo de aguas.

Antonio Cruz y Nieves (1907-74), puertorriqueño, en su **Nocturno** (tomado de **Versos**):

Murmura el mar en la noche
sus soliloquios de espumas
y se traduce en capullos
tornasoles su amargura.

En **áureas rutilaciones**,
blanca de toda blancura,
sobre una nube que corre
salta la faz de la **luna**.

Ven a contar las estrellas.
Tu mirada por aguja

en el hilo de tu ensueño
engárzalas una a una.

**Ven desnúdate en la playa
y pulcramente desnuda
deja que caiga en tu espalda
en chorros de luz la luna.**

**Los pezones de tus pechos
la seda del viento punzan
y un barniz de astros lejanos
de rútila luz los unta.**

**Fosforescencias extrañas
en tus cabellos pululan
y hay matices de crepúsculos
en el nácar de tus uñas.**

Tu vientre en sombras envuelto
tiembla, palpita, **fulgura**
y a tus amplios muslos blondos
estambres de **luz** se anudan.

Dancemos juntos la danza
de las almas que se aúnan
y las bocas que se besan
y los cuerpos que se buscan.

**Cual diamantes las arenas
brillan** en la noche bruja.
Lecho **radiante** te ofrecen
las arenas de la duna.

Y es un canto epitalámico
que suena en la paz nocturna
el murmullo de las olas.

Miguel de Varona Navarro, cubano, en su poema
Imagen:

Esta noche te has vestido de **luna**.
Esta noche la **luna**
se ha volcado en tu cuerpo
y hay un **temblor de lirios**
sobre tu piel desnuda
y un titilar de estrellas
sobre tu cabellera.

Déjame contemplarte así:
emergiendo gloriosa de un encantado lago,
inmóvil y callada en el cristal del agua,
vestida únicamente con resplandor de luna
y con polvo de estrellas,
para que así tu imagen
se haga eterna en mi sueño.

COLOFÓN

Los nómenos metafísicos de la poesía, o sea, los símbolos incógnitos que forman sus criptogramas, dejan de serlo cuando las leyes de la creatividad los convierten en fenómenos racionales, al explicar el significado de los arquetipos. Los secretos de la poesía han sido descubiertos y por lo tanto también los de los ritos religiosos y algunas paradojas de la filosofía. Lo importante ahora es escuchar lo que la voz del inconsciente colectivo les dicta a los poetas-filósofos, poetas-científicos y poetas-políticos.

Por lo pronto, continuaremos exhibiendo los vocablos arquetípicos del protoidioma de los poetas líricos.

ALFREDO GANGOTENA (1904-44), ecuatoriano. De su antología **Poesías Completas** (Casa de la Cultura Ecuatoriana del Guayas):

IX

Tiemblan los **muros** y las hojas.
Os digo y aseguro:
hay alguien que **sangra**,
alguien que **sangra con gotas gruesas**,
pesadas como el ácido soterrado en el seno
terrible de la montaña.

¡Abrid las puertas, abridlas!
Que el vapor siga aceleradamente
la ruta de **fuego** que le conducirá a los ángeles.
Hay alguien que **sangra**.
Si él os habla, sus **ojos** desde la raíz de la vida,
se han abierto en vuestra noche,
como un **incendio de savias** en la selva.
Pues él está condenado en su carne y en su espíritu.
¿No sabrá nunca
de la dulzura del cielo que se infiltra
largamente en nuestras **pupilas**,

y de las palpitantes **brisas** de esperanza
que mecen y alargan a las hojas adormecidas?
El mundo en su corazón y su espíritu,
el mundo para él ha terminado.
Con toda su **vergüenza** no respira.
Ausente y desaparecido,
no le valga nuestro consuelo.
¡Piedad, a pesar de todo!
¡Reincidamos, reincidamos!
Vibrantes colores de su frente,
haced de suerte que diga:
“El amor: los soplos, las **miradas y los sueños**,
toda imagen, toda sombra
y la perenne tristeza de mi cerebro”.
Volved, a pesar de todo,
a vuestro hogar de **luces**,
manchas de un **sol** perdido
que se empecinan sobre este niño de miseria.
El destello de arriba
le aproxima su túnica de fuego.
Pero el frío tenaz ha **congelado todo alimento**.

Sólo este rumor aledaño de arenas
emprende su vuelo.
¿Sería aquello el día, la claridad, la liberación,
o quizás el estéril **aliento del desierto**
que se abisma en su polvo
y zozobra con nosotros?

Os digo y aseguro:
hay alguien que **sangra**.
Esta es su voz:
“¡Ya no sé orar, no lo soporto y estoy perdido!
¡Oh mis rodillas!
Esforzaos en asir los murmullos
y las estaciones de la tierra.
¡A los calvarios y las músicas
no les basta la temperatura de mi **sangre**!
¡Ya no sé orar y el **viento me desgarra**!
Tierra, he aquí tus llanuras y tus collados,
tus ríos y tus florestas.
Heme aquí insaciado y silvestre.
Y aún muriente me relegas
a la última soledad del mundo”.
Y la hostil e **inmóvil estrella** le responde:
“¡Ah, sí, hasta que el cielo te haya arropado
con su **purulencia y con su lodo**!”

CARLOS GALINDO LENA, cubano. De la revista **Islas**
No. 131:

SE REGRESA EN EL TIEMPO

Un hombre
en tanto que le llamen las voces de la tierra
escribirá su nombre en las raíces.
Dejará sobre las **piedras muertas**
constancia de su **fuego**.
Un **viento** innumerable tatuará a sus espaldas la flor
y el enigma.
No en vano del corazón del ave salió la primavera
a reinar sobre el muerto.
Su nombre no **brilla aún en el pozo de la madre lejana**.
Él mira y cuenta las estrellas.
Sabe que no es un nombre sobre la tierra muerta.
Que no es un animal

puesto a secar al sol como la lluvia.
Con unos pies de niña pobre en su pesebre.
Él sabe que aún le llamará la patria.
Que se erguirá entonces como los puentes en la noche.
Aunque la muerte innumerable nos aceche.
Pero sobre las arenas
desde el **ojo** del tiempo
aún él puede regresar.

JORGE LUIS GARCÉS GUERRA, cubano. De su libro *Horizontes en deshielos*:

MAÑANA CUANDO YO SEA UN PEÑASCO
SOBRE CUMBRES BORRASCOSAS

La vida puede ser una pincelada
o eterno guerrero tatuado de niño
siento no llevar a tus **ojos**
otra magia de palabras
que estas fábulas
manchadas por frágiles cruces
siento imaginar rostros atravesando
tus **labios como reptil**
luego
cuando me censuren
por mostrar esperanzas atrapadas
en **mares de vidrios**
seré un auditorio repleto de soledad

fabuloso mundo el lenguaje sin **tigres** enjaulados
que será de ti primavera
cuando no sea yo quien cuide de tus sombras
y mi amor no se desvista contemplado por la **luna**

eso guardo de este enorme **árbol pájaro**
que me lanza donde fuimos
espantados por broquedades
sin sospechar que las risas de las paredes
era yo
cayendo como neblina sobre tu erótica cintura
entonces como hermosas espigas
caminamos uno dentro del bolsillo del otro
y nos besamos
como en películas.

JOSÉ LUIS GARCÍA HERRERA, español. Dos ejemplos, el primero de su libro *Spelugges*:

EN LA IGLESIA

Despertaban los primeros días de septiembre.

Dejaron caer un hilo de **agua** sobre mi cabeza.
Gotas de rocío o gaviotas de naufragio
rodaron entre las manos que me sostenían
sobre una alta pila bautismal de **mármol**
con vetas rosadas y espíritu de concha.

En un rincón fresco de la iglesia,
donde la emoción y el llanto impulsivo
ahogaban el rumor monótono del rezó,
mi abuela sostenía un alto **cirio encendido**,
en aquella hora donde todas las promesas
se juramentaban con voz profunda y clara.
Enjugándose los **ojos** con un pañuelo blanco
prometió velar por mí cada día de su vida,
con un tesón de ángel o de apóstol,
enseñándome las líneas del camino
a través del **aguacero**, o guiando mis pasos
desde el plateado carrusel de las **estrellas**.
Cuando miro al cielo en noches de estío,
en esas noches cálidas donde todo está en calma,
sé que ella está allí, vigilante y firme,
fiel a su palabra.

De la revista *Aguamarina* No. 69:

EL ÁNGEL SIN IDIOMA

Que sean abolidos, ángel sin idioma,
tus torpes **labios**
amasados en el foso helado del invierno.
Que la maza del rompeolas
quiebre tu lengua de sal gruesa
y una **luna** de nieve
sepulte tu **mirada bajo milenios de agua negra**.
¿Fuiste tú quien abrió los portones del **relámpago**
sangró su locura por los escalofríos de mi alma?

¡Aléjate, ángel de lava hostil!
 No es mi ley el culto a la venganza
 ni el disparo a bocajarro que arrasa con su **fuego**.
 ¡Aléjate, ángel advenedizo!
 Me niegas toda la razón para cruzar el río de la vida
 y **sajas mi carne con la daga** de tu presencia,
 con el sordo rumor de tus alas negras, con la ira
 que viertes desde la jarra de tu **mirada** tormentosa.
 ¡Aléjate, ángel ruin de las cavernas!
 Jamás me impondrás condición de **náufrago**.
 Cota de malla
 vela el torso fiel que me acompaña.
 Voluntad de hierro
 forja mi deseo de vencerte y derrotarte.
 Y aunque hurgaste en mi tiempo con dedos de **fango**,
 niego tu oscuro idioma de tierra movediza,
 tu silencio de **piedra**
 arrojado al mar de los destierros,
 tu fraude de tinta
 pisoteada como las rosas aciagas del invierno.
 Sin tus armas de ladrón o de falso profeta
 no lograrás llevarme al fin del túnel,
 no pondrás mi nombre
 entre los archivos de la muerte.

ELLÉALE GERARDI. De Poetas argentinos del Siglo XXI (Sol Editora Argentina, 2001):

INMENSA SOLEDAD
 (fragmento)

Me atasco en un cañón
 de altísimos **paredones** sombríos
 por donde nadie trepa.
Me asfixian
las rocas de los muros paralelos
 que aprietan mis temores.
 Levanto
 los **iris**
hacia la luz celeste
 de las verdades
 y no encuentro una nube capaz de hacer **llover**
 una gota de paz para el sosiego.

Me acurruco en la silla poltrona del domingo,
 desparramo mis **ojos**;
 no hay **sol**.
 Las alas invisibles del recuerdo
 me atrapan
 en medio de la inmensa soledad.

VICENTE GERBASI, venezolano. Dos ejemplos, el primero de la antología **Semillas y frutos** por Oscar Abel Ligaluppi:

MI PADRE, EL INMIGRANTE

Tu aldea en la colina redonda bajo el aire del trigo,
 frente al mar con pescadores en la aurora,
 levantaba torres y olivos plateados.
 Bajaban por el césped los almendros de la primavera,
 el labrador como un profeta joven,
 y la pequeña pastora
 con su rostro en medio de un pañuelo.
 Y subía la mujer del mar
 con una fresca cesta de sardinas.
 Era una pobreza alegre bajo el azul eterno,
 con los pequeños vendedores de cerezas
 en las plazoletas,
 con las doncellas en torno a las **fuentes**
 movidas rumorosamente por la brisa de los castaños,
 en la penumbra con **chispas** del herrero,
 entre las canciones del carpintero,
 entre los fuertes zapatos claveteados,
 y en las callejuelas de gastadas **piedras**,
 donde deambulaban sombras del Purgatorio.
 Tu aldea iba sola bajo la **luz** del día,
 con nogales antiguos de sombra taciturna,
 a orillas del cerezo, del olmo y de la higuera.
 En sus **muros de piedra** las horas detenían
 sus secretos **reflejos** vespertinos,
 y al alma se acercaban las flautas del poniente.
 Entre el sol y sus techos volaban las palomas.
 Entre el ser y el otoño pasaba la tristeza.

Tu aldea estaba sola como en la **luz** de un cuento,
 con puentes, con gitanos y **hogueras** en las noches
 de silenciosa nieve.

Desde el azul sereno llamaban las **estrellas**,
y al **fuego** familiar, rodeado de leyendas,
venían las **navidades**,
con pan y miel y **vino**,
con fuertes montañeses, cabreros, leñadores.
Tu aldea se acercaba a los coros del cielo,
y sus **campanas** iban hacia las **soledades**,
donde gimen los pinos en el **viento del hielo**,
y el tren silbaba en lontananza, hacia los túneles,
hacia las llanuras con búfalos,
hacia las ciudades olorosas a frutas,
hacia los puertos,
mientras el mar daba sus **brillos lunares**,
más allá de las mandolinas,
donde comienzan a perderse las aves migratorias.
Y el mundo palpataba en tu corazón.
Tú venías de una colina de la Biblia,
desde las ovejas, desde las vendimias,
padre mío, padre del trigo, padre de la pobreza.
Y de mi poesía.

De Litoral No. 82/84:

MARTES DE CARNAVAL

Pongo las máscaras sobre el **vidrio**
y encuentro los **ojos huecos**
entre el azul y el rojo,
en una penumbra donde renace el rostro
como en un cuadro antiguo.

Bien, no llevo máscara,
pero en torno mío llueven las serpentinas,
veo una **luz cambiante de cristalería**,
oigo el sonido de una **fuente que se ilumina**
en la noche.

He andado mucho para llegar a esta ciudad
donde la llovizna hace un lago de avisos **luminosos**,
donde los mendigos duermen
en los umbrales del tiempo.

Vine con zapatos de campesino,
con yerbas en los bolsillos,
con la costumbre de hablar con los animales,
y de mirar largamente las noches **estrelladas**.

Los disfrazados de **muerte**
cabalgan por oscuras colinas.
Los veo entre las **rocas**
como sombras de la **luna**,
vestidos de telas blancas, en sus caballos blancos,
entre el verde oscuro de los árboles nocturnos.

Bien sé que hay muchas casas pobres,
aquí y junto a lejanos ríos,
en esos grandes puertos con carbón,
en el huracán de oscuras montañas despeinadas,
a orilla de los pinos y los **hielos**,
casas con negros **muros** en el tiempo,
con niños pidiendo pan a media noche,
y padres que se desvelan en silencio.

Y sé que hay **espadas en el vino**,
espadas en la sangre,
espadas en las cárceles,
espadas que cortan ojos en la sombra.

Las bellas prostitutas en la danza,
en el centro del **fuego**, quemando serpentinas.

Oigo. Oigo largamente la noche,
y resbalan en mis sentidos los colores
como un museo de cera que se **incendia**.

JOAQUÍN GIANNUZZI, argentino. Tomado de la revista
La luna que se cortó con la botella No. 32:

ASTROLOGÍA

En un punto del **universo ha estallado una estrella**
y simultáneamente el equilibrio químico
se turba desconcertado en una célula de mi vecino.
De este modo
el **cáncer** se instala del otro lado de la **pared**.
Si tengo una **estrella** para mí, por el momento
brilla estáticamente sostenida,
hasta que alguna mutación en su vientre **llameante**
determine un **coágulo** en mi historia personal.
No es que crea mucho en estas relaciones,
en el lenguaje prefigurado

que torna dramáticas las **constelaciones**. Creo sí en el deterioro universal, en las fallas del mecanismo que no entraron en la cabeza de Kepler, en el movimiento falso del músculo en la cápsula ambigua del tratado de paz: dones de un mismo reino donde las proporciones son apenas un accidente y la falta de sentido y de fidelidad lo único serio; **piedras en la vesícula, explosiones en el sol, una chinche aplastada y una clamorosa colisión en la cabellera de Andrómeda.**

PERE GIMFERRER. Tomado de **Lírica española contemporánea. Poetas de los 70** por Sara Vanegas Coveña:

BAND OF ANGELS

Un jazmín invertido me contiene, una campana de **agua, un rubí líquido** disuelto en sombras, una **aguja** de aire y gas dormido, una piel de carnero tendida sobre el mundo, una hoja de álamo inmensamente dulce, cuanto puede vegetal y callado remansarse sobre nuestras cabezas, y la sien y los labios y el dorso de la mano ungir de **luz**:

Tú llegas.
Mía, mía
como el árbol del cielo de noviembre,
la **lluvia** del que en sus **cristales**
óyela
y piensa en ella, el mar de su eco lóbrego,
el viento de la cueva donde expira
y se sume, pasado el planisferio,
la luz de su reflejo en un estanque,
el astro de su luz, del tiempo el hombre
que lo vivió y luchó para ganarlo,
ganando aquél, del silencio la música
que un instante ha cesado y se retiene
para volcarse luego, un solo **río**,
una sola corriente de **oro** en pie,

inmóvil y cambiante, tal es el signo de la **centella** en el recuerdo, cuando la pensamos y fue, sobre la tapia en cal de nuestra infancia, un aro **rotó**, y aquel **fulgor** estremeciendo el aire, caliente en las mejillas, glacial luego, cuando la **lluvia** en chaparrón nos vence y vence nuestra infancia:
toda mía

como esa infancia que no tuve, el ruido de una máquina al coser, tarde perlada de cansancio, cortinas fantasmales, unánime el pasillo hacia el balcón y la calle entre rejas, un perfil desconocido, el mío, y en sus **ojos** otra **luz** de leyenda, un mundo, salas, caminos, **rosas**, montes, arboledas, tapices, cuadros, parques de **granito**, abanicos abiertos, tumba abierta como un **ángel de mármol**, tumba abierta con coronas y versos, tumba abierta de un niño, tumba oscura, aún mi pelo rizado estaba, tumba abierta al **cierzo** y la **lluvia** de otoño, verdes eran ya mis **ojos**, en mi boca había un lirio, tumba abierta de **barro** removido, paletadas de **estiércol en los ojos** de un niño, tumba abierta, venid todos murió en noviembre y llueve en su piel blanca, llueve con la dulzura del otoño y el dolor de la infancia que no tuve y hoy sueño para ti, pues eres mía
mía como lo más mío de mí mismo. Yo te he esperado años y no importa (no debiera importar) que sin tu **luz** permanezca unas horas escribiendo poemas al azar, mientras te sé con otras gentes –¿tú, la que me sueño, o la que eres?– ida, ajena, en este país tan tuyo de metal y sombra donde no puedo entrar, en este tiempo vivido sólo por y para ti, el tiempo de la sala de concierto donde entraste aquel día, y bruscamente te vi partir, sabiéndome a tu lado y queriéndome aún, más desde lejos,

donde imposible no sonó mi paso
ni mi respiración de amor llegaba
a tus cabellos, desde el centro mismo,
de la otra vida, el corazón magnético
que envolvía en un círculo, hacia arriba,
sala y rostros y música y a ti.
No debiera importar que no tenga
de este modo en las horas que tú vives
lejos de mí, fiel a tu propia vida,
para luego en la **luz** de amor transida
de mis **ojos** reconocerte en mí
y latir al unísono los pulsos,
astros, flores y frutos del amor;
no debiera importarme, mas no sé
dar al olvido tantos años muertos,
tanta belleza inútil, pues no vista
ni gozada contigo, tanto instante
que no sentí, pues no sentí a tu lado,
toda mi vida antes de abrirme a ti:
este jardín, esta terraza misma,
el vientre tibio de la noche fuera,
las ubres ciegas del pasado, el **agua**
latiendo al fondo de un poema, el **fuego**
crepitando en la cumbre de un poema,
la cruz donde confluye el elemento,
el círculo o conjuro cabalístico,
la pezuña del diablo, los ardides
que con mi amor fabrican poesía
como metal innoble.

Veo el claustro
ya en silencio a esta hora de la tarde,
mágico en la distancia y la memoria,
arropado de sombras indecisas,
y tú saliendo, tu cabello suave
que ahuyenta las brujas, tu **mirada**
vertida en algo más allá de ti
la astral fosforescencia de tus dientes,
el hielo dulce y terso de tus labios,
todas las dalias que en tu piel exhiran
y en cada pliegue de tu cuerpo y toda
la piedad que tus manos me conceden.
Irreductiblemente, ¿cómo ves
al que te espera, con tus **ojos** puros?
Supiera esto, y tú serías mía,
y al esperarte ahora, en esta tarde
que existe sólo porque existes tú,
la **luz** que confabula este poema

incendiaría nuestra soledad.
Ven hasta mí, belleza silenciosa,
talismán de un **planeta** no vivido,
imagen del ayer y del mañana
que influye en la marea y en los versos;
ven hasta mí y tus labios y tus **ojos**
y tus manos me salven de **morir**.

ANTONIO GIRAUDIER. De la antología **La última poesía cubana** por Orlando Rodríguez Sardiñas (Hispano-nova, 1973):

EL OTRO ASOMBRO

La estática viudez
del plano aislado
agranda la **mirada**
y el valle hondo
de dolor inmenso
en un césped seco.
El tiempo repetido
de lluvia y nieve,
detiene la emoción
de los adentros
en forma de **crystal**,
en campos ciertos
del asombro y del silencio.
El amor al futuro,
incita a conservar
y a proseguir con lágrimas
aunque no formen un **río**
conocido por un **sol**.
Las calles imbuidas
de rutina sorda
y **ciega**,
no retratan lo **inmóvil**
del saber poderoso,
acumulado en los regazos
sin ruidos.
Sólo un ruiseñor perdido
entre cielo, nube y frescor
de bosque y olvido,
recoge la calma
luminosa y la sabe
devolver en trino.

Corre entonces el sonido,
aire tras aire,
a través de **vino**
y palabras;
a través de almas,
destinos.
No crea nunca su sino.

de la **luz** del tiempo
y del mar tranquilo.

Deja en el mar y en
caminos
la **luz** y el paso tranquilo,
asombro y **cristal**
en silencio,
mucho aire y algún
vino,
ecos enormes de detalle
y lino,
valles muy grandes
de espiga y lirio...
y todo en quietud
que trabaja y cree
y no muestra fuerza
de cacique o jefe.
Es quietud envuelta
con segura voz,
lanzada en onda
eterna y girante
por el ruiseñor
de cielo y **diamante**...
por su trino cierto
de amor y armonía;
perfección, que a tiempo,
atrapa un silencio
y lo obsequia a un **mundo**
—para algún otro **mundo**.
Lo regala al “siempre”
lo **ilumina** y canta—
y se salva el asombro
de **mirada** grande
y de valle hondo
y dolor inmenso;
el de césped seco
que suspira **sed**;
el lluvia y nieve
y **cristal** perplejo;
el de plano aislado
en los campos ciertos

TERESA GIRBAL, argentina. De su libro **Niño del Paraíso**:

RETORNO

Hay que hacerse a la mar, capitán Odiseo
otra vez ese rumbo que ha fijado la historia:
a las **fuentes** del mar, vertientes del deseo,
por la **descabezada**, bellísima, victoria.

Otra vez ese rumbo que ha fijado la historia,
dejando a las espaldas una ciudad en **llamas**,
con la proa hacia Itaca, con el miedo y la gloria,
regresar a la patria y a la mujer que amas.

Dejando a las espaldas una ciudad en **llamas**:
Troya, la mitología, que Júpiter maldijo;
volver a las raíces del árbol y a sus ramas,
al lecho de la esposa y a los sueños del hijo.

Troya, la mitológica, que Júpiter maldijo
quedó atrás como un **ascua de encendidos rubíes**,
es la **hoguera** de siglos que Casandra predijo
con astrolabios, vísceras y vuelo de neblíes.

Quedó atrás como un **ascua de encendidos rubíes**,
y adelante las Cícladas, las sirenas, los **mundos**
donde mueren tus hombres, donde lloras y ríes
y te dejas amar en los días jocundos.

Y adelante las Cícladas, las sirenas, los **mundos**...
el regreso es tan fácil, pero no todavía.
Volverás a perderte por los mares profundos,
está cerca la paz, pero aun vive el deseo.

Y una vez y otra vez, con las **luces** del día
cantarán las sirenas a pesar de la cera,
cuando ya en Occidente, capitán Odiseo,
se **vislumbren** los **muros** de la patria que espera.

ALBERTO GIRRI, argentino. De **Antología de la Poesía Hispano-Americana Moderna**, tomo II (Monte Ávila Latinoamericana, Venezuela):

LA NOCHE

Hondo número, si me finjo solo
eres moneda infiel del cansancio.
Me reclamas, me dejas devanar tu historia,
y no sé, oh destierro perezoso,
a qué tinieblas me prodigo.

Cualquier grito arma tus hijos,
y son tus hermosas presas
las imágenes.

Dulce es la piedra,
el exceso del ojo vaga en los silencios,
y la voz del ciprés crea tu dominio del mundo.
No reines para el mundo, voluntad cruel,
supremo mastín del miedo vistiendo las horas.

Llegan y mueren los siervos del sol.

Hondo número, si me finjo solo
es que huyo de la fe engañadora. No busco mentir,
ni medir,
ni engendrar nombres menos pérpidos que el rumor.
Es milagroso ver cómo respira
la transitoria mansedumbre,
y la calle, taller de fiebre y sueños,
quema sus orígenes.

Ábrete noche, háblame.

PEDRO OSCAR GODÍNEZ, cubano. Su poema:

QUÉ DIRÁN LAS POBRES MERLUZAS

Porque ocurre que en verdad uno se hastía
de arrancarle el corazón
a los animales que más quiere
en este mundo

para alimentar un egoísta anhelo
de más vida.
Sucede así que uno se va cansando
lenta lentísimamente
de este viejo oficio
de depredación y espanto
la cansona y terrible monomanía
de tumbar al caballo sobre el verde cómplice del paisaje
e **hincarle el diente** entre la flaca ramazón de costillas
luego de haber galopado media existencia
sobre el lomo del pobre heraldo de Dios
y despojar de sus entrañas al **pez**
que ejecuta para nosotros su danza de las **aguas**.
¿Qué dirán las **merluzas**
de ojos vidriosos
que están siguiendo el hilo de este discurso
sobre eso de quitarles el pellejo
y embalarlas en bellas cajitas?

¡Ah, del hígado hipertrofiado de las inocentes ocas
servido en un plato
con el nombre
de “foie de gras”!

Hasta el oscuro recinto de las **lombrices**
ha descendido el hombre
en su desenfreno y su caída
hacia ninguna parte
y todo para saciar estas voraces ansias
de sobrevivir a toda costa,
aun de las miles de otras pequeñas vidas
de insignificante aspecto
que adornan los caminos de la Creación.
Y ocurre y sucede
como siempre ocurre y sucede
que uno acaba por cansarse de lo mucho y de lo poco
y de subir cuesta abajo
y de bajar hacia las **estrellas**
en este mundo relativo
a la vez salvaje
y ultramoderno
del **rayo láser**
y la **guillotina**
ahora te lo puedo decir
Pablo
a ti
ahora que ya no estás

porque sucede
 que no somos
roca sólo
 y yo también
 como tú un día de tu segunda residencia entre nosotros
 voy sintiendo sin dudas los primeros síntomas
 de esta vieja enfermedad
 porque se va haciendo ya casi inhumano
 ser un ser humano
 y hasta admito
 que sería
 lícito
 y acaso
 tal vez
 delicioso
 apagar el **sol**
 de una meada.

De Sueño otoñal, su poema:

¿QUIÉN SOY?

En este mundo rebosante
 de tecnísmos, talentos,
 artefactos y consumismo
 ¿qué soy?
 ¡Nada! ¡Nadie!
 Ni siquiera espantapájaros
 burlado por chincoles
 que anidaron en su paja.
 ¿Qué soy?
 Con cerebro destinado a la tarea,
 con lenguaje para comunicar causas,
 con un don pisoteado.
 ¿Qué soy?
 Sólo figura de transeúnte,
 sólo carne envuelta en su piel.
 Sólo punto entre tantos otros,
 con garganta agonizante de **sed**
 con alma arrinconada,
 con inquietudes huérfanas.
 ¿Qué soy?
 En el hormiguero de iguales
 que mirándose en mi espejo,
 ven su rostro de vivos **muertos**,
 con dos **ojos** persiguiendo fantasmas
 como nubes ambicionando **tragarse**
 al cielo;
 porque cielo es la gloria
 de alturas transparentes
 y nubes las manchas donde el llanto
 se concentra.
 ¿Qué soy?
 ¿Tal vez un par de alas **mutiladas**
 que en añicos convertidas
 son del suelo el juguete desamado
 y entre polvos y **gusanos**
 desconocen el Paraíso
 para el que fueron concebidas?
 ¿Qué soy?
 ¿**Araña** o **pantera** acorralada?
 ¿Qué es mi **fuente** de ternura?
 ¿Qué el rango de paloma?
 ¿Y la **fogata**?

ELIANA GODOY GODOY, chilena. Dos ejemplos, el primero de su libro **Chaparrón**:

TODOS LOS ASTROS CANTAN

Todos los **astros** cantan en el coro nocturno
 subyuga la tarea de **fúlgidos diamantes**,
 saber del arquitecto por pautas palpitantes,
visibles en la marcha concorde con su turno.

Todos los **astros** cantan. Las voces celestiales
 exaltan campanarios del meditar profundo.
 La vida adquiere fuerza de mar en un segundo.
 Las alas le descubren al ser los verticales.

Todos los **astros** cantan el salmo sempiterno.
Miradas deslumbradas penetran en lo eterno
 sintiendo estimuladas las fibras sensitivas.

Todos los **astros** cantan instando al crecimiento.
 Crecer es el camino. Crecer junto a las vivas
 lecciones respiradas, con alma y pensamiento.

¿Qué soy hoy?
 ¿Qué fui ayer?
 ¿Dónde están las claraboyas,
 y el puente?
 ¿Dónde, vida, dónde?
 ¿Qué soy?
 ¿Para qué soy?
 ¿Con qué objetivo?
 Envejeciendo
 y las espigas
 y la campiña
 y el corazón
 ¿dónde? ¿Por qué? ¿Para qué?
 Y el cerebro, los ideales, la razón.
 Cruzan la mente panoramas **infernales**,
 y nardos y azaleas
 ¿para qué?
 A las **piedras** no le duelen tristezas.
 Al océano no lo inquietan pesares.
 Sólo potros trillan sudorosos, relinchantes
 los **fulgores** de ideas.
 ¿Qué se hace el espíritu pensante?
 ¿Dónde están clarines delirantes?
 ¿Dónde las palmeras señoriales
 y lauros de lisonjas?
 ¿Por qué siempre encarcelan **rocas**
al panal del balbuceo?
 Y la **miel** se vuelve ajenjo
 entonando calaveras.
 ¿Por qué? Me pregunto
 una y mil veces.
 ¿Por qué se **tala**
 la promesa de los bosques?
 ¿Por qué alzada en carcajadas
 la **guadaña** le trabaja al cementerio
 cuanto surge desde las sienes?
 Tengo un **mundo** entre las cejas.
 Diccionarios no se niegan
 a la búsqueda incessante.
 Quiero urdir con gotas diáfanas
 un **río**.
 Quiero asir entre las manos
 el timón del propio rumbo
 pero soy espectro de mis largos
 desvaríos.
 ¿Acaso el hecho del distintivo provinciano
 sea en parte mi pecado?

¿Acaso la insignia que nos ata
 sólo es signo de nación
 para rangos capitalinos?
 Martiriza tormenta de preguntas.
Apedrean peñascos de respuestas.

ILEANA GODOY, mejicana. Su poema:

VENADO AZUL

Suspende sangre tu río violento,
tu podredumbre agazapada,
 corazón,
 puño de insomnio.

Brasa, mejilla ardiente
 sobre el reptil que sueña su letargo.

Plexo solar
luz negra, al canto del vacío.

Garra del aire,
 hurga el cuenco sin piedad,
 anula toda repetición.

Descifra ritmos,
aura de espinas rubias
 y crepita en la hoguera del silencio.

Resina calcinada,
 yunque de ausencia,
 el sagrado desierto
 delata la impudicia de las voces.

Penetremos el dominio de la noche **constelada**
 arborescencia que **devora el fuego**.

Lascas de pedernal,
 manto de viento, norte sobre el polvo.

Zumba una **sed de cactus**
 el cráter de la tierra
 y las **espinas** hieren una lágrima.

Un eco esférico se cuela por la piel
y nos aturde el mínimo aleteo
que levita **luz** amortecida.

Rictus vertiginosos
sepultan rostros en ceniza **planetaria**.

Re corro la retícula neuronal
intrincada, sin color.

Laberintos arraigan en el sueño
y estremeciendo ausencias
congeló el ademán,
el haz de luz,
abanico difuso del espectro.

Carne azul del venado,
peyote,
cuajada **bilis** de la tierra,
red ventral en **arterias de esmeralda**.

Ombligo algodonoso,
esfínter de plegaria,
purifica el dolor,
acuna el miedo.

No tiembles a mi paso
brote carnal,
siento cerca tu hervor,
tu piel de yegua en celo.

Metabolismo **amargo**.
Guardagujas.

Instantero del **ojo**
que desplaza secuencias orbitales.

Silueta del que busca
trasponer el umbral
y recomienza siempre
retrasando
manecillas de humo.

Opacidad disuelta
en el color nocturno de las cosas.

La escarcha de mis días es un **brillo**
entre fauces de serpiente.

ISMAEL GÓMEZ PERALTA, cubano. Ejemplo tomado de la antología **Donde la demasiada luz** por Mercedes Melo y Jorge Corrales:

LA MIRADA

La **mirada** corría por los campos
en lo profundo se desvanece
salgo desde mi **ojo**
y corro el paisaje **brillante**
el camino oscuro de mi padre
el mameyar **seco**
acosado por la antigua **mirada** de los animales.
Un buey es un pedazo de dolor.
Toco la tierra **seca ácida**
y mi **mirada** se fuga hacia el pasado
en la ciudad se **ilumina** mi frágil destino.
Una **fruta** tiene los instintos de la vida
como canta el **viento** con las hojas
el color de la noche me hace reír la **mirada**.
¿Cuántas **miradas** se enterraron en mi **tumba**?
¿Dónde será este confuso final?
Un **muro** de sombras es el **sol**
no entiendo el archivo de las **miradas**
muchas **mueren** en su insoportable historial
unas están **clavadas** como sombras en el infinito
vestidas con mi cuerpo
en mi infancia
se agitan mis mejores **miradas**.

JOSÉ MIGUEL GÓMEZ, cubano. De su libro **La puerta blanca**:

GENERAL

Blanqueado por los rostros de los **pájaros de la luna**,
la línea en alto de los **ojos** cerrados,
en el silencio intermedio de los gallos alargados
sobre el alba,
negaba en las afueras el soldado:
los pliegos de la muerte se inclinan por
las plumas y los polvos **dorados de los peces** en
la asombrada niñez.

El corazón de la muerte es rosado
y tiene un corazón más delgado sobre su corazón.

Finas películas contra la tristeza,
fundas en las manos y el **aliento** gris de los
árboles tocados por la soledad.
Los botes del alba. Amigos, vengan como
dardos sobre la última ración de pan,
alisen la casa de las margaritas donde
estos agujeros ordenados **alumbran** las olas del fin.

“En los postes gira la niebla con adicción.
Hay alguien afuera”.
Honorable aldeano, usted que ha centrado el **hierro**
y escuchado su walk-man hasta el anochecer.
Usted que limpia su camino de **cardos**
y huellas de felino.
¿Puede demostrar su superioridad?
¿Dónde verle la cifra mágica que se voltea,
ese aire baldío en la punta del dolor?

“Hay alguien afuera, pero es como si
no viniera. Como si entre las hojas que levanta
en la nada el otoño vigoroso,
riolaran salivazos del suicida que pasó.
Y no lo vimos. No atenuamos su **sed**.
No se oía dentro”.

es tan infinita la pampa
cuando llueve y
tan húmeda
que parece una boca joven.

Arre cabeza y arre cabeza
eso éramos
bajo el manto de **estrellas**
eso esperábamos
para empezar a trotar
en la pampa húmeda
y todos teníamos una marca
que nunca era la misma.

¿Sería esa nuestra historia?
Porque no sólo rumiábamos
también teníamos sueños
que no se los contábamos a nadie
mucho menos a los que trancaban
los corrales
por donde corrían las **centellas**
cuando llovía
y el cielo se desplomaba
sobre los pajonales
en medio de **relámpagos**
que iluminaban las manos
de Santa Bárbara
o la cruz de ceniza
del patio de la llanura.

Más al sur me ovejo y
se **azulan mis ojos** por el frío
y balo balo hundiendo
mis pezuñas en la arena
y voy tropezando con las **piedras**
patagónicas donde duermo
bajo el cielo abierto
sin otro abrigo que mi lana
y los restos de conversación
con un perro
sólo un perro en medio
de tanto espacio.

Pero hoy esfumé todo mi cuerpo
frotándolo con la lengua
y **miré al sol**
saludándolo con los bordes

JUAN E. GONZÁLEZ, argentino. De **Casa de las Américas** No. 208:

LA MÚSICA MARAVILLOSA

En los comienzos del siglo
diecinueve
éramos trescientas mil cabezas
eso decían
y todavía no sé quiénes
fueron mis antepasados
si holandeses de Güeldres
o ingleses de Hereford.

Ahora me zumban las orejas
y se llenan de verde **mis ojos**

de mi lomo y
no sé si será cierto
que venimos de los barcos.

Ahora sólo escucho
una música maravillosa
que suena a mi costado
arriba o abajo de las **piedras**
donde duermo
y sueño con la historia.

RENAEL GONZÁLEZ BATISTA, cubano. De su libro
Carta desde la ausencia:

CARTA DESDE LA AUSENCIA

Ahora
bajo esta noche de diciembre,
cuando los **astros son frutas luminosas**,
ahora
que “eres el zumo de este año”
y busco tus labios intangibles
con un deseo antiguo
de niño y de **caníbal**,
y me envuelve en sus brumas
el invierno interior de la nostalgia;
ahora,
cuando mi hijo **incendia** su muñeco
—a las doce en punto de la noche—
y soy la soledad en medio de la gente
y me abrazan amigos y te abrazo
y los niños me besan y te beso
y en el **vino** que dan hallo tus labios;
ahora
que ya no me abandonan
tus **pupilas** untadas de tristeza,
tu sonrisa de niña abandonada,
mi niña, mi muchachita sola, adentro sola,
la que envía cartas llenas de flores secas,
sobres de los que escapan bandadas de gorriones
S.O.S. de barcos que naufragan;
ahora,
estamos en la cumbre de un cerro
junto a un estrellerío de vicarias;

los pinos crecen como **fuego** verde
y me amas y te amo.
Y aquí,
en un hotel, de noche,
la **luz** de la ciudad penetra neblinosa
y las sábanas cómplices, testigos de mi odio,
me ven matarte a besos,
encenderte la piel con raras llamaradas,
y te quejas
sollozas
te mueves igual que un **gusanito**
martirizado por **hormigas**,
y luego de tus **ojos** va naciendo la aurora.
Aquí,
donde el mar sigue siendo azul enigma
y un pájaro nocturno anda extraviado,
se oye un barco que parte en la distancia
y te beso,
una **estrella** fugaz se precipita
y te beso,
entre **muros** de sombra se alza un faro
y te beso,
y de pronto te vas y soy la noche
a la que alguien borró todas sus **luces**,
y vuelvo
a mirar la ceniza de los días
en el falso **cadáver** de ese hombre de yerbas
quemado por mi hijo.
Todo puede ocurrir, menos no amarte:
si te apago en la **luz** de la memoria
como un **lucero** limpio reapareces,
si te cierro la puerta la abre el **viento**
y entra la primavera con sus pájaros,
si te mato y te entierro
las manos se me **rompen** y echan flores.
No me leas poemas donde digas
que antes amabas tanto,
quiero que seas el alba,
la flor recién abierta,
cualquiera otra mentira.
Pero no estés ausente cuando estés conmigo;
no dejes que la sombra me anocezca,
dame la **luz que nace de tus ojos**.
No cierres la ventana de los sueños,
oye el rumor del mar, azul, lejano.

La **brisa** pasa y canta,
la **luna** está elevando su claraboya de **oro**
y aún **brilla el lucero**
como un cocuyo húmedo en el **agua**,
y yo,
sin ti, contigo,
miro al niño de enero con su cabello rubio
gateando en la mañana que se anuncia
bajo esta noche inmensa de diciembre.

2

Quién, padre, silencia los violines, si de cordura grave
estamos. Y macilentos. Mudos casi. Y no cesa el caos en
la palabra. Y nadie se desnuda y dice: he aquí mi
desnudez, tomadla, haced con ella un relicario, una
estela de **azules cortantes**. Quién, padre, con tanta
fulgidez de mar las olas **crucifica**, sabiendo cuánto
duelen los sueños legítimos, los sueños supremos, los
sueños, ay, prohibidos, esos que prolongan el doloroso
silencio, y cifran **luces** en los cielos nocturnos.

La soledad nos protege, padre,
contra la lluvia **alucinante** de los gnomos
y el corazón desértico de los predestinados:
esa mansedumbre obstinada de los crédulos.

3

Sin rostro estoy. Diadema en la perplejidad de los
buscadores que ahondan en los cauces de no estar, en la
senectud de no tener. Pero en el vientre de la mujer que
amo, hay unos cisnes enormes, muy enormes, que
sobrevuelan la ceniza de los páramos, y hacen creíble la
lluvia **alucinante**.

4

Soy, padre, el bien y el mal. Todo según la hondura de
la espera. El azogue de los cisnes ascendiendo. Y
muerte, muerte soy, cuando alguien pone precio a la
ceniza, a mi **almendra de oro** ya instalada. Cómo lavar,
padre, de un golpe el **universo**, la gloria que no he sido
ni seré. Cómo ser feliz.

Si hace **lunas** que no lloro
como debe un hombre llorar.

Si hace **soles** que no danzo.
Si no pueden **luna y sol** hacer tangible
el infinito azules las estancias
creíbles los milagros.
Si de mi propio cadáver
rey nunca seré
cuando sólo el polvo sostenga mi caída.

5

Padre, no soy el hijo que soñaste. Duele decirlo. Pero
más dolería no decirlo como el hijo que soy. De haber
sido otro, soñarías tal vez con el Manuel que hoy se

MANUEL GONZÁLEZ BUSTO, cubano. De su libro
Testamento del loco:

EN LA LLUVIA SIDERAL
DE LOS TEMIBLES O CONVERSACIÓN
CON MI PADRE EN DO MENOR

1

Padre,
sé que para usted la felicidad es lógica,
como su cabeza la colina
donde fundó Dios el país y nombró reinos.
Tal vez no sepa
cuán inasible es la felicidad,
ni por qué nunca he rezado un Padrenuestro
con esa **fiebre** que sólo tiene **luz** en los altares.

¿Cómo ser feliz
si no soy la epicidad que soñé
ni mi lengua volcánica
ni mi voz esa legión de heraldos
donde claman los bienaventurados un poco de **agua**
para lavar los **ojos**
el rostro partido en mil pedazos?
Si rey nunca he sido
ni súbdito nadie me reclama.

¿Qué hombre feliz sueña
sabiendo que nunca será rey?
Si en fin
de mí no soy
aunque de pertenecer vivo.
De mí, ay, muriéndome he de estar.

pierde húmedo en el cielo, y anónimo muere simulando maravillas sin cobrar una **estrella**, tan sólo una **estrella** que lo haga feliz. Así de mares el filo más temible. Así de trampas el fragor del límite. Así de Manueles comencé a doler. Doler de culpas. Doler de miedos. De máscaras y páramos doler. Como si la ingenuidad no fuera el templo más febril de la inocencia: esos cisnes que **vislumbran** los buscadores sin poder resistirse. ¿Quién, padre, sobrevivirme puede? ¿Quién morirse sin de muerte doler?

6

Y al nacer profetizó mi padre:

De Dios ha nacido, oh mortales, su cordero más fiel. Salvado está el hombre de la **cruz**.

Y bendecido fue en la otredad del **agua**, en la ventura del **pan**, en los semejantes que me ignoran siendo cada vez más semejantes.

7

Los temibles me acosan, padre, sin saber cuán hondo se **desangran**. Por eso me prohíbo y no. Por eso de bufón respiro. Defiendo la infinita carcajada: dulcísima venganza contra los temibles.

Quien no haya visto un bufón rey, venid.

No os preocupéis: en su trono cabe el mundo.

Sabiéndome mercancía no amanezco con las putas. ¿Hábrase visto semejante idiotez?

8

Mintió el predicador: para los buenos habrá también crucifixión. En sus manos germinan **clavos**. Incuban fieras. La inocencia –aunque nunca se le note– tiene siempre un **hambre** epigramática y doliente.

Si en fuga vivo
¿a qué conocimiento asirme
sin los acordes fidelísimos del aire?
Y cuando conozca la verdad
cuando en mis dedos la imante
y por fin entienda que siempre es relativa

navaja o polvo según la balanza o el corcel
¿quién salvará esta imagen de azogue transmutada?
¿Qué puede hacer un hombre con la verdad
si gobernado será siempre y gobernable?

Páramo y trono, padre, eso soy. ¿Quién la corona, si el reino sigue siendo una utopía, y el siervo por las cortes condenado?

9

Y ya con el país fundado profetizó mi padre:
Todo rey, como todo hombre,
antes que rey es cordero.

10

Pero la corona del poeta es única. Como no puede comprarse en los mercados, absuelta fúe. El poeta, padre, no negocia su diatriba. No apuesta su talismán en la ruleta. No pone precio a su dolor: único oxígeno posible para los **sueños astrales**.

Y dijéronle una vez los temibles; tu corona o la **muerte**. Y saltaron espejantes las metáforas. Y al más poderoso comenzó a faltarle el aire. Y vio el poeta cómo moriase de imanes. Entonces extendió sus manos, su corazón de azufre, su garganta de cielo desbordado. Y fue así como descendió el hombre al vientre. Todo a su origen. Y desde entonces los sueños no mueren. Ni los temibles se cuestionan cuál el poeta y cuál el rey, ni en qué se diferencian un poeta y un rey.

11

Padre, la felicidad también tiene **leones**, avemárias que no concilia el tiempo: ventiscas sobre las cuerdas de un violín amantísimo. No lamentos nunca la ausencia de la brújula. He aquí mi dedo índice. **Mi sed** toda. Haced con ella una **coraza contra los leones**. Un enigma en el reverso del espejo. Y apostemos. Apostemos el mar en las barajas. La sal en los **faros**. El más doliente de los símiles en el velamen de las rosas vencidas, las **estatuas cortadas**: ese perdón que jamás conceden las colinas. Derramándose está la copa insondable. El gran cuenco azul de la mujer amada. Nuestras dos mitades en la lluvia sideral de los temibles.

No hay, padre, no habrá nunca,
ley o decreto que nos separe
ni trueno que nos vuela las raíces.

Moriremos sólo en el poema que nunca ha sido escrito.

JUAN RENÉ GONZÁLEZ COYRA, cubano. De su libro
El oráculo de Delfos:

ME ENAMORABA DE TI CERCA DEL ESTUARIO

En el tardo día no es tan desdeñable ser cautivo.
Recuerdas el insospechado deleite
que encontrábamos en:
“Íbamos a través de selva espesa,
selva de gente dolorida”.
Si nos abrazábamos no importaba que **ardieran**
los bosques, las naciones.
Guardar un pedazo de ti para salvarlo
de la **conflagración**;
hay un sitio claro y es el abrazo.

Pegabas tu cuerpo y el corazón sonaba fuerte,
por ello sabía entonces que aún no habías muerto.

Saldremos librados pretendía decirte con un gesto
menos lacónico;
“Todas las tierras de Dios son blondas”,
solías recordarme
cuando preguntaba sobre lugares menos álgidos
a la mano de Dios.

El fisgón es idólatra del odio y nos quiere alejar.
Recorriamos la ciudad a su cuidado,
encantándonos con la multitud de grafittis
sobre mohosas **paredes** y lo nunca dicho
formaba una avalancha
de posibilidades con nuestra **sangre**.

Hojas de almendra amarramos al verde promisorio
en el tardo día.
Me enamoraba de ti cerca del estuario
mientras devolvías los **peces** atrapados
como un juego donde el animal no logra entrever
que todo puede cesar;
¿por qué no permanecían quietos
bajo el **agua** profunda?

Lentamente nos marchábamos hacia ningún sitio.

Esta porción de tierra sumergida
donde la **luna** esplende semejante a un astro ilusorio

parece nuestra casa.
Al acecharnos el **hambre**,
debíamos cenar de los peces,
decidiste mantener aquella idea tuya de la frugalidad,
éramos presuntos sospechosos me decías,
tú estabas “cual hombre a quien el sueño acongoja”,
era tu signo y tenías alguna cosa que decirme;
“miserere” de mí, era mi signo favorito y tendría
que decirte más.
Pegamos nuestros cuerpos
y era el silencio quien nos guarecía de aquel turbión.

ORESTES GONZÁLEZ GARAYALDE, cubano.

POEMA TRISTE

Amigos, si no vuelvo,
yo que soy así,
yo que corro el riesgo de no volver
por morir de mi hora;
siempre he sido un pobre ser encadenado
a la muerte, yo no recuerdo
un tiempo de ángel
en que fuera dueño, no fui dueño,
ni tengo paz;
soy hombre oscuro,
tengo el **hambre que no sacian las constelaciones**,
no conozco la **piedra**,
nunca vieron estos **ojos** una residencia,
me voy tan lejos,
me vuelvo una madera viva en Tokio,
en Senegal,
un **insecto en la noche anillada de Saturno**;
por eso, si no vuelvo,
haganme volver de alguna forma
a la **luz** sin color de los recuerdos.

DANISKA GONZÁLEZ GONZÁLEZ, cubana. Dos ejemplos de su libro **Palabra de la muerte**:

BELA

Insiste la lluvia bajo la pertinaz **mirada** del alero.
Bela esconde la soledad que no escampa en el patio, único sitio donde guardar los higos tiernos del tiempo. Siempre desesperan los gorriones ante las **gotas**, mientras ella reclama al cielo por el absurdo, por el crepitar del **agua sobre los muros**.
Así amanecía la mañana desde su puño, prisionera en el bostezo del **sol frente a la lluvia**. Todos los inviernos suponen a Bela en el recuerdo, en la cocina donde calentaba nuestros panes de palabras. Pero apenas alcanza el **fuego** para revivir sus manos. Si marzo descubre que su ausencia parece de silencios, asusta con los años el retrato, su rostro compadeciendo las lágrimas en el escondite de la memoria. Cómo saber que desde esos **ojos** no escampará la muerte, en una mañana donde todavía me llueve.

ÚLTIMA MEMORIA DE ADRIANO

Querido Marco:
hasta mí se descalza la noche
en el olor de los jazmines.
He llamado a la agonía para contemplar la hora,
a la **muerte que siento despertar**
sobre mis párpados.
Ya no nazco como antaño de ciudades,
ahora que con mis pasos domino este jardín
en su completa sombra.
La **luna** pareciera solitaria;
ella, que ausentaba el camino
mientras yo imploraba en su mortal búsqueda.
Pero no me conmueve el rito, ni siquiera la **fuente**, austera en la derrota.
¡Qué nada anima frente a la frágil **daga del agua**,
la profundidad de mi destino!
Como emperador he muerto.
Por la memoria revivido, recorro nuestra **muralla**

y la tierra me reclama honda hacia su reino.
Desde la torre puedo **contemplar la ciudad alabada por el sueño**,
cortesana en el orgasmo de la noche.
De ella tomo la eternidad de su diáspora,
la convoco a entregarse en este **fuego**.
¡Cuántos días he querido
levantar su velo de penumbras,
arrodiarme ante los dioses de su víspera!
Porque la patria es aquella que nos redime.
A veces, ¿sabes?, semeja la quietud tersa
de la **estatua**,
y me convierto en el viajero insomne desde su arcilla.
Luego me pierdo en el emperador que otros creen,
y ella es el **sol** poniéndose sobre mis hombros,
el Foro ingrato de discursos,
las calles como mis apagados rencores.
Sólo hoy que te escribo, acepto su afrenta.
En sus **luces** compadezco mi arrogancia,
le canto la poesía posible,
versos de la partida.
Frente a su amparo, el **viento** palidece en la altura,
como la fiebre que me osa con su látigo.
¡Qué esperar si no la muerte
mientras rindo mi corazón en su latido
de ciudad perfecta!
Al menos en este minuto en que te la dicto
en mis palabras.
Por esta noche, Roma, en que te desnudo y muero.

ANTONIO GONZÁLEZ-GUERRERO, español. Dos ejemplos el primero de su libro **Recurso a la memoria**:

HOMICIDIO EN VISUNIA (fragmento)

Niño de **pan amargo** y de juguetes
rotos como el cristal de la esperanza,
me asustaba la nieve en los castaños
y las voces del **lobo junto al río**.
Los castaños eran cuerpos por entonces
de gigantes robustos que dormían
al aullar de la **luna** entre la nieve
moviendo su esqueleto de fantasmas.

Dijérase que si Ana
no hubiera estado allí sobre las siete,
tiempo de amanecer en el invierno
en las **sierpes** del Burbia, Bierzo abajo;
hora de **resplandor** sobre el Levante
y noche aún cerrada por Visunia.

Que si Ana, con sus **ojos** miel de hayedo,
no hubiera estado allí, como está siempre
con su ternura amable, se dijera
que el **frío me abrasara** en su blancura
de miedo equinoccial.

Con la ignorancia
de un muchacho de entonces de provincias
que tiene el corazón desarropado
y un **puñal en el alma enfurecido**,
me hechizaba en la losa de los muertos
la luna y la temía en los zarzales.

Lábil contradicción. Si reflexiono
con los **ojos ceñidos** al pasado,
veo con extrañeza a un niño **hambriento**
tiritando en mi voz.

Como una **espada**
que me abriera la sangre en dos mitades,
miro al fondo de mí y oigo su grito,
y reconozco en él mi propia imagen.
Niño **hambriento de luz**, fotografía
de niebla y desazón, niño descalzo
zureando de nieve los aullidos
del ciervo del dolor, bajo los **lobos**.
Lánguido adolescente, profecía
de un amor más oscuro que el invierno,
se iba muriendo a solas con cien años
encima de su edad como mortaja.

en las cumbres holladas de tu risa!
Y te vas, como un **sol, resplandeciente**
por las crines robustas de mi olivo,
y vuelves a tu ausencia y yo te hallo
presente en el sargazo de mi espera.

¡Cuánto te echo de menos! Cada instante
alejado de ti es como un siglo
de verdades transidas, una **sierpe**
de hielo que me corre por los ojos,
y un **río** desbocado que sepulta
mi breve trashumancia entre tus **peces**.

¡Qué solo estoy! ¡Qué solo! ¡Y cómo pesa
la paz de tu abandono en la memoria
del ayer hecho nido, cuando el tacto
y Dios se requerían
—por verte amanecer cisne de arena—
orfebres de tu piel de harina y forja,
ménade en mi hontanar de **amargo vino**!

Mellado el corazón, triste, remiso,
por eso que el dolor llama esperanza,
inquieta al **huracán** por las semillas
que esparcieron mis noches en tu arado.

Hambriento el corazón pide limosna
de ternura vocal y yo le digo
cuánto te echo de menos y qué solo
me estoy quedando, amor, con los recuerdos.

MANUEL GONZÁLEZ-MOHÍNO ESPADAS, español.
De la revista **Manxa** No. XVIII:

POEMA

Carmen

cada vez en la mañana, de un luto recostado,
naciánme de ti y de tu **sangre fría**,
una intensa voluminosidad callada,
una cercenación al miembro dolorido,
un canto de columnas repatriadas,
un símil del **viento** para tu espalda,
una inmensa **boca cereal de luciérnagas**...

El siguiente tomado de la revista **Manxa** No. XIII:

ME ESTOY QUEDANDO AMOR, CON LOS RECUERDOS

¡Qué solo estoy, qué solo acompañado
de tanta libertad que tú me pones
al arbitrio feroz de mi penumbra

paredes aún no exploradas pendían de tu **mirada**.
¡Imposible atravesar los campos de besos **ardiendo**!
La **mordedura** de un sitio, la pasión de los besos,
la pálida llanura de tu piel como campos de **manzana**.

Todo es **cristal** para tu nombre.
Todo es espejo para tu forma.
Todo es deseo para tus labios.
Todo es dolor para las sombras.

Ausencia, o **luna**, o la noche intensa,
más intensa que la espuma de una **roca** ruidosa
que se estrella en mi **pupila**,
o el mar hecho fin de un amor imperecedero,
como una claridad que quiere
alumbrar un mar de cenizas,
dime: ¿qué eres si observo la quietud del mar
queriéndote besar en tu amanecer?,
¿qué eres, si vertiéndome tu **agua**
como el dolor de un hombre para su canto,
como el torso de una sombra
que no se protege de la **luz**, como un nicho
que se abre cual mañana violeta en tus pestañas,
el mundo sigue girando sobre sus goznes,
y aplaca una minúscula **lágrima**
que deslizo en tu vientre?
¿Qué eres, cuando te **hieren** de besos
intocables los labios,
como un arrullo que despertó del sueño
de querer adorar a una pálida frente
(como un **mármol** adora el tiempo desbocado
para la dulzura mate de una **estatua**,
y del beso que escapa de mi boca como un pájaro
huidor de esa **dorada fuente** inmortal
que es un cuerpo sin amor?

Rosas desnudas son los pétalos de tus pestañas,
tus labios son mis dos **lunas** vencidas,
y tu nombre de poema un triste balandrón
para mis versos mecidos.
La **áurea** finura de un beso tuyo
es la linde de una **estrella**, y los ojos,
¡tus ojos!, son la primera **lágrima** de este mundo.
Tu nombre, planta servil donde navegan
los hombres hasta mi corazón triste,
no es lo más parecido al grito
que **ahogo** en tu alejamiento:

cuando la noche no limita su dolor y
las palabras vertidas mojan el **viento** con sus alas,
cuando los cuerpos me ofrecen su candor, su **luz**,
su tesoro, su **muerte** bella como el silencio.

Muriéndose de amor. Estaban muriéndose de amor
como el llanto nocturno en la coraza titánica,
como en los pálidos cantos que se llegan a la tierra
como un encuentro entre dos besos de ternura **ahogada**,
como tus **ojos**, que morían de amor entre las flores,
regando con la amorosa compañía
de un **aliento** noctámbulo
ese cielo telúrico sin **lunas**.
Morían de amor... y ya acaban de nacer
de un palomo de tierra recóndita,
de huella pisada, de un verso en balde
(negro como una caída sin fin
hacia una **sangre** vertida), de una **espada** que voló
perpetua hacia un mar
de **sed** inquebrantable.

El sollozo más claro, ínfimo como el batir de un beso,
como una piel cálida que se tensa en la noche,
como un labio que es arrojado a un silencio
más profundo que el del amor
cuando la tristeza nos ronda,
cuando el corazón se destruye,
cuando la **lágrima muere**, e **hinca** su orgullo
en tu frente,
como un ala o perfume, como **sol** o leyenda:
lo quiero como un mar que palpitá en un **pecho**
cuando un vacío de ceniza
acaricia un beso reciente
todavía encantado por la noche,
lo quiero como un nacimiento que sube
de un canto de ámbar,
por donde la **luz amarilla** gime del suelo,
por donde un beso no estalla en **flecha** amorosa
porque la noche lo **corta**
con su silencio vegetal de sombra,
de cabello como un **agua sin luz que no es agua**,
sino un rostro fugitivo como el latido de un corazón
que besa una aurora de polvo **envenenado**.

Nacíanme todos los corazones cuando aún la **luna**
no besaba su dilatada ausencia,
pero tu nacimiento no fue más que la **sed**

de una espina clavada en un cuello,
no más que la dureza de la noche
lamiendo una última gota de tu sangre,
no más que un sello de amor
que clamaba a los vientos,
no más que el viento acariciando una voz
intensa que no distingue entre la noche
y el filo, el abismo o el miedo de una cúpula amorosa
florecida en un lecho,
o la arena de tu piel como una ladera
expandida hacia un sueño,
inmensamente hermosa como la **mirada** más dulce,
eterna, que tú has sido.

JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ ORTEGA, español. De la revista **Manxa** No. IX (septiembre de 1978):

DONDE MASTICAN SANGRE LOS HUMANOS

Nubes de pájaros metálicos asesinaron a Cupido.
Oleadas de voraces insectos
arrasaron millares de cosechas.
Algún ángel de nieve mientras tanto,
sollozaba en silencio,
sacudiendo la escarcha de sus alas.
Lejos de allí, las gaviotas de **luz**, desnudas de pudor,
me besaban los **ojos** y eran vivas.

Tú, rosa-traslúcida, que no supiste comprender
los esfuerzos del martillo por ser **luna**;
tú, orquídea-verde-olivo,
que nunca viste al ciervo torturarse:
abrirse el corazón entre las sombras, frías y viscosas,
de los bosques perdidos;
tú, muñeca de **ojos** tristes, que me arrastras,
debes venir, nada más un momento,
a ver brillar el lomo de los peces:
sí, esos, músculos de color azul-coral,
que no ignoraron jamás
la cólera de las **constelaciones**,
cuando, desafiando el tiempo y los límites del Dios
que da la vida,
el poderoso, desenfrenado hombre-robot
y el mayestático mar,

saltando en diagonal, se fundieron en uno para siempre.
No digas nada y ven delfín de plata,
ven, verás aún más:
podrás ver la corbata del tirano **estrangular** la espiga;
podrás ver al gran **tigre** expoliar al payaso;
verás, sí, muchos niños que se mueren, a trozos,
en la Tierra;
veras –pero no llores– alguna mariposa en libertad,
caer deshojada entre las **garras de las águilas**.

Mira, mira mejor no vengas nunca.
Mejor será te quedes y suplique en y desde tu hueco
y no te exiles, como yo,
en este sueño absurdo, doloroso aletear de sombras,
donde **mastican sangre** los humanos.

JORGE ENRIQUE GONZÁLEZ PACHECO, cubano. Su poema:

Por el agua que destella un astro
es punzante la oración de mis ojos
y relucientes manzanas ofrecen su amargor
a los cardos del hambre que saborea tu tarde.

Cascada te vuelves al continuar yo triste.
Papel dentado tras la **serpiente**,
crujen vientos que ladran su horror desde el espejo,
putrefacto todo sobre mi sed marchita.

Aquí, ahí, en lo oscuro **enciendes las palomas**
y **esferas** rozan la dura cicatriz del holocausto:
brillan distancias. El azar del cuerpo,
circunda entre nieves de **azuladas muertes**.

No lo invento, me ha **bebido tu flor...**
alegre flor sobre páramos ausentes
de sueños inmóviles en la flecha ciega,
marmórea además al naufragar mi espanto.

Lejos, dormito en ríos, en ámbitos dilatados,
en sepulcros brillantes como brasas, como labios:
me clavan sin pena tu **cruz de lodo**,
tenue se yergue y de su voz **estatuas** nacen.

Tú me tenías más allá de la suerte,
detenido también al precipitar los abismos,
desgarrados en el rincón ocultamente insomne,
delgado donde el hervor detuvo mis silencios.

¿Cuál calzada **quiebra** estos antes,
estas **uñas**, estas **estacas**, estos signos;
temidos desde el vuelo sin **luz** que me nombra
—oculta **luz** en la gracia de tu desafío—?

La ciudad, húmeda entonces me ha de recibir,
caminaré sus años quizás viejos en mi trauma,
a lo mejor dichosos en tu distraído **oro**.
Figura de oro que la ciudad revela.

Di, mi **agua es fuego**, retumba,
mirándonos lanzar nuestro silbido,
así el otoño suspira en su fuga
mientras tus venas recorren mi carne.

Pero, serás aquél, y yo quien detenga tus párpados
no sólo **muerden con saetas que estrellas izan**,
sino que cúspides crean su ancho disfraz.
Evoca después en mis **ojos** al liberar tu canto.

ANGEL GONZÁLEZ QUESADA, español. De Revista
Literaria No. 2:

DESCENSO AL PARAÍSO

He bajado del tiempo y desde el sueño
para exprimir tu carne antes del alba
para alentar tu voz, para **encenderte**:
te inundé de pasión: me dibujabas
muchachos que cantaban por los puentes.

Duerme Walt Whitman solo en el tiempo:
despertaré cuando la luz termine
y sea preciso recordar:
oficio vil; qué cruel legado querer ser río
y sin embargo
recordar que lo he sido: amar las hojas grandes,
encadenarme
a lo que amanece, al polvo liberado,

a tu **boca**, a tu torso
y a tu altura vital: también tú, Federico,
escribiendo qué sueños
como la **luz** dentro de ti, **legua azul** de la playa que
no existe:
tú, bello Federico, habrás de amar a los muchachos
a pesar de la tarde y las **cerezas**;
nada empuja este **viento**, nada empuja este tiempo
nada se detiene:
¿qué abrazo de tules albergó tu vigilia
cuando las orillas rondaban y los ataúdes rodaban
y los alambres y las muertes rodaban?
Y tú, bello Walt Whitman, duerme a orillas del Hudson
y sueña Víznar:
ni un solo momento renuncies a tu columna de amor
al himno salobre del destino, oculto y tan preclaro:
ni un solo momento, hermosura viril,
abjures de este octubre que nos **muerde**
porque en él está la niebla que nos hará gigantes
en él los muslos de Apolo
en él las anémonas y el verdor de los patios.

Cruzo el día y la noche y el día y la noche
y canta impune la alegría su son ingrato:
tú, Federico, también tú, porque sueñas ser un **río**
en la madrugada
mientras el tiempo acerca sin pudor la muerte
a los barrancos,
la vida a los cercados de **hierro** y de mimbre,
tu vida a un pequeño color de ignorante **leopardo**.
También tú.
El **sol** no importa: quisiera haber nacido de tu cuerpo
esta mañana,
conquistar un Oriente para la rabia que me **pudre**
las palabras con un leve sabor de manzana
y me araña los ojos
para que no olvide el corazón tu risa de **metal**
al mediodía,
para que viva en los pliegues de la **luz**,
en las esquinas del terror donde la **luna**
azota a los maricas:
por eso no escribo tu nombre en la almohada,
Adán de **sangre**, por eso no me visto de novia
ni encuentro laureles ni niego batallas,
por eso no hay cuartel en este odio:
quemar los labios en silencio,
hacer de la venganza la eterna consumación:

llorar
para romper al fin las puertas de la bacanal:
y tú, bello Walt Whitman, tan huérfano de ti
que ni sabías
la piel que vértice en su hermosura.

Llorar
para anunciar el reino de la espiga:
dejadme amar en llanto y orillemos la vida:
ha sido verdad:
existe el mundo y sueña: sin embargo despierto
y ha sido verdad.

Voy a llenarme de tus **ojos** hasta pasado el grito
acostarme en el lienzo de tu piel
y su lenguaje húmedo
cuando vaya a la fiesta de los locos
con toda la razón **sangrando** en la mejilla.

Hoy voy a estar adormecido
con mis cuatro esperanzas
y voy a enamorarte bailando de puntillas:
con los **ojos** por dentro el **tiburón** por dentro
la **luna y la pantera ardiendo** en las pestañas
seré tu amigo viejo (viejo amigo)
abajo el cielo.

Caminaría con el rostro hundido en los espacios
tumbando la sorpresa
y el pez que se desliza.

No me voy a olvidar que estas noches
van a quedar **ardiendo** a la intemperie
pero con tanta noche abajo el mundo
abajo
jugaré al no soy yo
sin otros que me observen.

Quién pudiera olfatear los tambores
con una música pulida
toda la tentación en una cruz
el peso de la sombra el viaje junto a los ventanales.

Sin embargo serán inconfundibles
las noches y los desasosiegos
aunque siempre quedemos con la duda
cuando empecemos a olvidarnos
cuando no quede nada por escribir
cuando el **sol nos acabe**.

RONEL GONZÁLEZ SÁNCHEZ, cubano, dos ejemplos:

QUIEBRA A LA RUTINA

Sentir la noche abajo el mundo abajo el tiempo
abajo / cuando vamos subiendo por la edad del cielo
y el mar se rompe contra los filminutos
y las transparencias
a esta hora pudiera estar en Estambul
junto a los desquiciados
jugar al no soy yo
imaginarme subiendo por el sueño
con el amanecer
bañándose a la orilla
pidiendo el malecón de sus acosos
que **mueren humedecidos** por la sombra
bajo los remolinos.

Puede llegar Osiris con una **fruta** vieja
entre los labios
con torpeza **beberse** la ansiedad
cuando en el aire puja la inocencia
donde llueven los pájaros con su desilusión
y nos creemos humanos
como una **luz** que tiembla.

Tengo diecisiete **pedradas** en el rostro
ahorita me ponen la máscara del adulto
y me caigo con tanta soledad.

LA BICICLETA

Mientras el cielo sigue abierto inmóvil
en su función de padre o hermanito mayor
duro sin **ojos** sin encharcarse lentamente
con esta **piedra ardida** de mediodía y de ciudad
un hombre solo canta un hombre sólo canta
que no tiene respuestas para su pobre perdida.

Esto sería magnífico si su voz y su sangre
tuvieran un amable corazón
sería maravilloso respirar no perderse
sobre la tembladera de la innúmera hierba
sería casi un milagro de agradecerse y aplaudir.

He aquí ahora el invierno violado manco incierto
el cielo incombustible verdugo a la razón.
Hay sólo una ventana para el poeta que ruge
una sola pequeña remota posibilidad
llena de sangre asombro
como un cordero entre los lobos
porque su bicicleta y sus pies han quebrado
y ha de saltar incluso en condiciones poco favorables
en las más inauditas y rotas condiciones.

He aquí el invierno que se enrosca
la gente que se cubre de la desesperanza
y el veneno del tedio
he aquí un humano simple que se pregunta
y se pregunta
y sólo el cielo puede contestar
incombustible como he dicho
o acaso sus hermanos
o un vestido sin piel o los siete enanitos
o el jubilado de la esquina.

Porque el poeta no es en estos tiempos
el pedazo de sol de cielo árido y puro
el poeta ya no es su dolor sino el dolor
el poeta rompe su triciclo salta sin saber cómo
vuela sin saber cuándo
con rapidez y con torpezas
su rostro muere cotidiano se hunde se nos despedaza
el poeta hoy es un lugar común
un animal como cualquiera algo que siempre resucita
alguien que pocas veces podría responder.

GABRIELA GORGO, argentina. De **Homenaje a Federico García Lorca** por Silvia Luján Rúa Ibañez y Raúl López Ibañez (Pegaso ediciones, Argentina, 2000):

TUMBAS MILAGROSAS

Yacen ya los ángeles
sobre alfombras de polvo
y en la inocencia del tiempo agitado
los ojos se han dormido.

Suenan campanas,
la luz se bifurca en hilos de muerte.
Los espejos se quebrantan
en llantos destrozados.

Ya la flor ha perdido sus pétalos,
y la luna acompaña el dolor,
de los sueños olvidados.
El mar congeló las horas.

En una bóveda
cercada por sombras
descansan los incomprendidos mortales
derrocados, rodeados de tumbas de milagros.

Y aquellos que un día
desplegaron sus alas al cielo
buscando respuestas,
anidan cenizas, en tumbas,
de milagros.

ANTONIO GUERRERO, cubano. De su libro **Desde mi altura**:

HERMANO

Señálame la piedra que tiraste,
la commiseración de su figura.
Muéstrame lo callado de tu altura,
el porvenir que hay donde miraste.

Dame la mano con la que empuñaste
el hierro y la esperanza con bravura.
Cuéntame todo, tu odio, tu ternura;
pon en mí toda el **agua** que regaste.

**Enciéndeme las venas una a una
con la sangre gentil de tus volcanes,**
arrastrame a tus subterráneos mares,

germíname en el blanco de tu **luna**,
atráeme a tu palabra como imanes
y hazme sentir que somos similares.

Tú despiertas los charcos con el **crótalo** fresco
de tu alegría insomne salpicando nocturnos.

Quiero tocar vocablos dulces como tu vientre
para nombrarte en notas. Para decirte en **jugos**.

Zueco desenterrado que extravió una llovizna.
Soñolienta pedrada. Breve cántaro acústico.

Gleba de azul y aceite. Muñón de árbol golpeado.
Densa abeja del barro. Piedra tejida. Puño.

Rumoroso bostezo de violín bajo el **agua**.
Paletada de hierba. Campanada de musgo.

¡Ah, que más leve amigo! Con qué tacto subirte
hasta mi corazón de **guijarro** infecundo.

Hasta mi tosca entraña de cascote insumiso.
Ven a lamerme, sapo, este costado impuro.

Ven, hasta la ciudad donde muero despacio
como un león de zoológico, desdentado y abúlico.

Ven hasta las **paredes que sofocan** mis furias.
Hasta el horario **ardiente** de mi cansancio público.

Lame mi piel forrada. Lava estas ciegas manos
de burgués que no ha quedado sin esquilo y sin humo.

Ven a enseñarle al hombre la campesina gracia
de tu ternura anfibia. Tú, que ignoras los números

puedes obrar milagros. ¡Ah, la vida sin **vómitos**!
¡Ah, las tardes serranas olfateando murmullos!

¡Ah, la muchacha acuática, táctil, fina, pastosa,
como tu hembra descalza de vegetales muslos.

¡Ah, las horas **fluviales memorizando estrellas**.
Y los bueyes soplando sus cachimbas de luto.

No estos planos de asfalto desmoronando **fiebre**.
No estos letreros pálidos. No estos zaguanes lúbricos.

Ni el ojeroso tango. Ni el jazz afrodisíaco.
Ni estos pintados parques con follajes al duco.

OSVALDO GUEVARA, argentino. De la revista **Alguien llama** No. 11:

ODA AL SAPO

Ha estrujado la **lluvia** delantales de aldeana
sobre la sudorosa lasitud del crepúsculo.

Tiembla el verano en gotas sobre la tierra humilde.
Fósforos de luciérnaga ponen el aire oscuro.

Bailan medrosos pájaros entre las ramas curvas.
Pardas gargantas húmedas ríen entre los surcos.

Y entonces siento yo que he de cantarte, **sapo**,
con una verde voz de terrón y vacuno.

Porque admiro tu pura lengua de hilo sencillo.
Tu bondad de ángel torpe. Tu nostalgia de **búho**.

Tu evangélico rostro de sacerdote feo.
Tu paladar lacustre de hojas castas y yuyos.

Y ese canto mojado que te sale del **pecho**
cuando la hermana **lluvia** se retira del mundo.

Tú eres sabio. Profético. Tú devuelves en **líquidas**
serpentinias de música los remotos impulsos.

Tú conversas la **piedra**. La boñiga. La nube.
La saltarina gárgara de los grillos jocundos.

Quiero un vientre de **piedra** para mis sueños fuertes.
La cintura del **agua** para mis secos pulsos.

La mejilla del pasto contra mi frente al rojo.
Las enaguas del aire sobre mis **labios duros**.

La piedad de la hierba. La sílaba del grano.
La emoción de las hojas. Y el borbotón del **fruto**.

Y tu sonido, **sapo**, tu abecedario verde,
tu dulzura ondulándose como un chorro desnudo.

Yo nada niego, amigo. Yo comprendo la máquina.
La estatura del hombre superponiendo cubos.

El automóvil lúgido de refinado estrépito.
Las bocanadas negras del ritual gasoducto.

Pero pido un espacio donde los calendarios
caigan hacia el olvido como párpados mustios.

Pido un hombre cantando con la **cal** en los dedos.
Una aurora en el cráneo masticado de números.

Quiero limpios domingos sin gerentes **mordiendo**
su presupuesto amargo como un habano turbio.

¡Ah, los sentidos diáfanos como el **diente en la uva**!
¡Ah, el aldabón **celeste de los sueños** intrusos!

Ahora regreso, **sapo**, pero **sorbo** tu nombre.
Volveré a la ciudad con tu labio en los músculos.

Llevo la imagen dentro de esta empapada **piedra**
que como a un **seno estéril** con las manos educó.

Y enseñaré a los hombres tu rumor hierbatero.
Tengo **incendiada el alma de burbujas y jugos**.

Trasca en mi piel tu aliento. Tu cascabel me **sangra**.
Soy un llovido **sapo**, cardinal y profundo.

Soy raíz. **Piedra. Chorro. Miel** salvaje y pezuña.
Me visitan tus alas de tubérculo músico.

Lámeme este costado con la **sed con que lamen**
la piedra ardida en sal los ganados nocturnos.

Mi corazón de **sapo** cruza mi ser gritando.
Zumbo un fervor de **sapo**. Soy horrible. Soy único.

ANGEL GUINDA, español. De la revista española **Turia**
No. 54. Noviembre 2000:

Cantaré cuanto he **visto** y me ha encantado
con un hechizo de temblor. He visto
y me he mirado. Somos **gotas de sed**,
ecos de azar, briznas de un **resplandor**.
Frente al mar todos callan. Los paisajes
entran en nosotros, habitándonos. Silba
una **aguja de viento** en mis oídos.

Difuso, un **sol de agua**
espolvorea cenizas en el cráter
de mi **mirada**; y se **derrite**,
en gasa gris, el plomo de la atmósfera.

Arden tambores en el firmamento.
Atrás quedan los montes, coronados
por una gruesa ceniza, cresta alta,
de nieve evaporándose
en **llamaradas** de niebla. Y, más allá,
los árboles que apuntalan las nubes,
los senderos del bosque,
me van diciendo adiós.

Pero la transparencia ya no es mía,
ni del aire, del **agua o del cristal**.
Os dejo todo lo que no he tenido.

Huyo de la ciudad para inhalar
la fragante humedad de las tinieblas,
la intimidad más fértil.

Regreso al mar para **beber la luz**,
para embeberme.

Mi cuerpo es un paisaje maltratado.
Fríos relámpagos agitan las antorchas
del crepúsculo. La **lluvia** racheada
ensortija los espíritus del humo.
Y el pueblo flota, como un carrusel,
inmóvil sobre el halda del silencio.

ENRIQUE GRACIA, español. De **Cuadernos de poesía nueva** No. 77, Madrid, diciembre de 1991:

ITACA PUEDE ESPERAR

Por el **ojo del cíclope** dormido
va pasando la tarde lentamente
y le llueve una **lágrima**.

Ulises-Nadie trata de escapar. Esta vez sin **herir**
y sin burlarse,
como el que tiene una deuda pendiente
con una **sangre** antigua.
Penélope está ciega
de tejer a la **luz** de los recuerdos, llora de soledad,
pero el llanto no llega
hasta el vientre preñado de esta gruta.
El guerrero,
curtido en el **incendio de las negras murallas**,
está viejo y cansado, sus marineros quieren olvidar,
disfrutar de la gloria
que les aprieta en el costado.

Ulises manda recoger
la lágrima y mezclarla con el **vino** caliente,
aparta el astil cegador,
y despierta al gigante.
La sonrisa del cíclope deja turbia la **luna**.

LUCIANO GRACIA, español. De la antología **Frac poético** por Feli Burillo Valestra (Diputación de Zaragoza, España 1998):

CUANDO ESCRIBO ESTOS VERSOS

Cuando escribo estos versos cómo escucho
el clamor
del tembloroso esfuerzo de la pluma.
Cómo siento el diluvio
de la noche
ardiéndome en la sangre.

El dolor expandido como el humo se me va
fermentando por la piel a distancia
del **sol** que estremece a la yedra.
Sudo templos de sal en cada gota como sudan
los árboles debajo de la **lluvia**. El aire
imperceptible que se acuesta
a mi lado, se va desperezando muy despacio
para no despertar
violentamente a la **fiebre amarilla**
que me coge y me deja irregresable. Leo
a César Vallejo para olvidarme
un poco de la muerte.

Como un muerto excitado que no encuentra
su hueco en el vacío, vivo
precipitado en una nube de espasmos soñolientos
haciéndole la guerra a la fatiga,
y aún me crece
asombrada en la vena,
sangre cálida, como crece la yerba abandonada
o crecen con la lluvia,
como una exhalación, los pámpanos
gloriosos de la cepa.

Soy poeta de barro forjado por la **llama**
que aún digiere su trágica alegría,
y navego por **aguas**
de tuétanos celestes por los densos
canales de la luz. Escribo
versos impacientes de mar y exhaustos
y aburridos de tanta reverencia.
El dolor me da aliento jornada tras jornada, y paso
por la vida
con el alma vacía de **alacranes, bebiendo**
el agua sucia de los charcos
y aún me sabe,
qué increíble indulgencia, a **manantial** y a **río**,
a prisa y desespero
por encontrarme **miel** donde no hay nada.

Desmesurado en soledad los **ojos me tropiezan**
con estatuas de sal
alimentando al mal de mansedumbre.

LUIS GRAS TOUS, cubano. De la revista **La caña y el vendaval** No. 22:

XXI

¡Oh!, tristeza, campo desolado,
pedregal y espinas, alma que te
consumes lentamente, **lenguas**
de fuego azul que hicisteis enmudecer el aire.

Se apagaron las **estrellas**, para
que fuera más negra la noche.
¡Oh tristeza, nube de polvo y cenizas,
para un respirar **amargo**!

Ni el eco de la palabra **penetra**
entre tus muros. ¡Soledad, negra sombra
que **estrangulas** la garganta! Y así, ni las
lágrimas acuden a los **ojos**, en alivio
del alma que **muere**.

VALENTÍN GRAÑA PÉREZ, español. De la revista **Estío-2** No. 4, cuarto trimestre de 2000:

HAY UN TRAZO DE LUZ EN TU MIRADA

Hay un trazo de **luz en tu mirada**
que asemeja a dos ángeles dormidos.
Son **palomas tus pechos**, protegidos
por la blusa de azahar aún no tocada.

Eres cuerpo de musa deseada.
Dos brazos de **alabastro**, sostenidos
por mil sueños de amor nunca vividos,
que **mueren en tu boca** no besada.

Al galope en tus muslos placenteros,
rayando la locura, correría
por mil frondas de amor sin equipaje.

Cual si fueras **corcel de mil luceros**
a la tierra jamás retornaría...
tú serías mi último viaje.

ALPIDIO ALONSO GRAU, cubano. De su libro **El árbol en los ojos** (fragmento):

Mido apenas los **ojos**
más extensos del cielo.
He dicho: "Soy un árbol",
y ya el aire fue mío.
La tierra transcurría
trémula en el silencio
recorrida de **ríos** y casas que,
aún en la nostalgia,
me pertenecían.

Nombré la fronda, y
me llené de pájaros.

Contemplaba mi cuerpo y desbordaba
una alegría silvestre hacia los hombres
que se debatían en mi soledad
con una paz de cielo sin raíces.

Soy un árbol, he dicho.
Un árbol de bellas ramas
tiernas y retorcidas
a todo lo ancho
de la **luz**;
un vasto árbol
lleno de pájaros y **soles**,
de insectos y semillas
que brindar a los niños y los amantes
en las tardes del tiempo
en que suelen venir hasta mi sombra
tomados de las manos
a depositar
en mi tronco
sus promesas.
Desde la tierra me levanto
dueño de sus secretos,
su humedad,
su calor;
y devuelvo a los días
el color y la vida,
la luz y la frescura
de los manantiales,
la belleza y la dicha,
la libertad,

la furia y el amor,
que añoraban el cielo
en mis raíces.
Soy
un árbol
que le salgo a la tierra
y a la vida.
Soy un árbol
y regalo mi altura;
doy mi sombra inmortal
a los que buscan;
extiendo mi
esplendor, mi
copa inmensa, mis
ramas, mis
raíces, mi
cuerpo, mi
dolor, mi
soledad, mi
furia, mi
iluminado corazón
a los que pasan;
dejo caer mis hojas
como monedas.
Soy un árbol
lo mismo que decir:
soy el paisaje,
soy la música,
soy el recuerdo,
el temblor,
la memoria
eterna
de los pasos
que dejaron los seres
en su viaje
infinito
por la tierra.
Animales y **ríos**,
estrellas y ciudades,
máquinas, multitudes,
casas, playas, tormentas,
piedras y noches, albas,
lunas y **llamaradas**,
árboles que no he sido,
pasan también por mí.

MARÍA INÉS GRIVARELLO OFFADO, argentina. De la antología **Colección Diez** por Silvia Luján Rúa Ibañez y Raúl López Ibañez (Pegaso Ediciones. Argentina 1997):

¡FUSILES AMARGOS!

¡Señor... en tu nombre, en tu nombre, Padre,
mi alma peregrina recorre los mares
y mis manos **secas**, por sus **muertas manos**
rasgan las maderas del féretro blanco
donde duerme el duende y gime en la noche
el lamento largo de un llanto de gitano!

¡Ráfagas de **sangre** y **fusil de escarcha**,
columnas crecidas de infinitos **dardos**...
el dolor me **muerde**, me muerde el espanto,
Granada se agrieta, sus **muros** se parten
la Alahambra está en sombra, los **toros azules**
se han vuelto escarlata y es **estalactita** muda
la Barraca!

¡**Nácar encendido**, jinete y **diamante**!

¡Grito con tu grito, lloro con tu llanto,
soy veleta al **viento**; **estrella** y guitarra,
Sacromonte en sombras, y **acequia sin agua**
porque te mataron **fusiles amargos**!

¡Un **ángel de hielo** te robó tu cuerpo
y un **ángel de luces** envolvió tu alma
con encaje y **piedras** en el Camposanto
y tu **luna enorme de marfil** sin mancha
se vistió de rojo, de **muerte y de sangre**!
¡Se **quebró** en Agosto del lento verano
fue invierno crecido, los cielos se helaron
se apagó el **lucero**, los nardos de sueño
se hundieron, cautivos, cerraron sus **párpados**
y tu **vino ardiente** fue vino de otoño
y **sepulcro pétreo de racimos agrios**!

¡Tu piel de aceituna fue silencio blanco!

¡Mataron tu cuerpo, **abrieron tu carne**
la ráfaga ardiente partió **tus entrañas**
pero una paloma rescató tu alma!

¡Lo sé, Federico!
¡Mataron tu cuerpo, **llagaron** tu carne!
¡Te mataron ellos, ellos te mataron!
¡Si hasta Cristo llora **lágrimas de sangre**!

¡Nácar encendido, jinete y diamante
y siempre tu nombre, Granada y el aire!

ANTONIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ DE MENDOZA,
español. Dos ejemplos, el primero de la revista **Manxa**
No. XX:

ESTA CALLE

¿Quién pisará esta calle
cuando ya las **estrellas**
cansadas de provocar sueños
apaguen su desdén contra el tapiz de la desesperanza,
y las **piedras** desnuden su insolencia
sobre la dura faz del último bostezo de la tarde?

¿Qué corazón temblará junto a qué árbol,
dónde estará creciendo la última hoja
que lánguida y perezosa, ha de crujir
ante el adiós del tiempo
cuando la vida se despida del recuerdo agonizante?

La **luz** se estrecha ante mis pasos,
la sombra se aproxima entre las nubes
con andares de dama contrariada
y el cielo me abandona.

Nadie puede ya leer mi pensamiento,
ni saber qué locura o qué tristeza
late en el **hielo** de mis días,
como un domingo tan oscuro y tan perdido
que ciego, amor, me vuelve a tus caricias.

Bien sé que es exacta esta nieve reunida en la **mirada**,
este llorar y llorar
sobre la clara distancia de cada paso
mientras tiembla la mañana
acompañada de sol y de esperanza.

¿Quién buscará en la palabra esa gloria callada
que me empuja vivísima y valiente
a pronunciarte tras la **lluvia** de los siglos
en medio de la **llaga** de mis manos?

¿Quién inocente y silencioso
despliega su futuro ante mi **herida**
sombmando de redención y preguntas
la pena sucesiva que me embarga,
los pecados que el mundo no perdona?

No sé si faltará la **luz en el cristal** del cielo,
si el **fuego** empañará la rama huérfana o el pájaro.
No sé si llegaré a donde el llanto oprime,
si no sabré buscar aquella dulce **lluvia**,
aquel **bosque de lágrimas** y miedos.

Siempre es así,
dentro del túnel coinciden la **sangre** y el espanto,
el breve sí y el aire de tu entraña,
algo, no obstante, me atrasa el calendario
con un extraño gesto de condena.

Pronto, muy pronto,
llegaré hasta la orilla de tus hombros
y a solas con el mundo,
cuando mueran las cosas cotidianas,
extenderé el perdón de mi silencio
tenaz y arrepentido
hasta donde la duda cicatriza.

A cada rostro pondré palabras derretidas,
gritos distintos y abrazos inventados,
igual que una venganza **masticada**,
igual que un aleteo de odio.

Para siempre, ya,
esta calle será un error mañana,
de nuevo una promesa hermosa y triste
sucrada por mil **brillos** y mil gritos,
un extenso dolor que empañe el vuelo
que ha de sobrevivir al **agua seca**,
definitivamente nómada y cansada.

El segundo, de **Manxa** No. XVI, segunda época:

ANTÍPODAS

Todos somos antípodas de alguien,
penumbras de otra **luz**,
deslumbrado reflejo de algún río,
ciego de latitudes,
que llora en los confines de la selva
su horizonte de **soles y escorpiones**.

Allá, sobre la noche de otro abrazo,
tras la eterna realidad del suspiro diario...
una extraña agonía
persigue en la clemencia de los dioses,
el mar prohibido de los héroes
donde confluyen desiertos y ciudades,
oscuro **semen**
y éxtasis alados de impolutas auroras,
refugio de las nieblas más efímeras.

Nuestro revés se anuncia,
latimos en la sombra de los **astros**,
en el sutil espejo del mismo rocío,
en el delirio remoto que alimenta la **lluvia**,
en el trueno callado de los muertos.

Un soplo se desnuda tras el grito,
¡oh tierra erguida!, ¡ceniza de guerreros!,
una espuma sin edades,
ebria de playas, se alza espléndida y prohibida,
sobre el ámbito turbado de los sueños.

¿Qué sendero o qué **estrella**,
qué manos inundadas
prolongarán la **sed** de las preguntas,
el engaño o la trampa,
el frágil ritual de los espejos **rotos**,
el chasquido inconcluso de **labios** inmortales
ofrecidos, esclavos,
a la inocente soledad de las gacelas.

Hay pájaros de **mármol** en ambos lados,
montañas de **cristal** testigos de la vida,
arcana música teñida de sorpresa,
abandonada al generoso rumor de la esperanza.

Y en las orillas,
halcones y relámpagos,
tersa venganza de siglos desbocados
que los hombres **devoran**,
lívido **fulgor** de extrañas sumisiones
que el silencio disfraza.

Mas el perdón nos salva.
Ante el temblor estoy buscando las señales,
el oscilante tic-tac de las rendidas máscaras,
que me limpien los **ojos**,
la saliva sagrada que **calcine las llagas**
con brío desatado de cadáveres
y **sed de fúlgidas tormentas**.

Se desata una **luz**,
un hilo de pasos sucesivos, pura **luna**
que perdido se ha en este amanecer
de **labios y cuchillos**.

Aún así, vivirás contra el aire azulvida,
en el espacio que prolonga el secreto,
la magia que sobrevive al miedo tatuado,
la lágrima que nadie jamás borró.

Mientras yo, derramado en olvido,
inútilmente navego por este vértigo de **espinas**,
a la deriva,
envuelto en la tensa pasión de inminentes finales.

La travesía será larga,
son iguales las huellas y los besos,
será extenso y ancho el **mirar**
expectante de las sombras,
el silencio que circunda, impávido,
la concéntrica perfección de este milagro
que salpica mi espalda de temblores sordos.

Todo es armonía, eco y voz,
secreto duplicado en cada **estrella**,
olvidos y memorias invisibles simulando verdades
en la quietud sometida de un éxtasis sin límites
mientras mi voz te nombra y te renombra,
y los gatos,
huéspedes del invierno de otros mundos,
se aman desgarradamente
en el común jardín del ambiguo **plenilunio**.

DANIEL GUTIÉRREZ PEDREIRO, mejicano. Dos ejemplos, el primero tomado de la revista uruguaya **La Urpila** No. 62:

ERIKA NAYELI
FLOR DE FUEGO SOBRE UN CRISTAL

Mariposa de leche y serpentina,
asterisco del **sueño en la mirada de un cuchillo**,
amor, eres un **río de sangre**
en la pupila de marzo.
Eres **caballo de fuego** recorriendo los relojes,
eres **relámpago azul en los cristales** del grito,
eres madera y **hielo**
clavada sobre las uñas del sueño.
Estrella de fuego y miel,
abeja que derrama el cuerpo
sobre la espalda del **viento**,
navaja, serpiente y espejo,
marino ferrocarril del **pan**,
abecedario del **agua**,
amor, eres **caracol de leche ardiendo**
y mariposa de plata
sobre los ecos del **viento**.
Eres **flor del fuego, serpiente azul**
caracola de hielo y pólvora
clavada en lanzas de acero
sobre cristales del sueño.
Eres el **sueño azul** del último duende,
la canción todavía inédita,
la voz del martillo y del violín
la guitarra sin dueño,
la estrella de mariposas blancas
en la pupila del tiempo.

De la revista española **Alhucema** No. 7:

ODA A MIGUEL HERNÁNDEZ

Sobre la **sangre** crecen pájaros de fuego
como los **ojos** de un árbol
en el canto **amarillo** de un violín
y en cada **piedra** desnuda
el canto,
con la **sangre** amarilla de perdidas aves

entreteje, Miguel
la flor azul de un eterno llanto.

Ya ves cómo han crecido **lágrimas de abejas**
sobre la miel dorada del viento
y cómo vienen de lejos caballos blancos,
alados hombres de **luz**,
ángeles sempiternos como cisnes albos.

Tú sabes, Miguel,
que la palabra nace de la **herida** tierra,
que llegas a la vida entre golpe y **navajazo**,
que siempre hay un ángel traicionero
con el **hacha** al hombro
esperando **decapitar a la luz**;
y que el sol
hay ocasiones amargas
en que sólo nace para los dioses.

Tú sabes, Miguel
que a la vida arribamos desnudos
apretando los puños para responder el golpe
pero que, traicionero se esconde tras la **piedra**
el ángel negro de la muerte
deseando nuestro **sueño**
para degollar a las estrellas.

Pero canta una guitarra en el vacío,
y el pan y la cebolla son cristales
y crecen **dientes** que mañana serán armas
y nacen, Miguel, en cada orquídea
ojos amarillos de amorosa luz
buscando la sangre y el azúcar
de los perdidos hielos.

Y son las noches sólo vacíos templos,
y Cristo camina desnudo entre el **oro y la sangre**
y cantan en los cementerios
ángeles buenos que intentan eternizar el cielo.

Por tu voz aún corre la **sangre liberta de la piedra**,
el Eco ha hecho de tu canto un pentagrama
donde se sostienen los pájaros
y de la **sangre** derramada en la vieja España
han crecido bellas hembras de **mirada azul**
y mariposas de pan
y campanas que reconocen la **luz de una sola estrella**.

Tu canto vive aún, Miguel
sobre la paja en **llamas**
y el pájaro que canta con mil voces;
tu canto está vivo en la cebolla y el **fuego**
y crece como un gigante árbol de **luz**
en la **mirada** tierna de una virgen serena,
tu canto, Miguel
es una guitarra de **luz en la mirada infinita**
de un ángel bueno.

DANIEL GUTMAN, argentino. De su libro **Culpas y culpables**:

EL OJO DE LA POESÍA

Ni la furia del mar
ni el atractivo sabor de lo demoníaco
ni la punta de una flecha cargada de veneno,
tampoco el grito del **sol** cuando la noche se presenta
ni siquiera el pulso geométrico de la tormenta.

Nada puede apartarme de la llave de tu aroma,
el músculo que se irriga de **sangre**,
el ojo que tiembla,
la voz del árbol citando en la noche a sus nidos
el llanto del reloj a la hora de la rutina
el brazo que desafía al azar de la ola
y los **cuervos que amamantan** al verdugo.

Sólo me falta el privilegio del ala
para intentar la aventura del **viento**,
confío plenamente en la piel que de noche
pacta con mis sueños,
beso flores muertas que descansan
al margen del sexo del anciano
y mi mano sacrifica su palma
para contener la lucidez del **vino**,
el celo con que el ave vigila el alimento de sus críos
y la sonrisa del **agua** son mis únicos hermanos.
Nací de la **piedra** basal del atrevimiento
y mi comida fue siempre
la libertad que precedió al **incendio**.

El **barro y el fuego** de la mujer que amo
entre mis huesos
y la palabra que arrase
con la indiferencia de la semilla
me servirán para **matar al buitre que devora**
el hígado de Prometeo.

Ni la prudencia del insecto
ni la temeridad del abismo
el ojo de la poesía será el que dictamine la sentencia
la sangre está pronta
para iniciar el camino hacia mi huella.

CARLOS HERMOSILLA ÁLVAREZ (1905-91), chileno.
De **Cuaderno Literario Azor** No. XXIV:

MARTA UGARTE

En un negro colapso de sal, de **sangre** y sollozos
el mar tendió tu cuerpo sobre la desorbitada arena
y allí quedó tu fina estructura de **estrella**,
meteoro en vértigo, corazón en alga,
asombrada semilla,
simulando paz de árbol, semejando barco dormido.

Pero el mar sabía y lo sabía el cielo con sus cirrus
y lo sabía el **viento** sabio en distancias,
sabio en montañas y años vertiginosos
y en hondas voces lo sabía el **viento**
que allí quedabas no como **estatua** de sal
ni como cuajada forma de silencio
o gesto de **piedra**,
sino transformada también en **viento**
en aire con largos dedos redentores
transformada en voz conminadora y acuciante;
lo sabía el **sol**
al derramar sus primordiales linimentos
sobre el pavor de tus heridas;
lo sabía la **luna**
que acompañó con el cortejo de las olas
y al quedarse junto a ti arrodillada;
lo sabían los viejos pinos cercanos
siempre absortos,
y los multiplicados pájaros clamadores de la orilla,

lo sabían los cánticos patinados
por siglos y tormentas;
todos sabían que por tu corazón abierto
por tu **seno horadado**
por entre los alambres que te aherrojaban,
por entre las lacerías de tu vientre,
por sobre tus **ojos** abiertos
que abarcaban tu cara,
tu cara **luminosa**, tan clara, tan serena,
por entre tus labios torturados
por los clamores de muchos días,
por ti toda pasaba un destino embanderado
esparciendo brazadas de espigas fecundas,
puñados de cantos con salitre y con espuma.
Allí te dejó el mar en esa playa
como quien deja un **astro** adormecido
arrecido por vastas misiones abisales;
pero el mar también sabía
que ahora sólo te dejaba descansando
para una nueva, una alta, una larga misión
por los caminos de la tierra.
Hija, hermana, novia, esposa, madre,
compañera, maestra y guía.
Toda tú con alas, toda tú con abiertas manos,
toda tú índice, toda tú trompeta juiciadora,
toda tú alta voz, **pupila** enorme
toda tú estandarte, toda tú bandera,
toda tú mandamiento y defensiva
por sobre acucentantes caminos ceñidores.

hacia su patria remota.
(Nuestro espíritu debe de ser, que cabalga
sobre las olas).

Ahora ya es tarde. Apagamos las manos felices
y nos ponemos a andar por la tierra
cumplida de sombra.
Hemos caído en un **pozo que ahoga los sueños**.
Hemos sentido la **boca glacial de la muerte**
tocar **nuestra boca**.

Antes, entonces, con qué gozo **ardiente**,
con qué prodigioso encenderse de aurora
modelamos en nieblas efímeras,
en pasto de **brisas** ligeras,
nuestra cálida hora.
Y cómo apretamos las ubres calientes.
Y cómo era hermoso
pensar que no había ni ayer, ni mañana, ni historia.

Ahora ya es tarde; apagamos las manos felices
y nos ponemos a andar por la tierra
cumplida de sombra.

Cómo errar por los años,
como **astros gemelos sin fuego**,
como **astros sin luz** que se ignoran.
Cómo andar, sin nostalgia, el camino,
soñando dos sueños distintos
mientras en torno el amor se desploma.

Ahora ya es tarde. Sabemos, pensamos.
(Buscábamos almas).

Ahora sabemos que el alma no es **piedra**
ni flor que se toca.

Como **astros** gemelos y ajenos pasamos, sabiendo
que el alma se niega si el cuerpo se niega.
Que nunca se logra si el cuerpo se logra.

Dejamos encima del mar marchitarse la **luna**.
Cómo errar, por los años, sin gloria.
Cómo aceptar que las almas son vagos ensueños
que en sueños tan sólo se dan, y despiertos se borran.
Qué consuelo ha de haber,
si lograr una gota de un alma
es pretender apresar el latir de la tierra,
desnuda y redonda.

JOSÉ HIERRO (1922-2002), español. Dos ejemplos de
José Hierro. Antología Poética por Aurora de Albor-
noz (Visor de Poesía, Madrid 1999):

CON LAS PIEDRAS, CON EL VIENTO (fragmento)

Apagamos las manos. Dejamos encima del mar
marchitarse la **luna**
y nos pusimos a andar por la tierra
cumplida de sombra.
Ahora ya es tarde. Las albas vendrán a ofrecernos
sus húmedas flores.
Ciegos iremos. Callados iremos, mirando
algo nuestro que escapa

Estamos despiertos. Sabemos.
Como **astros** soberbios, caídos,
sentimos la boca glacial de la muerte
tocar nuestra boca.

POEMAS DE AGENDA
(fragmento)

Unos dedos de plata
estremecen las copas de los álamos.
Unos dedos de cobre
llameando entre las acacias
y los castaños de noviembre.
Y una mano –de quién será–
que ofrece a los gorriones
migas de azul, granos de otoño,
me arrebata a otro reino y me convierte en ave,
ave de piedra, piedra de río, río de estrellas,
estrellas olorosas, olorosas **hogueras,**
hogueras de piedra, de río, de estrellas, de ave.

De quién será esta mano. Me refiero
a esta mano de carne y hueso
que se apoya en mi hombro y deshace el hechizo
y restituye al mundo a su recinto natural,
a su archivador impasible.
Y mientras trepan, brazo arriba, mis **ojos**
hasta fondear en otros **ojos** que los miran,
reconozco la voz que escucharé
cuando caigan los años,
hirviente de palabras rencorosas.
Reconozco la voz que aún no ha sonado
en esta voz de niño, en el cuerpo del niño
que sonríe ante mí.

La voz que un día me dirá:
«Voy a matarte con mis propias manos»,
en este instante suena con desamparo y lágrimas,
y las palabras aún no **hieren:**
«Aúpame, quiero coger esa hoja verde.»
Alzo en mis brazos, para que no llore,
a mi **asesino.**

RAÚL HERNÁNDEZ NOVÁS (1948-93), cubano. Dos ejemplos el primero de su libro *Al más cercano amigo*:

DÍPTICO DE ALICIA

II

Por los **ojos** escribe su figura,
el caudal de su **estatua** fugitiva,
historia fiel que se estremece viva
como la **estrella** que temblando dura.

Ingrávida del aire en su **escultura**,
grávida de su propia forma altiva,
al mar nervioso de la forma arriba:
río en la muerte, nueva vida augura.

Con actitud de bosque estremecido
por un **viento** de música que mece
la raíz, paso a salto repetido,

avanza justiciera –**inmóvil** crece–
contra la fortaleza del olvido.
Sólo la **luz** que danza permanece.

De Sonetos a Gelsomina:

AL MISMO

Sobre el cielo ya estás, desmelenado
genio, celeste Liszt de los **cometas**
que en tu teclado **cósmico** interpretas
nuestro silencio turbio y desvelado.

Hoy un niño ha nacido, y asomado
apenas a este **mundo** que completas,
suaves **hieren sus ojos tus saetas**
y lo envuelve tu manto delicado.

No eres la Bestia de iracunda nada,
medusa que al amor en **piedra** sella,
Medea loca y Furia derramada.

Sino esperanza **ardiendo en lumbre** bella
y en paz creciendo como la **mirada**
que en la casa de Pan fijó su **estrella.**

JORGE ENRIQUE HADONDONIOU, argentino. De su libro **Notas humano-cosmicas**:

RESPONSO DEL POEMA
(fragmento)

Se desvanecerá por fin esta materia
y otra ocupará su lugar en la incursión terrena;
otra **luz alumbrará** nuevas sonrisas
y serán otras las renovadas primaveras.

El eco del canto recorrerá tiempos de gestación,
desconociendo relojes, horarios,
o el incómodo **ahogo** de las esperas.
Y otra voz repetirá
la ancestral, fecunda, antigua
y siempre floreciente respuesta.

Nunca más este perfume será **sol** del olfato
ni corona del señor y su mujer a cuestas;
pero otra **luz** ganará las calles
y los rincones, para servir
como anfitrión en la **cósmica** fiesta.

Sepultado el corazón marchito; los nervios
fecundos descompuestos al final del camino;
y todos los músculos, pasto uniforme de la tierra;
habrá lugar aún para la convocatoria
de los soldados lúcidos de la mente,
y se hará otra vez la paloma inquieta de la espera.

En el **lodo** sin reclamos del olvido
terminarán sus días las órbitas universales
de las **miradas** nuestras;
y florecerán detrás de otras montañas,
los **ojos** verdes del olivo
pariendo imágenes de incontenible fuerza.

Más allá de las **luces** restringidas
de cada verso y de las palabras prendidas
en todas las páginas de la cotidiana prensa,
subsistirá la humana iracundia,
su veleidad y su tibiaza,
elevando desatinos, forjando en mil intentos
las fecundas estructuras de la ciudad **galáctica**
y el tibio reparo de algunos poemas.

Las máquinas recorrerán los senderos imprecisos
que animales salvajes hoy pisan aún y acunan
en su instinto de habitantes intangibles
del mañana disperso.

Y se cubrirán los cielos de nubes atonales
para borrar, por mandato desconocido,
los momentos
de vuelo estrecho.

Pero aún subsistirá el eco repetido de este canto
en algún papel **amarillento**,
surgiendo sin premura desde la médula **seca**
de cada uno de los sepultos huesos.

¡Humo dulce de los versos,
que recoges toda la **escoria**,
permite a la voz opaca de este
tiempo vencer sus límites,
conquistar el remoto **universo**,
depositar un pequeño grano
para el mañana inexperto!

¡Humo rescatado del **viento**,
humo profundo que surge para sobrepasar
los abismos!

¡Humo sin fin de la esperanza
surgida al reparo de toda ilusión vana!

¡Humo que busca la canción
compartida en el silencio de la **sangre**
nuestra!

¡Humo descubierto
en cada sonrisa, a pesar
de tantos corazones muertos!

¡Humo mensajero, paloma diametral
de los niños,
mariposa de los sentidos!
¡Humo poderoso, vencedor
inquebrantable que traspone
los **muros** y los libros,
y **rompe** las rabias
y libera los recuerdos presos!

¡Humo de los versos!

OSCAR HAHN, chileno. De la revista **Correo de la poesía** No. 76:

VISIÓN DE HIROSHIMA

Ojo con el ojo numeroso de la bomba,
que se desata bajo el hongo vivo.
Con el fulgor del hombre no vidente, ojo y ojo.

Los ancianos huían decapitados por el fuego,
encallaban los ángeles en cuernos sulfúricos
decapitados por el fuego,
se varaban las vírgenes de aureola radiactiva
decapitadas por el fuego.

Todos los niños emigraban decapitados por el cielo.

No el ojo manco, no la piel tullida, no sangre
sobre la calle derretida vimos:
los amantes sorprendidos en la cópula,
petrificados por el magnésium del infierno,
los amantes inmóviles en la vía pública,
y la mujer de Lot
convertida en la columna de uranio.

El hospital caliente se va por los desagües,
se va por las letrinas tu corazón helado,
se van a gatas por debajo de las camas,
se van a gatas verdes e incendiadas

que maúllan cenizas.

La vibración de las aguas hace blanquear al cuervo
y ya no puedes olvidar
esa piel adherida a los muros
porque derrumbamiento beberás,
leche en escombros.

Vimos las cúpulas fosforecer los ríos
anaranjados pasar, los puentes preñados
parir en medio del silencio.

El color estridente desgarraba
el corazón de sus propios objetos:
el rojo sangre, el rosado leucemia,
el lacre llaga, enloquecidos por la fisión.
El aceite nos arranca los dedos de los pies,
las sillas golpean las ventanas
flotando en marejadas de ojos,
los edificios licuados se veían chorrear
por troncos de árboles sin cabeza,
y entre las vías lácteas y las cáscaras,

soles o cerdos luminosos
chapotear en las charcas celestes.

Por los peldaños radiactivos suben los pasos,
suben los peces quebrados por el aire fúnebre.
¿Y qué haremos con tanta ceniza?

RODOLFO HASLER, cubano-espaoil. De la revista **La Urpila** No. 64:

SOUK-EL HAMRA

Si hubiese creado el mundo abigarrado
y alguien me exigiese cuentas por ello,
lo llevaría a oler la fruta aplastada en el suelo.
Desde el inicio tenía la certeza de que las hormigas
recorrian continuamente mis piernas, decididas,
como luna inmóvil en el recuadro de la plaza.
La mancha verde del gomero,
por encima de la puerta
hundida en la sombra, es testigo de mis visitas,
y el joven que soñaba
con el cansancio de sus amantes,
regateando a gritos, como mercadería,
es vendido ante mis ojos
en la impiedad de un gesto,
casi pornografía.
¡Qué alivio que esos aburridos europeos
hayan dejado de fotografiar la mezquita del viernes!
Metamorfosis de la vida,
así nombro lo que los muros atesoran,
pues una vez que conoces el precio
de las manzanas en el zoco
y qué dátiles transparentan la luz,
no hay ya modo de olvidar
ni razón para exaltar mayor encantamiento.

MARÍA HAYDEE SPINELLO, argentina. De la revista Círculo Mitre No. 96:

BÚSQUEDA INCIERTA

He perdido el talismán de los conjuros,
ya no tengo su magia,
a veces en el filo de algún sueño
creo encontrar la clave,
pero me pierdo en absurdos países de silencio.

No sé si era el objeto,
una pluma de mi ángel de la guarda,
una hebra de **sol**,
o un hilo de los velos de un fantasma.
Pero algo había que hacía brotar la música,
entibiaba la **miel** de la ternura,
y por arte de magia medulaba de **luz** todas las cosas.

Ya no lo tengo.
No sé si era un ritual,
una palabra,
una cábala antigua
o era el **sol** de tu voz y tu **mirada**.
Lo he perdido,
pero no me resigno.
Busco a ciegas palpando las paredes del
gris y la nostalgia.
Porque sé,
que algún día descifraré el enigma
y romperé este hechizo de sal y de ceniza.

ANNE HÉBERT, canadiense. De la revista mejicana Última No. 1:

TIERRA QUEMADA

**Los soles excesivos de esas tierras quemadas
tienen el ardor secreto de las piedras muertas.**

Sus pupilas desde hace mucho apagadas
iguales a unas velas
relucen sordamente en lo más profundo de la tierra
parecidas a los volcanes dormidos.

De un lugar de exilio frío como la **luna**
en la ceniza y la **lava** gris
emiten extraños **rayos** en secreto.

Pájaros locos con la cabeza bajo el ala
se afanan en **comer su corazón**
que centellea
como la nieve.

HERBERTO HELDER, portugués. De la revista venezolana Poesía No. 128:

LA BICICLETA LUNA ADENTRO —MADRE, MADRE—

La bicicleta **luna** adentro —madre, madre—
escuché decir toda la nieve.
Los árboles medran en los satélites rusos.
¿Qué voy a hacer sino soñar
lo contrario, cuando noviembre sujetá
—madre, madre— las tejas de sus **frutos**?
Las nubes, aviones, mercurio.
Noviembre —madre mía— con sus plazas
descascadas.

La nieve sobre los **frutos** —hijo mío.
Enero con el otoño sueña entonces.
En este espanto —hijo mío— los **satélites**
sueñan luna adentro, en su bicicleta.
Escuché decir noviembre.
Las plazas **resplandecientes**.
Las grandes letras descascaradas: el alfabeto es nuevo.
Los aviones pasan por tu nombre
—madre mía, máquina mía—
mercurio (escuché decir) está lleno de nieve.

Avanza, memoria, con tu bicicleta.
Soñando, los árboles crecen al revés.
Te presento a noviembre: avión
limpio como un alfabeto. Y las plazas
ofrecen su nieve descascada.
Madre, madre— como enero **resplandece**
en los satélites rusos. Hijo— es tu memoria.

Y en ti están las letras, abiertas
nieve adentro. Como árbol, los aviones
sueñan al revés.

Las estatuas, con pulpos en la cabeza,
florecen con mercurio.

Madre— es tu azufre del mes de noviembre,
es la nieve que avanza en su bicicleta.

El alfabeto, la **luna**.

Empiezo por recordarme: tomé el paisaje.

Era pesado, al cuello, lleno de nieve.

Iba diciendo tu nombre de enero.

Azufre —madre— era tu nombre.

Las letras crecían en torno a la tierra,
las tejas se doblaban por el peso
de lo que recuerdo. Empiezo por recordarme:
era el atún negro de tu nombre,
en mis brazos, como nieve de enero.

Noviembre —mi hijo— cuando se lanza la **flecha**,
y las plazas se descascan,
y los satélites tan rusos avanzan,
y en la **luna** florece el azufre. Tomaste el paisaje
(lo vi): era pesado.
Mi nombre, el alfabeto, se llenaba de naranjas.
Naranjas de piedra —madre. **Resplandecientes**,
las estatuas negras en tu nombre,
en mi cuello.

Era nieve que nunca más terminaba.

Empiezo por recordarme: la bicicleta
se doblaba bajo el peso de aquel atún negro.

La plaza se descascaba.

Y aquí está tu nombre **resplandeciente** con las letras
al revés, soñando
adentro de mí, sin terminar nunca.

Lo vi. Los aviones se abrían, cuando la **luna**
se sacudía por el aire.

Hablábamos a callas. Tus brazos estaban llenos
de mi nombre negro, y nunca más
terminaba de nevar.

Era noviembre.

Enero: empieza por recordarme. Mercurio
con toda su fuerza creciendo en torno
de la tierra. Madre— si moriste, ¿por qué tanta

fuerza con los pies contra tu nombre,
en mi cuello?

Iba a recordarme: todos los satélites
resplandecientes en la plaza. Era la nieve.
Era el tiempo descascado,
soñando con tanto peso en mi cuello
¡oh madre, atún negro—
al contrario, al contrario, con tanta fuerza.

Todo era una máquina con las letras
adentro. Y yo venía cantando
con mi paisaje negro por la nieve.
Y eso nunca terminaba frente
al tiempo. Empiezo por recordarme.
Olvidé las aletas, tus **ojos**
de pez, tu columna
vertebral de pez, tus escamas. Y venía yo
cantando por la nieve que nunca más
terminaba.

Tu nombre negro con tanta fuerza—
madre mía.
Los satélites y las plazas. Y noviembre
avanzando sobre enero, con sus **frutos**
destejados al cuello. Las
estatuas, y yo soñando, soñando.
Al contrario tan muerta —madre mía—
con tanta fuerza, y nunca
—madre— nunca más terminaba a lo largo del tiempo.

FRANCISCO HENRÍQUEZ, cubano. Dos ejemplos, el
primero tomado de suplemento **Árbol de fuego** No. 205:

LA ANTORCHA

La antorcha que se prende en tu mirada
las noches interiores ilumina.
El río que amanece en tu alborada
desemboca en la tarde cristalina.

La estrella que en tu frente está posada
conserva su humildad de golondrina.
El cielo que cobija tu morada
al techo-meridiano se reclina.

La rosa que perfuma por tus manos
puede darnos perfume si nos toca.
Los gritos de tus sueños cotidianos
les quiebran los silencios a los **muros**.
Los rasgos que endurecen a la **roca**,
cuando pasan por ti, son menos **duros**.

De su libro **Buenos días, adiós, hasta mañana:**

POESÍA

Nombre de canto de plumaje y vuelo,
de lo que busca el corazón errante.
Valle de mármol de pradera y trino
o blancura de cera redimida.

Alba para acostarse con la **luna**,
para decirle al ruiseñor: te siento;
para prenderle cirios a la tierra
o correr con el **río** hacia la playa.

Un nombre por azar redescubierto
bajo los árboles de la fragancia
guardados por los duendes de la noche

radiante caracol sobre la arena
o ventana que asustan unos **ojos**
detrás de las **estrellas** de la gloria.

YANISA HENRÍQUEZ ECHEVERRÍA, cubana. De su libro **El inicio y el fin**:

LA MUERTE DEL CISNE NEGRO

En la tarde lo he visto,
sus **ojos**, dos vainas rasgadas,
mordidas por el viento.
El lago un silencio de **crystal**
y tras los sauces las ranas
fueron **tragando** los ruidos.

Tras los sauces lo he visto esta noche,
el cuello sobre el **pecho**
doblando la sombra en el **estanque**.
El aire le despeina el paso,
arrastra con furia las flores
y toda la noche cabe
en los pétalos blanco azules.

Lo he visto...
sus alas **rompen los sueños del agua**,
gritan, huyen,
se despedazan a la luz de la luna.
Sus alas se pierden, se hunden en el lago,
se agitan,
se vierten mojadas sobre el paisaje.
El cuello le hace nudos a la noche, **rompe estrellas**.

Echado está sobre las plantas,
una guirnalda de **luciérnagas**
le adorna el cuello.
Los ojos, gotas del lago
secretos de peces guardan,
la luna enciende los saltos agitados de las ranas,
los sauces lo están llorando
el viento le safra el alma,
en la tarde lo he visto y lo amaba.

CARMEN HERNÁNDEZ PEÑA, cubana. De **Un día magnífico para el pez plátano**:

TEDDY

Morir no es descender:
el cuerpo escapa
cual cáscara vacía
que deja la **serpiente** en sus andares.
Yo tengo un nombre largo impronunciable
digo mi Nombre el Mío el Verdadero
un grito
años de Brahma sobre mi frente.
Hombres Yo he perdido el amor
pero los amo
la doblez y el amor eternamente
juntos

mi cabello largo como una blasfemia
y mi **garganta azul** una **pedrada**.

Hombres Yo nada puedo hacer para salvarlos
miro los astros
y soy también los **astros**
miro a mi madre
y soy también mi madre
y un elefante
que no es grande ni pequeño
es sólo un elefante
sobre la palma de mi mano.
Grabo los nombres de Dios sobre tablas de arcilla
en los cristales de los autobuses
y en el ojo de buey de un barco sin retorno.
Sal y sol en la sangre
poetas
hiladores de **vidrio comiendo una manzana**
entorpecen mi paso.
La vida es un presente griego
en donde canta y miente una cigarra.
Hombres Lo juro
Yo nada puedo hacer para salvarnos.

ALINA HERNÁNDEZ PÉREZ, cubana. De *Aguamarina*
No. 36 (abril 1997):

LUZ Y REGRESO

Hoy me ha adivinado la aurora
arrancándole promesas al duende del tiempo
recordando el cálido silencio
de las horas que pasaron
embriagada aun con las sobras de mis alados deseos.

En mi piel se derramó la esencia de tus besos
que inundó en la madrugada un **universo de luces**
y mi semblar se **congeló** en tus manos de caricias
envolviéndonos quedos en las últimas **gotas de los sueños**.

En aquel letárgico temblor de **estrellas**
recordamos los tiempos de ofrendas al **viento**
y ascendimos al ala oscura de las sombras
besamos los inciertos pies del infinito.

Ahora me ha quedado el sabor de la **manzana**
calado hasta los huesos de mi **sediento anhelo**,
ahora descubrí la intimidad del secreto
que me tendió suavemente la desnudez de tus manos.

Del color de tus **ojos** nació hoy la primavera
tu **luz** se reflejó en todos los espejos
y me estrechó por última vez tu dulce aliento
para volver sobre los pasos de tu puente de ecos.

Tu **luz** me devolvió hoy a las sombras
que envuelven a este laberinto sin tiempo
tu mismo **fuego** apagó el sendero en que llegaste
y ahora estoy de nuevo amainando tempestades
y esperando la **luz** que señaló tu regreso.

RAÚL HERNÁNDEZ PÉREZ, cubano. De su libro
Hombres sin nombres:

ANAGRAMA

Eres:

la **luz** indescifrable que ha irrumpido en mi alma.
Carrusel fugitivo de la noche.
Ambigüedad de un tiempo ya olvidado y lejano
(que nunca volverá).

Seré:

culpable de elogiar y maldecir tu enigma
atado a tu sonrisa.
Exánime de **ver** tu andar sin rumbo
por entre las praderas
(en el reino de Dios).

Eres:

emisario del **viento** que ha pasado sin rostro
abstracto y silencioso.
Ambrosía de arcángeles remotos
que tal vez existieron (no lo sé).

Seré:

arbitrario infinito de tu inmenso **planeta**.
Talismán de la **luz de tu mirada**.
Violencia de un **eclipse** al averiarse el día
(con un **rayo de sol**).

Eres:
benevolencia y fe de tu osadía.
Acertijos de ensueños que se apagan
en el oscuro mundo de recuerdos ajenos.
Seré:
dueño de tu esperanza y de tu **aliento**.
Análogo de ti
como una embarcación de **lunas** crapuladas
(sin amor).

Eres:
metáfora divina que **lacera** mi cuerpo
y como **puñalada de palabras**
respiraré tu brisa, tu **elixir** del destino
(cuando el aire no exista).

Seré:
el silencio que grita en medio de la noche.
Bálsamo del pasado.
Arrecife que cae en **peñascos** abalanzando naipes
(en tus manos).

Eres:
sencillamente y mientras vivas
alguien a quien quisiera demostrar que amo
(lo intentaré).

LUPO HERNÁNDEZ RUEDA. De **Antología histórica de la poesía dominicana del siglo XX (1912-1995)** por Franklin Gutiérrez (Editorial de la Universidad de Puerto Rico. 1998):

CÍRCULO (fragmento)

Me gusta la aventura.
Ese pez ciego dragón
de finas alas amarillas
que se retuerce dentro de mi **sangre**,
gusanillo de plata,
devorador del látigo del miedo.

Me gusta la aventura **planetaria**,
la Cruz del Sur, el Alfa de Hércules,
el Pájaro Madrugador,

el robot electrónico, los cuentos, los deportes.
Me gusta la Biónica, el algodón, los átomos.
Cambiar la faz del mundo.

Me gusta realzarme.
Soy un dios de mi infinita pequeñez.

Soy el aventurero. Viajo,
como la tierra o las semillas con el **viento**,
con el torrente lúcido del aire,
con la fuerza inmanente de las olas,
con los **dientes finísimos del agua**,
alisando, limando, repuliendo las almas,
cambiando de lugar como las **rocas**,
rodando con las aves,
con el trino del **viento**,
con la apacible violencia de los cuerpos.

Viajo con la mañana, con las horas,
con el verano
inmenso de los **ojos**.
Me gusta la aventura, las sorpresas.
Me gusta mi compañera indócil,
su cabellera que cae sobre la tierra
como una **lluvia** oscura.
Su cabellera que **ilumina** las cosas.

Ella es la parte más hermosa del mundo.
Es la bandera del sueño.
Mi compañera es una **estrella**.
Cuando ella llega,
el día **resplandece**.
Ella **ilumina** las cosas.
Las torna alegres al andar.
Es lo más bello que existe.

Mi compañera es un reloj.
Ella me marca el paso de las horas.
Me alimentó en la infancia,
dobló el lomo del tiempo para que yo existiera.
Me brinda el lago tierno de su vientre
para cegar mis ansias de veranos.

Mi compañera es un sueño.
Ella es un pez sin tiempo.
Es la niebla del Támesis,
las cañas de Ozama,

los ojos del mundo.
Por ella veo en la luna
una canción de eterna primavera.

Mi compañera es el amor.
Ella hace posible las cosas.
Enumera los hombres,
los va depositando en el **agua** del tiempo.
Mi compañera es una **flor de fuego**.

Me gusta la aventura del amor,
y la ciega aventura de la muerte.
Cuando la muerte asoma yo sonrío
con mi cuerpo de muertes milenarias,
le digo, “Buenos días, señora”, la dejo entrar,
porque con ella viajo hacia lo eterno.
Ella es la puerta del cielo,
mensajera celeste, antesala de Dios.

Yo invento los negocios de la muerte,
las cuentas de ahorro de la muerte,
las lámparas oscuras que iluminan la muerte.
Trabajo en soledad,
o entre las ciegas muchedumbres,
trabajo con las manos y las ideas,
en las cuevas que recogen mi historia,
en los **muros** puritanos del templo,
en las **lucientes** residencias del rico,
en las barriadas pobres,
en el cuerpo milenario del hombre.
Trabajo con el verbo de la muerte,
en la revuelta armada,
el pluralismo ideológico,
la revolución sin **sangre**.

Yo invento los negocios de la muerte.
Yo comercio con ella.

Voy por las grandes urbes industriales
fabricando la muerte,
con las armas atómicas
transportando la muerte,
en las veloces carreteras
viajando con la muerte,
en Vietnam o en Hungría,
sembrando las semillas de la muerte.

AURELIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, cubano. De su libro *Secretos del día*:

FARALLÓN

He venido aquí sobre este farallón,
desguindado sobre mi **ojo del árbol luz**,
crecidas de **ríos** entre la **piedra** que rueda
y descansa en el charco de la vida eterna,
agua dormida sobre el pez juega,
breve cascada que el tiempo arrastra,
apodérate de mí. Sueña tu arrebol.
Sostén la montaña con mi **sed** extraviada
cada vez que en ella me **reflejo**.
Piedras duras. **Piedras** solitarias. Caminan
a **morder** los viejos relojes de sus sábanas,
pájaros sueltos que en prontitud se avistan.
¡Oh, **piedras, piedras** del alma!
Mudaré sobre estos troncos
el sostén de su fortaleza.
Piedras. Derriscos. Allá lejos. **Lunas**.
Voy a juntarme con las nubes sembradoras
de aquel retoño en la cúspide.
Ya el **peñón** se hizo un horizonte
donde duerme el tomillo.
Nido de campo,
aura blanca de la memoria,
¿en qué sitio se anida mi **piedra**?
Todo el valle es una hermosa mujer,
piedra fina que asoma.

MARÍA LUISA HIDALGO, mejicana. De su libro *Tacto en la distancia y otros poemas* (fragmento):

VI
¡Qué se llenen los **mundos**,
que se perfile un horizonte,
que nos **invada la luz**
sin cegarnos!

¡Qué todo sea un cántico,
entonando la salmodia del gozo.

Que nos llegue la música
a través de las fibras de los alabres
que cortan el espacio.

Que las multitudes se agrupen
como las nubes en la blancura
de sus corderos.

Que las **luces nos lleguen**
con el efluvio de los torrentes
cristalinos, por el cristal de los cauces.

Que los mares se desborden
entre las olas que pretenden
chocar al unísono de las **rocas**.

Que las **estrellas** impacientes
presenten la suavidad de los colores
fulgentes alrededor del ámbito estelar.

Que los **ojos** queden fijos,
y las manos entre tanto
pulsen las cuatro estaciones del aire.

Que los sonidos de los metales
perfeccionen su nombre.

Que los motores de los hombres
paralicen su aceite,
y dejen en el gas el carbón de su **piedra**.

Que los **cristales rasguen**
el filo de la costumbre.

Que las **espadas brillen**
al calor de las mariposas,
y las plantas florezcan
a la llegada de los cielos flotantes.

Que las latitudes presenten
el farol del ruisenor
empapado de blancura y de **sangre**,
y que éste se ofrezca en el ara del Bien.

Que las tráqueas de los canarios
se inmolen.

Que los cuellos de las palomas
se succionen.

Que los **colmillos** de las fieras
se pierdan en el bosque
del umbrío atardecer.

Que todos, en el momento póstumo,
alcen las manos alcanzando su **estrella**
y elevando su musgo.

Y así, entonadle un cántico
en la gloria de los gozos y presentes instantes:
entonadle, sí,
el ruisenor, su pluma;
el colmenar, su miel;
la nube, su blancura;
el río, la sonoridad de su cauce;
la flor y la estrella, su horizonte;
la **luz**, su bondad.

Entonadle, sí,
la mujer, el fruto de su vientre;
el hombre, su posesión magnánima y robusta,
y ofrecedlo también en **holocausto** eterno.

VII
Otra vez en la tierra
el ángel apareció **esplendente**.

Y todos lo **miraron**:
excelsitud de la palabra,
fluir de las notas húmedas del **rocío y la brisa**,
chocar del **agua** en los mares,
espadas de los nombres para los combatientes,
succión de sangre y de vino
en el océano etéreo del poema viviente.

JORGE HIDALGO PIMENTEL, cubano. De su libro
Memoria del espejo:

DOÑA PERPETUA

I

Tan levemente,
como si de repente ascendiera
aparecida de sí misma,
sobre un campo limpio
donde no se encuentra,
vive sin tregua,
silenciosamente,
apacentando **astros iluminados**
en la consumación de lo eterno.

II

Mujer construida con arcos de palabras,
en sus pasos
sólo comienza un **ardiente** sendero.
Con el **pecho** lleno de destino
vivió una vida que no podía vivirse,
siempre con la llave de los perdidos,
revelando con sólo decirlas,
el verdadero nombre de las cosas.
Pensamiento cristalizado en acto
sagrado libro de su barricada.

III

Apareció en el mundo por primera
y única vez,
como **agua** que trepa abismo arriba.
Mi espacio en el suyo, sigiloso
con el tiempo
que no diluye su horizonte.

IV

Meridiana **luz** de la bondad,
dispersa los hijos en la madrugada
salvados por extraño designio
de escuchar las voces de **mundos** perdidos,
gritos, que del otro lado siguen.

V

No duerme, oportuna.
El calor de su cuerpo y de su mano
arden bajo la tormenta,

resguardan al anciano gigante
con el alma lavada de secretos,
y el definitivo gozo de que fueron felices.
Pálpito remoto.

Íntimo **fulgor**,
en el mínimo crepúsculo del espejo,
gobierno del mundo.

VI

La escalera de aquel sueño
no es la tierra de Canáan,
son campanas de herrumbre
anunciando el vuelo de una paloma muerta
detenida ante el mar,
antiguo demonio
que busca lejanías,
para encontrar lo más próximo.

VII

Iluminada y suspendida en el vórtice
desafiante del campo de batalla,
escapando del cuerpo en el que sólo cabría
la sombra fugaz de la memoria.

VIII

Amanece,
sus **ojos** miran hacia otra parte,
y no confunde la telaraña de **crystal**
y el murmullo de las hojas.
Conversa con el árbol métodos de permanencia,
la guerra con el tiempo,
y el amparo de los **pájaros de la lluvia**.
Tierra prística, encantada,
bajo la **luz** del coloquio.

IX

Una mujer camina frágil
de tanta **luz** al hombro.
Viene como una **brasa** de inmolarse en ella.
Supremo sacrificio que no transforma nada,
pero lo conserva todo.

X

Aladas criaturas sin nombre
dan vueltas a la **escultura** de su canto,
el **sol se les secó** en la frente,
y una hoja de **oro** los guía en la penumbra.

El silencio no cerrará su puerta,
sagrada sombra de las transparencias,
diáfana y perpetua,
para siempre.

NAZIM HIKMET. Tomado del periódico poético **Las 2001 noches** No. 22:

TUS MANOS Y LA MENTIRA

Graves como las **piedras**,
tristes como canciones de presidio,
pesadas y macizas como bestias de carga,
tus manos se parecen
al rostro **endurecido**
de los niños **hambrientos**.

Ágiles, laboriosas como **abejas**,
pródigas como **ubres desbordantes de leche**,
intrépidas lo mismo que la naturaleza,
bajo su dura piel, tus manos guardan
la amistad y el afecto.
No está nuestro **planeta sostenido**
por los **cuerños** de un buey:
tus manos lo sostienen.

¡Qué hombres, nuestros hombres!
Los mantienen a fuerza de mentiras,
siendo que andan **hambrientos**,
faltos de **carne y pan**,
y dejan este mundo, al que cargan de **frutos**,
sin poder **verlos** en la mesa propia
ni siquiera una vez.

¡Qué hombres, nuestros hombres!
Sobre todo los de Asia, los de África,
del Medio Oriente, del Cercano Oriente.
Los de las tantas islas del Pacífico
y los de mi país,
es decir, mucho más del setenta por ciento
de los hombres del mundo:
están adormecidos, están viejos,
siendo listos y jóvenes como lo son sus manos.

¡Qué hombres, nuestros hombres!
Ustedes, mis hermanos de América o Europa,
tan alertas y audaces,
a quienes, sin embargo, los aturden
los mismo que a sus manos,
y les mienten,
y los hacen marchar.

¡Qué hombres, nuestros hombres!
Si mienten las antenas de las radios,
si mienten las enormes rotativas,
si miente el libro y mienten los afiches,
si mienten las desnudas piernas de las muchachas
en el teatro y en el cine,
si hasta mienten las canciones de cuna,
si miente el sueño, si el pecado miente,
si miente el violinista de la boite,
si miente el **plenilunio**
en las noches sin ninguna esperanza,
si mienten la palabra,
el color y la voz,
si miente el que te explota,
el que explota tus manos,
si todo el mundo y todas, todas las cosas mienten
a excepción de tus manos
es para que tus manos siempre sean
dóciles como **arcilla**,
ciegas como la noche,
idiotas como el perro del pastor,
y para que jamás se subleven tus manos
y para que no acabe jamás tanta injusticia
—ideal del traficante— sobre este mundo nuestro,
este mundo mortal
donde poder vivir
sería lo mejor.

NILDA HOFFMAN, argentina. De **Homenaje a la Poesía Universal**, por Luján Rúa Ibañez y Raúl López Ibañez (Pegaso Ediciones/ The Cove/ Rincón. 2001):

PAYASO

Te he perdido en una **atmósfera amarilla**
y roja que parpadea,
fuiste un rostro, al que le adivinábamos sentimientos.

Fuiste risa con rumor de molinos viejos
que alimentaba nuestra sed de sonidos claros.

Perfil de hombre macho desflecado de melancolía
nariz de borracho
que anuncia la biografía de un duende,
mientras el eco de su voz ponía distancia
a los veranos idos.

¿Por qué pueblos sin memoria habrás andado?
¿En qué aljibe habrás mirado el rostro de tu amada?
¿Cuáles eran los caminos **llameantes**
que te traían y te llevaban?

Tienes reminiscencias **abillantadas** de blanco
en tus sienes
pareces una estatua monacal en la noche
cuajada de **estrellas**,
ella, la noche, te pintará nuevamente de rojo,
de blanco, de verde y de negro.

El alba será tu almohada,
para que tu cabeza descance y se cierren
tus **ojos** de sorpresa.
Tal vez sientas frío, tu piel poco a poco
chorreará **sangre tostada**.
Será un último esfuerzo
¿cómo puede morirse tanto?

Adiós mi amigo, mudo, lejano
respetuoso, pobre...
ya no queda en tu corazón, ningún recuerdo
del gemido del canario
que murió el último otoño.

Un ángel ebrio te llevará a la eternidad,
mientras los rastrojos
se barnizan de **arcillas y esmeraldas**.

JOSÉ HOMERO, mejicano. De la revista venezolana
Poesía No. 124/125:

CRUZA LA MULTITUD EL INVISIBLE PUENTE

Cruza la multitud el invisible puente
que separa una orilla de la otra,
raudos los cuerpos
en sí protegen
su abandono.
Siembra la ciudad un ejército de **hachas**
“resguardan las riberas
cavan fosos
terraplenes afirman
en sus trampas quedan
sombrías chochas”.
Húmeda espesura del **asfalto**
el **viento** de los autos estremece
hojas
miriada de **frutos**
en la tenue agitación
de los sentidos.
“...y el guiño cómplice de **astros**”.
Hay quien halla indicios
o recuerda espasmos en las vísceras.

Desolados cielos
soles tan distantes.
Los **ojos** repiten ese movimiento.

No hay espejos.
No yace. No palpita el espacio contra el suelo.

Formas que son eco de las cosas.

Ligero error de refracción
en la **candente** noche augusta
la impresión virada

(el verde) (el rojo)
para causar la imagen de vida
de exacta dimensión.

[Asalto]

Cada rostro se persigue

espera
la señal
que signos de comercio augurasen.
Parvo conjuro el de la **seca sangre**
en el alambre un gorrión empavesado.
En las **pupilas**
tus cenizas
en la **pétreas** efígie de los antepasados
la palpitación de los fantasmas
la vacilante **llama** que proyecta
contra las artesonadas bóvedas de esta calle
murciélagos o pámpanos
conduciendo mis legiones
a extraña ínsula de angustia.

“Ahí nos esperaban ya las tropas
en número de trescientos”.

MABEL HURTADO. De **Soñando en Unquillo.**
Antología 1998 (Argentina):

LA MAGIA DE VIVIR

Mi mente hoy me ha regalado...
el cielo azulado, coronado de **estrellas**
con destellos brillantinos.
El amanecer que se adormece plácidamente
la calma me llega envuelta en tibieza
acaricia mi alma dándome fuerzas.
Camino que me guías entre los **cristales**
de mis deseos, deja que ande sobre lo blando
y no sobre lo **cortante y duro**.
Hoy mi mente me ha regalado una forma
de vivir que tiene algo de magia.
El **universo** se ha transformado sólo para mí.
El sueño que se concreta en un largo pensamiento
lo amargo y lo dulce, lo ácido con lo amable
pero siempre el “Ser Supremo” allá arriba
en lo más profundo del espacio, dejándome
hacer la alquimia de mis sueños, sintiendo
yo entre mis **pupilas** la “picardía” de su sonrisa
por las travesuras de mis afanes.
Hoy tocada sutilmente, por aquella vieja ilusión
me sentí fresca, jovial, brotando de mis **labios**

una sonrisa de comprensión.
La primavera se repite sin cansancio y sin edad
porque los tiempos se deben medir con el
corazón; y en las manos como cuencos
pródigos de mi alma que yo siempre
quisiera color azul.

GUILLERMO HURTADO ÁLVAREZ, ecuatoriano. De
su libro **Condorllacta**:

MITA

Vibró en la espalda el chicote
y del cáliz del indio
se derramó rosa
la copla de **sangre** en los caminos.

Se le hincharon los **ojos** de distancia
cuerpo de luz socavaron la roca
a gritos de codicia la rompieron.

Ladraban las cuevas su tesoro.
Onix la noche **refulgía**
en vetas de pórfito y zafiro.

Abrió la sima el furor del **oro**
boquerón de sombra **taladrada**
Cicalpa, Zaucay, Zaruma...
subterráneos del parto de la tumba
tal ojeras brindaban el tributo
en cambiantes de lágrimas.

En el fondo de la hullera
a manos de **sangre** sembraron la muerte
florearon a manojo
diamante los huesos de la raza.

Por ver si estaba muerto
le mataron.

Robaron los collares a la **luna**.
Las claras gargantillas a la **estrella**.
En el mismo **fogón de la cantera**
se amasaron de rencilla y odio.

¡Grita la entrada de la madriguera!
Boca de sangre iluminada.
Ojo de sombra que morir no puede
donde nutren su vuelo de **vampiros**
los cuervos que esquilaron las pupilas
rasgado el corazón de los mitayos.

caída sobre las **lágrimas**,
oímos el “Angelus” de los pájaros
—Niños: raíz y germen de amor a prueba
en el fétido ritmo del vientre **podrido**—
y con ellos seguimos al alba
que se quedó colgando sin color ni esperanza
de una **estrella fugaz** que lloró su nostalgia
en la región etérea,
en que sólo se vive con el sueño del alma.

FRANCISCO HURTADO MENDOZA, mejicano. De la
antología 2do. **Festival Internacional de Poesía, 1983**:

PROFECÍA PARA CANTAR AL VIENTO

I

A la región del sueño,
donde se vive con el salmo del **agua**
y el viento vertebrado de las estrellas dormidas
partiremos con el vuelo pardo
de las nubes de junio
y con el arco apocalíptico tendido
en el espacio poblado por los pájaros.

II

Sobre la **luz** del pensamiento
sólo existía mi canto de **galaxias**
perseguidas por el surco del tiempo,
y abajo,
junto a la **carroña** de los dioses caídos,
una mano florecida de **vientos**
que plegaban su queja
sobre el nimbo auroral de nuestros cuerpos.

Con los **ojos hundidos por la fiebre del hambre**,
se quedaron los llantos de los niños...
¡y más niños en la ronda del viento
del amor prohibido!
Y se arrancaron todos desde su silencio
que se hizo vereda de murmullos
por el viento vertebrado de las estrellas dormidas
hasta el espacio de **barro** místico y sonoro,
y se pusieron alas de presagio y trinos
y se perdieron lejos, ¡muy lejos!,
convertidos en júbilo de pájaros...
y en un vacío de sombras y sonidos,
donde se torna sordo el eco de la **piedra**

III

Mañana volveremos al camino del tiempo
con un corazón de pájaro,
que ha mecido su canto por el **cosmos**
donde rigen las leyes del beso del ala
recortada en silueta de **constelaciones**
asidas al fruto maduro
del amor eterno,
del amor más puro.
Y en **uvas** maduras y en brevas de junio,
destilar el alma
para la sonrisa del que va a ser padre,
para la placenta germinada en rosas
de la grácil Venus que será la madre
sobre los océanos de la nueva tierra,
junto de la **luna**,
donde aún se vuelvan a arrullar las cunas
y se olvide el grito de engendrar las guerras.

IV

En la región del sueño
donde sólo se vive con el alma,
se regará mi **sangre de luceros**
con angustia bíblica de melancolía;
y un día,
con la fuerza volcánica del **río**
que se desata en las arterias frías,
calcinaremos rocas hasta el canto de Penélope
que se desgarre en sangre de todos los colores
y se apague en el humo de todas las **pupilas**
de todas las razas que fueron mejores
sobre la frenética injuria **universal**.

V

¡Vamos, barqueros del cielo,
despierten al corazón!
¡Cosmonautas audaces del quinto pentagrama,

despierten al corazón!
 ¡Vientos de junio que abrirán en junio
 de los geranios la voz de la esperanza,
 despierten al corazón!
 ¡Morena carne de los ojos negros,
 amalgamas de barro y de pincel
 con la misma piel,
 despierten al corazón impersonal de la criatura
 porque todos ya fueron amasados
 con ansias de gaviota y levadura,
 sobre un arco tensamente tendido
 de nubes grises y de vientos pardos;
 en un planeta de trinos espigados y de alas,
 y en huracán abierto,
 un génesis de estrellas y de pájaros
 se hará como la luz, para cantar mañana!
 ¡Como la luz... para cantar mañana!

RAÚL IBÁÑEZ, argentino. De la antología **Homenaje a Federico García Lorca** (Pegaso Ediciones/ Décima Musa, Argentina 2000):

EN LA MONTAÑA

En la montaña, te amo,
 y en el valle profundo.
 Allí donde la selva y la sierra se confunden
 y el aroma salvaje de las flores,
 en tu piel, me llevan y me traen.
 En las calles, te amo,
 entre bólidos rodantes y bocinas,
 en el asfalto mojado por la lluvia
 donde los charcos reflejan las siluetas,
 pero tu rostro brilla en la llovizna.
 En la noche, te amo,
 con el rocío plata de las hojas,
 y el infinito titilar de las estrellas.
 Y en la luna cautiva te contemplo
 donde se escapan los suspiros,
 pupila luz que enciende mi pupila
 mirada verdemar que me acaricia.
 A cada instante, te amo
 mas estridencias vagas me perturban.
 En mis silencios, te amo,
 donde sólo... los pensamientos reinan.

SULEIKA IBÁÑEZ. De **Antología plural de la poesía uruguaya del siglo XX** por Washington Benavides:

SOLITARIO

A veces estoy allí, como un dibujo de la memoria, en tilo y canela leonardo, y oigo en la oscuridad la respiración sumergida, y comienza una furiosa lección de anatomía debajo de la ceniza del día.

El muerto resuella, en la piel de su juventud, y se parece a la noche sudando **estrellas** de lujuria.

Estrellas de semen en la noche, de piedad y de caridad nacarada de ancianas biblias, un **jazmín ardiente** **tiembla en una vaga espada**, y no sucede en el país del pecado ni en el país de la virtud, sino en un estrecho camino entre lenguajes ya clausurados, y asunto de salvar el pellejo con el viejo rito del **agua en la piedra**, con **rapiñas** de besos, con feroces despedidas.

El guardián pasa la lista, y el muerto sale de la celda, **incendiado**, casi rosa por todos los jardines de la eternidad.

El ujier le anuncia su libertad, y un solitario **deslumbrante** rueda del ojo, y por la mejilla rueda, del que sale.

PILAR IGLESIAS NICOLÁS. De **Artistas del vértigo** 2da etapa. No. 6, diciembre de 1998:

CUANDO TU MIRADA ME DOMINA

Como piedra
 amatista o luz.
 Cuerpo dulce
 pájaro volcánico
 inútil viento desnudo,
 me sumerjo.

Cuando las estrellas mienten
 a la ciudad que duerme

y ruge la noche **horadando**
la piel del puma,
en el nudoso enigma del amor.

En la proa la soledad
y a barlovento la sativa
que abre la puerta a la materia.
Algo así como un compás caído
agolpándose en tardes sin orillas.

Los **labios** se tienden en la llanura
cuando tu **mirada** me domina.

JUAN JIMÉNEZ, canario. De su libro **Itinerario en contra** (B. B. Canaria No. 43):

Entro en la casa. Como
si todo me esperara.
Es tal si fuese el **aire**
ardiente y la sed alta.

El adiós es el **sol**.
La mano lo **desclava**.
Uno se va. La noche,
novia. El mar descansa.

Entro. Salgo. Al revés
quisiera oír tus faldas
bahías del amor.
Como cosa de cada

noche. Todo muy **duro**.
Senos. Muslos. Palabras
que no caerán del cielo.
Son de la tierra, amadas.

Entro y salgo y es mío
el aire de la casa.
Basta que te oiga. Que en
todo estés sin falta.

(Te quiero). Te quiero. Te
querría por tus anchas
miradas sólo. Sólo

por como tú me amas,
amada.

LUIS CARLOS JIMÉNEZ VARELA. De **Poesía panameña contemporánea (Antología 41 autores)**. (Círculo Cultural Literario “León A. Soto”. Panamá 2001):

LA PATRIA ES UNA FRUTA
QUE SE LA COMEN LOS BURGUESES

Líbrame: señora de la poesía de
tanto bardo que con sus versos maníaco-depresivos
patalean en las nubes de Aristófanes.

La patria es un **cristal de luces**
que estalla en el rostro
de una madre.
Yo la he visto llorar
en los **ojos** de la cera
de los terribles dioses del **asfalto**
que como árboles de vieja ignominia
se yerguen en las plazas
(**calcinadas estatuas de bronce**
mármol, granito y podredumbre).
Pero a pesar de ello, el Istmo crece, y crece
y se vuelve ráfaga de amor, rosa roja
en la que ha de culminar el salto.
Yo he visto **sangrar** la patria
recordándola en una calle
de La Habana Vieja
junto a la estatua de Martí
o en el bosque de Chapultepec
rodeado de mar y flores
junto a la lápida de León Felipe.
También la he evocado desde París
viéndola repartida, pedacito a pedacito,
junto a una hermosa hija de Zolá
y tragos de coñac
ya que no soy Cardenal de la mentira,
entre trago y trago, para matar un poco la tristeza
y la impotencia de no poder hacerla estallar
entre **incendios de granadas y metáforas**.
Yo la he visto agigantarse
cuál una **fruta** mitológica
convertida su cintura en roja **luna**

regresando del rostro de su olvido.
 Eso fue en Pekín, junto a un gigantesco retrato de Mao Tsé Tung, en la Plaza de Tian Mien. Acá, en los cansados barrios del Marañón, Calidonia, Santa Ana, San Felipe, Curundú, y en los poblados del lugar patrio, y en los mercados la he soñado bella, repleta de arcángeles y **estrellas** guiando el traspies de los beodos de la viejecita reumática que vende flores día a día, llevando la soledad de los sufridos. Así te queremos ver patria del alba que no desdeña a las hetairas y las harás renacer limpias y sonoras en el vuelo enamorado de los novios. Tú has de volver, patria del alma que recoges la nostalgia de los pobres que duermen en los parques tiritando. Así te sigo viendo patria que se la comen los burgueses. ¡Pero tú volverás a encontrarte patria mía! Y si no te liberamos los poetas juro que lo hará el pueblo en su hora justa ya que es sagrada **flor** que ha de traer el viento.

RAQUEL JODOROWSKY, chilena. De su libro **Territorio que explorar**:

Piedra de imán atrayente y carne sideral brasero de ceremonias para el culto del sol
 disípanos el temor si todos estamos destinados a ser un río de huesos que corre bajo la tierra dime dónde quedaré entre otros muertos más sola que en la vida **piedra registro de lunaciones**
 dime hacia dónde se debe navegar en este vuelo a ciegas

que es la vida
 lanza de una vez tu voz
piedra viva que escuchas el latido del espacio.

ANA MARÍA JULIO, chilena. Dos ejemplos de su libro **Tiempos de pájaros**:

MI DUENDE Y YO

Cuando la ciudad como un **faro** perdido duerme y tan sólo el ronquido de tranvías **hiere** el silencio, junto al **fogón** en solitaria charla, mi duende y yo abrimos las palabras.

Dígole “Noche” y extiendo en el tapete de los sueños, granos de lluvia. Él abre “Sol” y un abanico de tibiaza atrapa sombras.

Deshilo nubes, él interroga pájaros. Y así cuando llegamos al reloj, cierra los **ojos** y aparece un árbol.

Pregunto, ¿Dónde se ha ido la mañana? Ríe e indica un tren que va pasando. Dígole “Ahora” y esconde mi silencio y cerca de sus **ojos**, queda mi corazón arrodillado. Abre el “Azul”, **enciende las estrellas**, el patio y el rosal, los **ojos** de mi madre.

Le digo “Hierba” y él responde “Siempre”. Abro “**Lunas**” y subo escalas del **agua**, la niebla besa mi vestido de **escarcha**.

Desde el profundo sueño de las flores, emerge la **mirada** del que amo.

¿Dónde termina el viaje? Le pregunto. Él abre la ventana. ¿Dónde acaban los sueños? Le pregunto, y él responde “Alas”.

Dejo la soledad en el retablo. Tras el graznar del mar, las olas siguen sin preguntar por dónde se va el eco.

LA DAMA Y EL CAPITÁN

Solía caminar olvidos, bajando hacia la playa. Recogía pedazos de **sol**, trozos de **agua-lumbre** abandonada por **luna** de noche. Dejaba huellas y dibujaba sueños. Me divertía ver las gaviotas trepar por ellos y remontarse.

Aquel día llegué temprano, esperaba encontrar mis vecinas aventando alas. Entre brumas, casi **petrificada**,

vi su figura, su gorra griega, sus **ojos** habitando huida de palomas. No dijo nada, él extendió su mano, había recogido la huella de mis sueños. Luego vi soledad albergando silencio, vestida con sal de olvido y reclamando al **viento** ese bogar inútil abrazando vacío. Desnuda y casi fría su vela **desgarrada de tener un sol para sus alas de agua**, blanco amanecer para su arribo. Un **rayo de sus ojos** se detuvo en los míos. Cruzó sólida niebla. Amanecía. Me puse a construir un ancla para su nueva primavera. Con un pedazo de **estrella él hizo una aureola de luz** para mi dedo. Juntamos flores, deshicimos tiempo.

JOHN KEATS (1795-1821), inglés. De la revista cubana **La isla infinita** No. 0:

A CHARLES COWDEN CLARCK
(fragmento)

A menudo habrás visto un cisne que orgulloso corona con su pecho su propia blanca sombra; él inclina su cuello junto a las **aguas** límpidas tan silenciosamente, como un **rayo de luz llegado de la galaxia**; al juego se entrega, y con las abiertas alas corteja a la Náyade del Zéfiro, o el semblante del lago agita tratando de coger del **cristal** de su rostro algunas diamantinas gotas de **agua**, que luego esconderá en su nido, para **beber** en calma. Mas ni un solo momento puede allí retenerlas, ni podría tentarlas con descanso tan blando; a caer se apresuran, cual queriendo ser libres, como caen las horas hacia la eternidad. Así como ese pájaro es que pierdo mi tiempo cuantas veces me lanzo al río de un poema, con barca y remos **rotos, desgarradas** las velas. Silencioso navego sin saber mi propósito y sigo levantando el **agua** con mis manos, donde nunca un **diamante** trémulo se demora. Por esto, buen amigo, como bien puedes **ver**, es que no escribo nunca un verso para ti, porque mis pensamientos no son libres, ni claros, ni aptos para gustar a un oído clásico; porque mi **vino** es insulso en demasía

para alguien cuyo gusto se alegró en el sabor del **brillante** Helicón. Poco favor le haría si llevara a un desierto rudo y seco al que se ha reclinado en la playa de Baiae mientras la voz de Tasso flotaba entre la **brisa**, trayéndonos la música de los reinos de Armida mezclada con fragancias de las más raras flores.

CHARLES KAY, argentino. De **Aldea** No. 47:

NUEVO ROSTRO EN VIEJOS ESPEJOS

El hombre se acercó al espejo.
La fría **luna** de plata oscurecida
por profundas y densas nubes negras
súbitamente desapareció.

El hombre asombrado observó al espejo,
encontró un rostro desconocido,
los **labios** antes **vías de acero**
se fundieron y floreció la sonrisa.

Los **ojos**, antes de dureza de diamante,
también sonreían.
La piel del rostro, que había sido surcada
por **lágrimas de sangre**,
se convirtió en piel de durazno:
se borraron las cicatrices,
las lágrimas que lo habían surcado
fueron **atravesadas por rayos de un sol azul**
y se convirtieron en arco iris.

El hombre continuó la exploración;
había asombro en ésta.
El nuevo rostro lo hizo feliz,
se expandió la sonrisa,
añares de dolores y angustias quedaron atrás.

El hombre sintió que la dicha lo inundaba.
Extraña sensación lo inundó: los labios sonreían,
la mirada de los **ojos** era otra mirada
y la piel era piel de durazno.

Nuevamente miró al nuevo rostro;
se sintió pleno.
El hombre abandonó el pasado, negro y **desgarrante**.
Miró hacia adelante y lo hizo con firmeza.
Se había producido el milagro soñado
y nunca concretado.

Había nacido el amor. Este tenía forma de mujer,
mujer extraña, hermosa mujer.
El hombre se entregó a la ensoñación
y valerosamente emprendió el nuevo camino.
Marchó decidido,
emprendió la nueva ruta.
Dios sonrió.

CARLOS KURAIEM, argentino. De su libro **De laúdes y místoles**:

Antepasados míos
bebén de mi mano
cuando estoy dormido
pulsean conmigo dejándose ganar
se miran en mi rostro.
Oigo sus risas vulnerables
sus pasos aquí
por mi corazón
su descontento de eternos desdichados.
Son ahora seres del sueño
espejos
retenidos en la memoria
ángeles de sepia blancura
que me **iluminan** y visten
cada mañana
se cuelgan a mi espalda
y con su peso encima
me muevo como puedo.
Unido a ellos
lejanoamarillento voy quedando.
Alguno racima mi tristeza
y la vende cada miércoles en la feria.
Entro a todos lados y allí están esperándome
me aturden con lo que no me importa.

Se van apagando hacia la tarde
y los pierdo bajo el ala de la casa.
Los dejo en paz.

Vuelvo a ser
pasto alto
cabizbaja punta
meciéndome entre la calma y la ira.
¡Ah, me doy para tus **ojos** y tus manos!
Y ellos vienen conmigo.

Graves sus voces me siguen
en **relámpagos** ciegos
hasta vaciar me.
Es entonces cuando de mi padre muerto
me llega su brazada en el trabajo
persistente
en mazazos brutos
contra mis **ojos**
que ceden.

Sus cuerpos un día
supieron de viajes
del amor con garrote
del **pan duro como piedra**
de la recompensa del trabajo
de las manos gruesas
todos con esa forma pesada de acariciar
como perdonándonos
la vida.
Primas morenas me inician en el amor
transparentes
como de **agua**
sus hondas miradas
llenas de intención y picardía
llevan el aroma de la tierra
en sus vestidos
portadoras de hijos
¿habrán conocido la canción
mientras trabajaron por ellos?

En todo estarán sus manos
lavándose en el agua serenada
después de hacer el pan
para ponerse a zurcir
sus remiendos prolíjitos.

Ellas son la noche
sin haberlo elegido
dadoras de **estrellas y relámpagos**
hechas de luz para guiarnos
la sal de sus **uñas** para la defensa
el azufre de sus yemas
entrando por cada poro
cuando la acaricia.

Romelia,
entretenida en **romper**
los frágiles cristales de la siesta
dejando subir borbotones de palabras
echada
bajo el parral
de uvas chinches
que tiñeron mis manos
cada verano.

Lucy,
con su andar enloquecía a los hombres
yo, queriendo huir de sus abrazos
y sus mimos
y ella, acechando mi salida
por todos lados
fui de sus besos sonoros y sus manos
el juguete preferido
viéndola hasta en sueños.

Cristina,
“la pelada”
perdiendo lágrimas
por cada hebra
de su pelo.
¿Qué fue de ella?

¡Ah!, en todo estará la audacia
de sus lenguas y sus manos
ventilando viejas culpas
o ya negándolas
atrevidas
desde el vamos.

Los pleitos no faltarán en la mesa
con el desayuno
y las carencias.
Desplegando miles de sutiles tretas
para seducir
a sus hombres.

Quería llegar al **pico** de su aroma
yéndome tras de sus pasos
para olisquear
migajas
de su misteriosa fragancia
¿oculta dónde?
¿reservada para quién?
¿de qué termales?
¿de qué braceados esteros impregnadas?

Y ellas, como si nada.
¿Con qué pala de mis **ojos**
las junto, mientras
verde y calma
la eterna araucaria
abre su rueda de brazos
a este día
y me convida a mirar
tan lejos,
otra mañana.

Ahí, estaba, Cadio,
con su voz de sótano
sacando dulces chacareras
y chasqueadas vidalas.
Su voz era una O... enorme de gravedad
por ella salían furiosos coyuyos
invencibles quebrachos
que escupían
las hachas ensangrentadas
y blancos algarrobos
donde descansan
bebiendo
paisanos del Alfa
cuando el **sol** de la Banda
es una mosca
mareada
de dar vueltas.
Achicharrado.

Nacimos acaso, para animar
nuestra mirada
en los movimientos
del mundo
y replegarnos a orillas de nuestros ranchos
juntar la arena desperdigada
de los días

anhelando un cielo sin arrugas
pero envejeciendo
bajo la barba
de nuestros hijos
y el llanto histérico de las mujeres
en torpes atardeceres
que parecen
caerse de los árboles.

Por ellos, ahora saco una pluma
de mi pelaje oscuro
entinto sus vidas
descorro apenas
la **melaza**
que los cubre
sus orgullos
sus vicios
sus vergüenzas
su negativa
a ser comulgados.

Cuando el aire de la noche
pende a plomo
y hay anuncio de llover
y la estrella pobre,
pobre,
con los relámpagos!

Pero siento a una niña
que hacia atrás va creciendo desde el pulso,
redondo y florecido,
de la mujer. **Frutal el labio**, vínculo
para el desplome en el vital designio,
y en capullo cerrado la **fuente** de la ofrenda,
el enigma en sus goznes,
discípulos antiguos del rudo escalofrío.
Cautiva de la infancia, entre sus riesgos,
temo al ogro, aunque vago temeraria
por el bosque encantado, persiguiendo libélulas
o pétalos suspensos de **crystal**;
tal vez pierdo la ruta que ha de llevarme a casa
bajo el hechizo grávido que da peces al aire
y alas al **arroyo** y corazón al sólido
volumen de la **piedra**;
y hace al mar deseable, como un lecho de nubes,
y torna dulce el **zumo del volcán**.
Eres tú el hechicero, sueño mío,
tú el duende que me apura, tú el espanto
que busco amante y pertinaz esquivo;
tú la razón de estas razones, cuanto
me **quebranta** y me arrulla, siembra el frío
y el **calor sideral** en mi costado,
el que me abre la puerta del secreto
y me permite el lance fabuloso
de frecuentar la **luz**, la maravilla,
un **saboreo de astros**,
y el vivo sortilegio de este verso que escribo.

CRISTINA LACASA, española. De la revista **Puerto Norte y Sur**, primavera de 1997:

ERES TÚ EL HECHICERO

No hay razón para el llanto
ni para el golpe seco de una **piedra** en mi frente.
De una piedra o de varias, tan probadas,
cuando la soledad jugaba a hacer su blanco
en algún punto de mi superficie
indefensa.

Razón para el abrazo
lívido con el miedo, no la tengo.
¿Hay un temblor virando hacia mi voz?
¿Una alarma en mis párpados?

RAMÓN ELÍAS LAFFITA, cubano. De su libro **Las tribulaciones de Adán**:

REBELIÓN DEL CABALLO

Sobre las **piedras** aún sigo tendido.
El **sol** ya no es la cara del asombro,
es otro **pantano**. No me permiten
saciar a plenitud toda la **sed**
con que se marcha. Floto demasiado
para ser benévolos. Mi latente
vulgaridad está en vosotros y no
en los años que vivo. Quise crecer,
me negaron todo tipo de pasto.

Nada es simple bajo la **lluvia**. Quedo a merced del tiempo, de las **hormigas**. Hoy salvarme del vértigo no es fácil. La realidad es tonta, muy cotidiana. Sé que los hilos tiran de mí que andan inventándose una fábula. Para nosotros la ceguera es bastante. En ocasiones tiembla y se raja esta lengua que distingue lo terrible. Persisto contra los riesgos y las melladuras. Quizá la muerte sea una recompensa. Quizá otros transformen los retablos y la costumbre ya no esté desbocada y mis cascós no se afieren a la tierra.

en el baúl de la noche en las **estrellas** posibles. Lanza, lanza lo visible (o invisible) sobre el tren que es esencia todo. (Arco **derretido sobre el cristal**) proyección laberíntica. ¿Qué tal de resonancias? ¿Ves desnuda como una mujer la **imago**? Se adormece la curva trinando está la tierra (o tus **ojos** en ella) coherencia de **luz** dormida arco de la sensibilidad como puente. Deja la curva en su recámara oye la ondulación de lo imposible el cantar de la **fuente** el retorno de la imagen como **agua**.

CLAUDIO LAHABA, cubano. De su libro *Si el pez vuelve el rostro*:

IDENTIDADES POSIBLES

Lanza la imagen **derretida** dentro del vaso en penumbra, en el equilibrio del árbol que se antoja de ser árbol. Tu imagen que regresa al fondo de toda la superficie de la existencia, se evapora, desplaza, se define intentada. No hablé con el cristal, los **prismas donde asomé mi último ojo roto**. Era tu posible engendro de la metáfora culpable de la desintegración. ¿Qué tal de resonancias? ¿Cómo va tu asma que escondes en la voluntad de la noche? El espejo como otro **ojo** de la naturaleza aparentemente perdida que **refleja tu asombro**. No hablé con la concupiscencia del árbol, con la música barroca de los oboes del tiempo. ¿Qué diría Bach, si en el círculo desfocado de la imagen, (ahora como **estatua**) nada es posible, porque posibilidad es otra definición. Lanza la imagen lejos de tu espalda

PEDRO LAHORASCALA, español. De su libro *Del fuego de la rosa*:

TORMENTA EN SOPETRÁN

Truenan nubes, golpean. Sobre la **piedra**, el **agua**. Se arremolinan **vientos**. **Fuegos** el cielo alza.

Centellas y relámpagos entre la **sangre** viajan. Brazos y piernas rugen. **Arden** manos, caen faldas, botones por el aire, sostenes, cintas, bragas. El vaho anubla el coche. Una furia descarga sobre los bosques rubios chorros de mieles blancas.

Las manos a los **pechos**, la **boca en la garganta**.

Después, adoración, éxtasis. La **mirada** en calma por los cuerpos

sosegados. Posada,
besapiel de los **iris**
en **sol**, ya sin batalla.

ALFONSO LARRAHONA KÄSTEN, chileno. Dos ejemplos, el primero de la revista **Puerto Norte y Sur**, primavera de 1997:

SIGNIFICA ESCRIBIR

Abrir todas las puertas y ventanas;
liberar la pasión, la voz y el beso;
cantar como las flores del cerezo;
sangrar como una rosa en la mañana;

sembrar una canción amiga, humana;
latir en soledad por tu regreso;
sentir de la **mirada** el leve peso;
llorar como una **estrella en la fontana**;

soñar como el otoño en **áurea ola**;
gemir cual marinera **caracola**;
como la **brisa** alada pervivir;

orar como la **luz en los cristales**
con palabras soñadas o reales,
vivir de esta manera es escribir.

De su libro **Autorretrato de un desconocido**:

AUTORRETRATO IMPOSIBLE

Un rostro con palabras imposibles
fabricaré sin prisa, como herencia,
mis **ojos serán soles** en ausencia
y mis cejas dos iris invisibles.

Mi nariz será un árbol increíble
y la **boca una azul** reminiscencia
de algún dios ancestral y su presencia
hará mi corazón sustituible.

Por orejas tendré dos caracoles,
por **retinas** dos castos arreboles,
porción de esta palabra y de mi **lumbre**.

Por cabellos tendré la voz del **viento**,
su fragancia celeste y el momento
en que este retrato nos **deslumbre**.

HERNÁN LAVÍN CERDA, chileno. De la revista
mejicana **Los Universitarios** No. 96:

CÁNTICO BAJO LA LLUVIA INFINTA

Escribir, dejarse escribir por aquella escritura
más profética, de vuelo en vuelo,
más religiosa que profana:
sagrado, casi oculto, sagrado se ha vuelto
lo que algún día fue profano.

Escribir, escribir, dejarse escribir por aquel verbo
siempre nuevo y siempre antiguo, mucho más cerca
de la **Conciencia Cósica** que del Ego,
¿de qué color es el Ego?

Escuchar y observar el asombro, su impulso,
el zumbido,
las **abejas** diurnas y nocturnas, la medianoche
y el mediodía de nuestra siempre antigua
y siempre nueva respiración, la música
de nuestro intermitente pensamiento:
vislumbrar el viaje de nuestra **sangre**,
el silencio en su desliz,
ver y oír el viaje de ida y de regreso, descubrirnos
en aquel viaje interminable hacia el oxígeno
terrenal y celestial, el zumbido de su impulso, ver
y oír y ver una vez más el júbilo
del corazón que se levanta en un soplo
de sistole y diástole,
corazón diastólico después del vuelo,
corazón sistólico volando en el oxígeno de cada día.

Luego caer hacia la calma del silencio más profundo
y desde allí observarlo todo, escucharlo todo:
el ojo es táctil,

no habrá ojo que no sea táctil, música táctil,
más música táctil,
y desde el fondo del ojo descubrir el mundo,
la antigua
y nueva fosa del amanecer, las nuevas
y antiguas cosas en apariencia inertes, nunca muertas,
los seres de la más variada naturaleza: unirse
a ellos, más acá y más allá del silencio
que todo lo reanima,
música táctil que todo lo estimula.

¿Cómo tocar lo que se oculta más allá de las palabras?
Si logramos el tacto primitivo, aquel pulso,
aquel zumbido en el impulso, será táctil el ojo
y su memoria, ojo y amor, líneas de la mano
en la rotación y traslación cósmica del ojo,
será táctil el ojo y entonces se alumbrará el silencio,
sólo entonces, y aparecerá el silencio
de los otros, aparecerá la luz
de la epifanía que aún tiembla en todos:
comunión en el silencio más antiguo
que de pronto se cifra
y nos alumbría a todos, transfigurándonos.

Pero si escribimos desde el Ego, sólo
desde el Ego menos ambiguo y más absoluto,
desde el encantamiento verbal en su cajita de música,
desde cierta nostalgia de aquel Ego en el impulso
ilusorio de su victoria, entonces
habremos interrumpido el contacto
con el cordón umbilical que nos une
a la Conciencia Mayor,
la primera y la última, el soplo en aquel océano
de la conciencia eternamente cósmica.

Nuestras escrituras pueden ser breves,
como aquellos latigazos en cruz,
los latigazos de luz múltiple,
aquellos latidos en el corazón
y en el cerebro del Hijo del Gólgota:
infinitas visiones breves
como el pensamiento corpuscular
y líquido de Lao Tsé: el vértigo de la otra luz,
el más antiguo
silencio, aquel oxígeno incandescente,
la más antigua carcajada.

Y de improviso el alumbramiento en cadena:
lo breve multiplicándose en una música
sin principio y sin fin, música táctil, qué música.
Alegria, todo es cántico, alegría una vez más.

Escribir, dejarse escribir
por aquellos pájaros que sólo cantan.
Desde lejos se oye la gran música, ¿no la oyen?,
sólo música en su luz inagotable:
alegría, alegría, respiran
hasta las piedras que se abrazan entre piedras,
sólo piedras,
y empieza a llover, nunca ha dejado de llover,
vuela una mariposa,
nunca ha dejado de llover,
vuela una mariposa blanca, vuela
una mariposa en la lluvia, empieza a llover,
¿la ven, la oyen?,
vuela una mariposa blanca, no solamente blanca,
y está cantando el Universo,
nunca dejará de cantar el Universo.

MARIANO LEBRÓN SAVIÑÓN, dominicano. De su libro *Tiempo en la tierra*:

DESOLADO VIVIR

I
No tenía madera para el sueño ni origen para el culto,
era un misterio de dolor la noche,
una clara pistola, un lívido martillo
una espuela de oro en un anca mordida,
era todo —la luz sin luz perdida—
como una blanca luna desolada
como el agua que espanta sus luceros de peces.

No tenía rosario, ni amén, ni luna fría,
ni delirio en el sol, ni jardín pálido
y había escrito una historia con papeles risueños,
una historia de luz resbalando en el luto.

Rojo ajeno en el mar de un verdor indeciso,
sangre caída del cielo al mar
aventando fulgores luminosos.

No tenía alada **brisa**, ni perfumada **fuente**,
ni rosa, ni dolor, ni angustia para el sueño.

La niebla era mi **luz**, mi **sol** tu **fuego**,
mi amor mi inquieta flor; mi flor, tu sueño.
Yo estaba solo con mis sueños pardos,
con mis pobres canciones desmayadas
y detrás, las **estrellas** de tu parvo misterio.

¡Solo, oh, sí!, Dios mío, estaba solo,
nunca más solo sin candil de **llamas**
ni siquiera el hostal de mis canciones.
¡Qué triste en mi orfandad! ¡Cuánta amargura!
Solo en mi amor y en mis angustias.
¡Oh, Dios, cuán solo estaba en mi pasión llorosa!
¡Cuán solo sin tu amor!

II

Pero no pudo nada este ardiente deseo
ni esta **sed**
ni estos brazos, ni mi lengua,
ni mis **ojos** cansados.
Los sacerdotes vienen para oficiar
el rito de misterio y **fulgor**
sobre el altar en **ascuas**
y en el ara: el sacrificio ancestral se realiza
como si fuera el grito universal y eterno
de la vida.

Pero los sacerdotes parecen aves raudas.
Cantan como los cisnes
que la leyenda dice que mueren cuando cantan.
Ya no levantan –pan de ángeles suaves– la **luz**
que una vez dio su vida para salvar la mía.
Levantan turbideces imposibles
en el ámbito oscuro donde el órgano ronca
sus flautas desvalidas.
¡Cómo matan, Señor, mi pávida esperanza!
¡Cómo asesinan, Dios, la fe que me sembraste!
¡Cómo rompen mi alma, que me dijiste eterna,
como un ánfora frágil sobre el suelo de **piedra**!
Sangra el alma una rosa de pétalos dispersos
y un perfume que yerra es el recuerdo
de una aurora de **oro**, de una **sangre** regada
de una **estrella partida** que rasga en dos el cielo.

No es posible que atente tantos vértigos rojos,
tantas olas malditas en las costas de **piedras**,
de **corales** añejos y arenas movedizas
donde una **mariposa de esperanza**
deja rotos y opresas
los pólenes pintados
de sus rasgadas alas.

III

Yo he sufrido, lo sé, a causa de la gente.
Me he pasado la vida anhelando el **mordisco**
de la dicha fratal en el árbol eterno
y al **morderla** he perdido.
Ahora me dicen que el hombre es feliz
porque no es verdad lo del Paraíso perdido
con sus **péridas sierpes**
y sus árboles solos.
Y veo, donde mis **ojos** insensatos caminan
sólo fervor de llanto y misera cosecha
de gusanos y llagas,
y oigo gemir la vida que agoniza
y el mundo que estremece
sus carcomidos y secretos muros.
Y el hombre mata al hombre
y esparce sus cenizas en la **lava del odio**.
Y Amon llena su panza con sus carnes innobles
de los niños enjutos
y cuelga, fruto ancestral del árbol de la vida,
el odio aterrador.
Y me **envenenan** con palabras,
con palabras inútiles como colgajos muertos,
sucias como el grito postrimer de la esperanza,
como el desprecio del burgués
por el lecho gozado de la meretriz.

Luego, a nombre del amor
levantan un lábaro de odio
y un monumento de **oro** a las cenizas.

Y al final,
vencido y solo el hombre vencedor.

¡Desolado vivir!

Y la muerte en sus predios me brinda sus alcores,
sus torvos cerros graves,
su niebla oscura y mansa,

sus libélulas puras
y en la constelación de su mirada niña,
como una adolescente adormecida
abre sus amapolas desangrantes
hacia la leche ardiente del crepúsculo.

Me da su dedo gris la muerte amiga
que me acaricia con sus labios tiernos
como el plumón de blancos palominos
temblantes en el nido
de su oquedad de piedra
y en su naciente pecho de enemiga,
restringa su pezón sobre mi boca
para brindarme el amargor sonoro
de su tétrica luna misteriosa.

Allí señala su **guadaña fría**
que es media luna naufraga en las nubes
con temblores de plata
y agita sus caléndulas traviesas
en una madrugada
que brota en mis **lucientes lentejuelas**
de párpados ardientes.

Sombras sobre sombras, desolado vivir
en soledad eterna.
¡Radical soledad!

y una **rosa de fuego**
quemándole los labios.

Anchos ríos de música
le **atraviesan** el torso.
Su cabeza inaudita
remata un dulce cuello
por donde gruesas venas
fingen lianas salvajes.
Tiene el vientre de **mármol**,
las caderas estrechas
y la esbelta cintura
de **metálico brillo**.
Largos ruedan sus muslos
—¡oh, purísima carne!—
a encontrar las rodillas
firmes y consteladas
y sus brazos se mueven
en caricia infinita
impulsada por músculos
de una tierna dureza.

Aquél que está a la diestra
de los dioses,
y que —desnudo y tenso—
se yergue contra el **viento**
con una lucidez
de **estatua** estremecida.

DAVID LEDESMA VÁSQUEZ, español. De su libro
Cuaderno de Orfeo:

PRIMER LAMENTO DE EURÍDICE

Aquél que está a la diestra
de los dioses, borracho de su **luz**
y su armonía.

Aquél que brota lirios
cuando **mira**. Y que sabe
que su intacta sonrisa
es un **sol** inasible.

Aquél que tiene un ramo
de mirto entre las manos

NÉSTOR LELIEBRE, cubano. De la antología **Viento**
sobre la ceniza:

NUEVAMENTE UN PERRO

Ha vuelto,
ahí está su dueño curándolo.
Envejecido como la eternidad cruza el tiempo
y bosteza un **hambre** agónica.
Sus hoy grises **ojos** naufragan en los rincones
que antaño lo acogieron casi como a un niño;
su cuerpo de ceniza cae del tiempo
y largo se extiende sobre sí mismo;
es su hocico una **punta que se clava** en el alma
y descorre la pasada juventud.

Sus **dientes** saltan despedazados por el olvido
y la inasible espuma de las eternidades.
—No mueras— dice el dueño
después del **sol** que toca nuestra carne
no se apaga la **luz**;
el cisne tiene un raro canto
y la sirena existe en los anhelos de los hombres.
Pero hay otro canto y otra **lluvia**
más acá de las estrellas.
No te vayas, amigo,
ya ves cómo te han puesto los caminos,
los muchachos, las **piedras** y los hombres.

AGUSTÍN LÍAS GARCÍA, cubano. Su poema:

LETANÍA

Si un día **muerdes la luna**
que nos bendijo la primera noche,
al **viento** lanzas los recuerdos
que te seducen a recordarme,
borras los pálidos arcoiris
que le pintamos al invierno
y **rasgas** mi imagen
en tu desprecio,
sabrás que en el voltear de los espejos,
sola, afligida y moribunda,
aparecerá mi alma.

Si un día aparto tus sábanas
jugando al nunca-jamás,
si el florecido jardín de mi **pecho**
cercena el orgullo de raíz,
si el vitral tallado con tu nombre
astillo entre mil improperios,
y como **rayo** escapado
de la tormenta viajo a otros cielos,
sé que al girar las nubes,
vestida de blanco y desvaneciéndose
aparecerá tu alma.

Quizás uno sabe de letanías,
de **estrellas perdidas en el universo**,
pero del amor, de ese **destello de luces**,

meramente sabe Dios.
Y sólo Dios sabe, más allá de las plegarias,
que en los días de negras o blancas nubes
perpetuada en el voltear de los espejos
estarán ya para siempre
unidas nuestras almas.

ADELINA LO BUE. De la antología **18 poetas argentinos de fin de siglo** (Ediciones Eleusis, Argentina 1998):

POETA DEL DESIERTO

Tienes la cara de un poeta en el desierto
ojos cavernas
rios evaporados
mirada que no tiene límites.

En medio del mundo que te despierta
lloras al **león**
huyes de ti y de mí.
El **sol** va detrás. El poeta y el **león** dan la curva.

Desde tu oscuridad arrojas una **lámpara encendida**.

Es destino el azar del poeta.

El **caracol** de la tierra
es el caracol de tu oído.

Entre los ávidos puedes decir
“antes que la forma está la vida”
como un huracán
llevas un cuaderno
notas espantapájaros
jugo de cactus.

¿Quién te hizo esa cara de mortalidad imperfecta?

Tu pensamiento dispara relojes de arena.

En la tarde vives con una **estrella**
te dejas llevar por el **viento**
hacia tu propia forma.

Después te deslizas en
el equilibrio de la noche.

Sol y luna buscan
tus muslos.

El día te **quiebra en serpientes**
que despiertan en la madrugada.

Hay tanto para encontrar.

Cada hora es la más nueva.
Apenas puedes atrapar tu trama.
Tu frente son **lanzas** de porvenir
residuos
destinos.
Dejas al **león**.

Emigras a una primavera
que se detiene para ser alcanzada.

SUSANA LOBO, argentina. De su libro **Pastor del desierto** (Vestal Ediciones. Argentina 1992):

BAJO EL SOL

Bajo el **sol** fermenta
la piel en ampollas del futuro.
Un perro hambriento
escapa de los ojos del alucinado.
A orillas del camino
un borracho **mastica**
la médula del cielo.

La esperanza se corrompe
en el prostíbulo del siglo.

Bajo el **sol**
el exorcismo de los números
señala la vigencia de los miedos
—siempre los miedos y la soledad—
como piel babosa y adherente
que **bebe nuestros ríos**
y nos deja con la carne del desierto

con las cuencas vacías
como laberintos eternos.
Siempre
bajo el sol.

En alguna esquina
alguien que vende los fracasos
ha cavado el foso a tu cuerpo.
Celebra rituales de arcilla.
Talla el cadalso a todo lo previsto
mientras la **sangre del gallo**
chorrea infiernos en sus manos.

Y el tiempo
(prisionero en su castillo)
se prende a tus cabellos
taladra ilusiones
y el frágil equilibrio.

Pero siempre es posible
escalar el **muro** de la helada
trepar por el tejado de la **luna**
donde la magia se enlaza en el maullido
encontrar:
las llaves de la casa
el antiguo rosario de la abuela
la resurrección de los sonidos
aunque el **fuego insomne**
devore el cuerpo de la Tierra.

NICOLÁS LOBOS PORTO, argentino. De **Narradores y poetas** No. 19 (Editorial Bohemia y figura):

EPICEDIO POR MANUEL DE FALLA

1
Feliz tú, que has muerto donde has muerto.

¡Qué **piedra** preciosa el destino de tu ángel,
ir a recoger dormidas voces
en la tierra nevada de cielo de Alta Gracia!

Si todavía no lo creo, aunque ya oigo
tu voz venida de un allá distinto,

impregnada de laureles recién inaugurados,
estremeciéndose con toques de campanas
que no le meterán miedo al gitano con que fuiste,
ese gitano con sombrero de tres picos,
incandescente y tímido, de piel de aceituna,
habitado al goce de los maitines
y ahito de supersticiones de pandereta.

Se agiganta en mí un resentimiento con la muerte,
por haber puesto en ti lo que es carne de mi anhelo,
tocar dormido con el sueño más sueño
el corazón embriagante de ese pueblo.
Es que tú no sabes que allí está elevándose
el meridiano de mi vida,
grito de jazmín de una jornada de **luz**,
sueño único, realidad **ardiente** y candorosa,
que va callada entre los hombres
para que no le arrebaten el secreto de la **pupila**.
Feliz tú, que has muerto donde has muerto.

¡Aunque no lo sepas ni lo quieras,
preocupado ya con el **caracol** del silencio,
que te invita a las islas del otro lado del sueño,
tú, Manuel de Falla, eres hermano mío!
¡Una leche de sueños amamantó tu alma
junto a la corola de esa tierra nuestra,
mía y tuya de distinto modo
pero tan amada toda! ¡Y tan bella!

Feliz tú, que has muerto donde has muerto.

Pero me lastima un resentimiento con la muerte,
por dejarte llevar en la **pupila**,
hacia las islas con túnica de silencio,
un poco de ese cielo,
el que pone mocedades y advenimientos
en el **diamante** de dos palabras:
¡Alta Gracia!

2

Has muerto donde debías morir, gitano:
junto a la miel del paisaje,
enraizado en los crepúsculos de la montaña,
suma musical para tu alma.

De cara a la tierra con mucho de tu España,
la dolida España de cada minuto en tu tristeza,

ancho tañido de sombra
que en toda hispanidad solloza.
Tenía que ser así...
tú venías de los campos maravillados,
con silencios de **alucinaciones**,
con **ríos** de pasado y presente, prietos, lúcidos,
con dimensiones musicales
que no había recogido nadie.

Te perseguían las sombras **erizadas**,
esas que sofocaban a tu España,
esas que te dolían en los **ojos**
y ponían palabras de mayúsculas rojas
en el aroma de los labios
y en la levantada bandera de los puños.

El universo tuyo, único, otro,
se resentía de caminos transversales,
poblados de un lenguaje de arsénico,
destructor de toda vitalidad,
vertiginoso de aviesas actitudes,
mancillador del **agua** y de la nube.

Y España estaba en ti, cálida,
limpia, musical, eterna y válida,
en el **cáliz** de todas las mañanas.
Por eso estaba España en tu dolor,
y tu dolor crecía y se espantaba
en la carne de España.

Tenía que ser así...
tú venías de tierra de Camborios,
de Bradomines y Mairenas,
tierras de gestos masculinos, abiertos,
cálidos, fragantes, decidores...
tú venías, gitano, de un batir de parches,
en el rojo de la gitanería;
perseguidor de horizontes, dominador
de todo laurel y toda rosa,
que en la estirpe hispana bien se nota.

Tenía que ser así.
Tenías que morir en donde has muerto,
Manuel de Falla, hermano mío,
con mucho de rábdomante,
de Juan de Mairena y Marqués de Bradomín.

El ala temblorosa de un sueño

te llamaba a lo lejos,

¡América!

Era un perfume-niño, una brisa sin eco,
un andar de **lluvia** “con los pies descalzos”,
una promesa escrita en cielo y **luz**,
un abrazo de frente, a lo varón,
un **mirar** sin sombras, a lo hidalgo.

Recién supiste tú lo que valía
la voz de un llamado sin embozo,
hecho con sustancia de fraternidad,
con lágrima de emoción altaiva,
perfumando el alma y la **pupila**.

Recién supiste tú que puede haber
fraternidad de brazos en la tierra
no inaugurada por nuestra planta,
no gozada por los **ojos** nuestros.
Y ya no se agitó en temblor extraño
tu bandera de puños levantados.
Un aroma frutal tenía tu mano
y tu palabra se trocaba en canto.

Estabas ya en tu sitio, Manuel de Falla,
hijo de Juan de Mairena, hermano de Bradomín,
sangre de los Camborios, grito de **luna y miel**.

Detrás, gemía la sombra
lo rojo de sus lamentos.
Y España estaba muy cerca
teniéndote ya tan lejos.

¡Qué canto para cantarte
tiene la voz del silencio!
El silencio que nos habla
de tu ceniza en el **viento**.
¡Qué rumbo de canto y **luces**
para irse con tu sombra
por un recuerdo de España
sobre tu voz sin palabras!

Gitano de **luna y cielo**,
hermano de los Camborios,
ya te retiene mi tierra
con el amor de sus brazos.

¡Y en gleba de mis pasiones
corre España con tu **sangre**,
sangre de nunca olvido,
fragua de los suspiros!

¡Qué lágrimas anochecidas
llora la flor de tu España,
gitano de **luna** y cielo,
todo tú, Manuel de Falla!
En el pañuelo del aire
te llegaban, te llegaban
patios del Generalife,
morerías de la Alhambra.

¡Ay gitano de la **luna**!,
luto el **viento** y la palabra.
Sobre caballos del sueño
viene despierta Granada.
Y en la dormida **pupila**
un ángel tiende sus alas.

DOROS LOIZOU, chipriota. De la revista mejicana
Alforja No. VI:

¿HASTA CUÁNDO?

¿Hasta cuándo seguiré sentado
llenando papeles con tinta
ahogándome entre recuerdos mediocres?

¿Por qué me envías a quienes
no saben amar, o ser amados?
¿A quienes no pueden amar
ni mis **ojos**, ni la poesía?
¿Por qué me los envías,
ellos cubren mis manos con **abrojos**,
mi camisa con rojas manchas,
mi alma con enmohecidas nubes?
¿Por qué envías estas máscaras de muerte
a despojarme de mi pensamiento,
mis horas, mi **sangre**?
¿Qué puedo decirles,
qué puedo mostrarles para que crean?,
sus oídos están cubiertos con **cemento**

y sus **ojos** con ceniza de cigarro.
¡Oh, **Sol, Sol**, mi hermano,
sólo en tu **fuego apagaré mi sed!**
Deja que los ángeles traicionados
justifiquen mi amargura.
El ascenso es el **reflejo**
de la caída en las tinieblas.
Ángeles, cobíjenme en sus alas.
Estoy **sediento**. **Me quemo**, ¡ayuda! ¡Agua, luz!

JORGE LUIS LOMBARDERO, español. De la revista *Apocalipsis 0*, No. 0, 1978:

YEGUA DEL ATARDECER

Yegua del espacio,
cabalgo hasta la meta.
Sin montura,
como sonámbulo guardador de rincones,
buscando riendas al destino.

Cabalgo
pura sangre
y florecen
entre tus tallos
las tierras **amarillas**.

El mar,
nuestras huellas,
arena y sal,
clepsidra de tu nombre al alba.
Orilla malherida,
refugio enamorado.

Avanzamos impenetrables,
profundas crines transpiradas.
Indómita yegua,
pálida sombra **lunar**.
Reflejas lo innombrable,
sobre la presa,
como un refugio:
gruta del sexo,
loca caverna.

Babosa vidente,
castigo tus ancas,
acaricio tu lomo,
yegua de la era.
Cabalgo amor
entre guirnaldas
y el frescor de tus **labios** maduros
—coletazo neptúnico—.

Cabalgo médanos,
—hojas del invierno—.
Como una orca a la ballena,
lamo tu lengua.
Recorro,
tu **vagina** enredada de musgos.
Cabalgo,
con la violencia del héroe,
con la certidumbre del fin.

Sirenas y aves nocturnas
me **encandilan**.
Trepo con mi **lava en tu pecho**,
la furia volcánica,
escarpadas colinas
donde el poeta deja su sonido,
—eco de la tierra—
partituras,
escalas del **sol**.

Cabalgo rumbo a tus escollos,
a tus **corales**,
en busca de las joyas.
Perla satánica,
medusas encerradas
en la mirada de piedra.

Cabalgo mis fronteras,
reviso la guarida,
donde centinelas **envenenados**,
ocultan su faz.
Amadas explosiones,
encuentro en la noche,
revisando herraduras,
y el fantasma de la muerte,
alado **murciélagos**,
busca esclavas calaveras nocturnas.

Enciendo el cirio en su cerebro.

Olor,
carne **quemada**,
piel de verano
que arrastra las arenas.

Cabalgo,
entre la comisura de la tregua.

Y amo,
por sobre el atardecer,
tus ancas,
amor.

JORGE LOMUTO, argentino. Dos ejemplos, el primero de su libro **Carmen y la tarde**:

CANTO A UNA SOMBRA

Es ardid de secretos el jardín en tinieblas,
que en la red de su césped los arcanos esconde;
por herméticos **muros** peregrina el **rocío**
mientras calla, emisaria del silencio, la noche.
Bordadora que fluye sin escollos, el **agua**
festonea en espuma simulacros de flores.
Con unción de campana se estremece en un Angelus
el reloj, mensajero vespertino de **bronce**.
Desvanece premururas y espejismos la urbe,
las ventanas se cierran y atenúan las voces;
sólo surge el misterio de la sombra que espera
a que todo se calme, a que nadie la note.
¡Sombra mía que llegas a vestir el **reflejo**,
a **libar en el néctar conjunción de licores**,
esa copa que luego de mis ansias sustraes,
evasión que me veda **vislumbrar** horizontes!
¿Por qué escucho a lo lejos (si adivino tus pasos)
resonar en las huellas melodías de oboes?
¿Por qué vibran los **vientos** y en el mar se aventuran
con ardor las sirenas y las embarcaciones?
Aproxímate sombra, desbarata neblinas.
¡Estremece mis venas, sombra llena de **soles**!
El afán de las **aguas** se prodiga por verte
y demanda a la tierra la efusión de sus brotes.

¡Oh, si fueras noviembre, si en la prófuga **brisa**
que ondulaba trigales y corolas entonces,
al caer de la tarde, con vigor de renuevo,
retornase Talía y escapara Melpómene!

El refugio del parque, con jazmines y **luna**,
volcará entre rapsodias sus iluminaciones
cuando, **fuego y diamante**, por el ámbito **brillen en los ojos** hechizos prestidigitadores.

Di una sola palabra y el febril aleteo
que partió vacilante será vuelo de **cóndores**.

Tócame con tu **aliento** y en instantes el brío
arderá como lámparas en “Las mil y una noches”.

¡**Ilumíname**, sombra, soberana del **Cosmos**,
vastedad y sentido de las **constelaciones**:
quiero verte aunque el lampo la **mirada** destruya,
y abrazarte así seas **combustión que devore**!

El segundo de su libro **Predestinación**:

TRÁNSITO

En el acontecer incalculable
fluyen sobre las piedras los saltos de este río.
Bebí los claros soles,

tibias lunas orladas de amatistas
que hacían murmurar como vertientes
metálicas las gotas.

Con ímpetu por la mañana
despertaba el latir del tallo tibio,
se encendían en todos los espacios
exuberantes bosques.

Me da la polvareda de las rutas
el sulky campesino en el que subo
mientras revivo por la agreste sierra
con el olor a yuyos, pasada la tormenta.

Entre silencios vuelvo a recorrerte,
a encontrar en los típicos arropes
aquel oscuro

color de su **mirada**.

Aún aspiro el mate de los tiempos,
espumante en los sorbos, a lo lejos.

(Torrentes son las horas,
piafantes hacia el mar...)

¿Dónde quedaron, vida, aquellos besos

que tornaron azul el horizonte,
las campanas desnudas,
el amigo remanso de los valles?
¿Dónde descansa el lirio que aromaba las tardes
y alentó los corceles de esas ansias?
Sobre el rastro perdido
fueron amontonándose los años;
otros pesares, otras alegrías,
surcaron el espacio,
heridos por nostalgias, por arrepentimientos.
En lo recóndito,
ya se advierte la senda transitada:
es el indescifrable torbellino
de la suerte común.
Aquello que es ayer marcha creciente,
en rauda trayectoria.

Poco a poco se apagan los haces en la espera.
El retrato de Dorian Gray avanza.
Con la última **luz**,
otro ser guardará melancolías,
cruzará con asombro por áridas incógnitas,
y querrá interrogar
cuál es la mano
que amasa duras
tempestades con sendas diferentes.

Desde entonces todo ente tiene nombre:
humanos, **astros**, océanos, fauna y flora.
La palabra creció como una niña
hacia su esbelta pubertad.
Sus **ojos** adquirieron armonías.
sus manos arrullaban a las sombras
y el volcán de su cuerpo pedía besos.
Era una promesa de canciones.

Un hombre **luminoso** la observaba
con el cerebro **encendido** en emociones
por una extraña música de aromas,
y exclamó: Yo amo
la esbelta doncellez de la palabra.
Y la hizo su eterna compañera
para engendrar su prole de poemas.

II
Libertador de la emoción de **fuego**,
el rostro maternal de la palabra
es la perenne imagen
que llena tu mirada.
Los caminos dorados de la tarde
te llevan al útero fértil de la noche
para engendrar el canto
con la energía de los metales.
Cantar es derrotar a la tristeza
del deseo no saciado,
de la promesa incumplida
ante el reclamo,
de la viudez del **agua**
que recuerda a su fauno.

Poeta,
tu oficio es definido por la **luz**.
Una alegría de **minerales**
vigoriza tu cántico
cuando el cerebro exige
la ternura explosiva de un abrazo
y los motores del viaje inesperado
evocan el silencio del olvido
para vencer
la oculta sensualidad del **llanto**.

Piensa, canta, ríe
porque los **adoquines sienten sed** de canciones
y la nostalgia es un pájaro extraviado.

SALVADOR LÓPEZ GONZÁLEZ, puertorriqueño. De
El diálogo en la llama (Puerto Rico 1998):

GÉNESIS Y TRIUNFO DE LA PALABRA

I
En la aurora del hombre la palabra
era un vital deseo
para liberar el **fuego** de la idea.
El creador del **universo**
se la dio a sus hijos y les dijo:
tienen esta **luz** sonora
para crear y nombrar lo creado.
Con ella amarán, darán al mundo
la intimidad de músicas y nieblas,
los **rayos** de la ira
y los claros mensajes de la paz.

El poema es pan
para la cena del intelecto.
Poeta, dánoslo.

El ángel del trabajo es quien te asiste.
Piensas la **luz** del átomo
y tu **universo** cantas.
Cubre tu voz a las dormidas islas.
El taíno regresa del asombro
con su cobrizo traje de miradas.
Y los ángeles del Africa proclaman:
¡también el verso negro
está en plenitud de la mañana!

Ríes el gozo más profundo
por la jubilosa marcha
de las mentes creadoras.

Si piensas, cantas y ríes
hay un temblor de **llamas**
que estremece
el rostro maternal de la palabra.

Desde el umbral del recuerdo
tu voz sin tiempo grita:
¡cantores del **universo**,
asistan a la fiesta del poema!
(El aroma de la Punta de Jayuya
celebra el encuentro de estas **voz**
con líricos tambores de luceros.)

Sombra **herida** por beso es el momento.
Nace el día de la belleza.
El poeta proclamará su estirpe.

Los ángeles que faltaban se acercan
con música de alisios:
el ángel de la rosa sonreída,
el de cabellos de **arcoíris**
y el de la guitarra del **agua**.
Vienen cantando sus amores
en el instante de la emoción más alta
porque el poeta recrea el **universo**
y por su belleza triunfa
el rostro maternal de la palabra.

MARTA LÓPEZ MONTAÑA, cubana.

DESDE GRECIA

I
Me tragué la noche en Grecia,
las estrellas que cortan
pasaron el pozo vacío de mi garganta de arena.
Cuando los olivos **sangraron**
lo suficiente para saciarnos
no había en Atenas más que grillos,
un holocausto de piel sobre el polvo,
multitud de fantasmas en la colina,
celebrando la bacanal de matarnos de amor.

II
Todo muere cuando evoco Troya,
la calle se enfriá de autos metálicos,
gente díscola en jeans costrosos,
noctámbulas parejas se solazan
tras las cajas hacinadas del puerto
en el desmantelado suburbio.

Luego estalla el disco,
el rojo de las **luces me sangra** desde el techo.
La gente se empapa en alcohol caro.
Aquí es obligado llevar **luciérnagas incendiarias**
en la ropa,
pelo bruñido.
Alguna copa cayó,
regó **diamantes** fríos por el piso.
Desde un rincón
Hermes me hace un guiño.

¿Qué harás
cuando ya no canses el cielo de tantas palomas?
Cuando mi blusa,
hebra de algodón,
no atrape vapores celestiales
los venados dejarán de hacer sombras en mis ojos.

¿Qué harás con tu piel
sedienta y grave
sobre este pabellón florido de mi cuerpo?

ANTONIO LUCAS, español. De **Turia** No. 61:

CABALLOS DE CARTÓN CRUZANDO EL CIELO

Del otro lado de la infancia
vienen esas voces de colores,
estos lápices que tensan la verdad de la mañana:
volcán de niños golpeando el aroma de las flores
en los parques.

Una vez ahí te **viste**, aunque no te reconoces,
coronado de cintas y **dragones**.
Clavicordio de risa permanente dando forma al vacío
de las horas, verbo al sueño. Ganando mil batallas.

Nunca el tiempo fue más bello ni más alta su cima.

Caballos de cartón cruzando el cielo.

Y nunca te asustó la **fiebre**,
porque estaba hecha de espuma,
plegada en un océano de sábanas.
El dolor, entonces, aún era misterio.

Hacías de la tarde un vasto territorio,
un triángulo de **llanto con sol** en cada esquina;
y lentamente abrías abismos a tu paso,
vengabas las **estrellas**
lanzando tus ejércitos de **llamas** en la noche:
sonora turba virgen sin secretos.

¿Quién habitó esos días despojados de ira?
¿Quién anunciaba la muerte en pantalones cortos?
¿Quién dejó allá abajo, del otro lado de la infancia,
su huella como honda epifanía,
su ansia de lo eterno?

De aquello que aprendiste nada queda,
pues tu memoria de entonces crepita
en la memoria de los otros.

A veces es ceniza, a veces una música inconcreta,
un círculo de **oro** con libélulas,
una leve vibración como un **estanque**,
una cueva de **crystal dentro del pecho**.

Era edad sin edad,
semilla verdadera.

Jamás andar descalzo fue tan cierto.

LEOPOLDO DE LUIS, español. De **Las 2001 noches**
No. 2:

AUNQUE ES DE NOCHE

Había atravesado caminos como mundos,
ciudades como tumbas y mares como olvidos.
Y traía los ojos como **sueños profundos**,
como cielos **heridos**.

En sus **ojos** de sombra nos miramos. Espejos
silenciosos de noche. **Luna** de soledades.
Emergió nuestra imagen lentamente de lejos,
de perdidas edades.

Se concitaron rostros olvidados, espumas
felices y paisajes que ahora el recuerdo nieva.
Sumidos materiales de vida; leves plumas
que la inocencia eleva.

Manos con sus pequeñas raíces infantiles
que aún descuelgan sus **frutos de frías acideces**.
Arboles que sombrean avenidas de abriles.
Amor de tantas veces.

Humildes servidumbres de objetos familiares.
Monedas de sonrisas, de rencores, de pena,
con que fuimos comprando años crepusculares
que ahora el dolor ordena.
Huellas como hojas secas, desenterrados dioses
fungibles. Esperanzas de **quebrado alabastro**.
Clausuradas estancias y pálidos adioses.
Todo súbito rastro.

Nos vimos sucesiva, mortalmente anegados
de oleadas de tiempo, de lluvias tumultuosas.
Desde los hondos pozos del recuerdo lanzados,
desde sus ciegas fosas,

hasta aquellos dos nichos de soledad **herida**
donde se sepultaban inevitables muertos,
donde se reencontraba turbiamente la vida,
los años descubiertos.

Nos sentimos distintos.
Hijos de un tiempo extraño.

Nacidos de una tierra que el odio transfigura.
La soledad tenía nuestro propio tamaño,
nuestra misma estatura.

Nos vimos recorriendo planicies de ceniza,
campos donde la **sangre** rabiosamente prende,
surcos por donde el grano sólo en **hambre se eriza**,
montes que el **sol no enciende**.

Albas que rebotaron su terrible pelota
de esquina a esquina y en pretilles ciegos,
por las que desfilamos hacia la tarde **rota**,
herida a carne y fuego.

Bosque que animaliza, que levanta
levas de instinto torpe, sordas **piedras**,
cerrando de los pies a la garganta
sus ancestrales yedras.

Nos sentimos nacer entre disparos
de plomo y odio, entre feroz acecho:
ya no éramos aquellos que fuimos, ni los claros
días que están dentro del **pecho**.

Se nos iban historias, devoraban historias
felices esos **ojos**, esa fantasmal ave
que trajo hasta las tierras de inocentes memorias
la hombría **amarga y grave**.

Unos **ojos** de noche donde nunca hay mirada,
del fondo de los nuestros la vida recogían.
Unos **ojos**, un **hielo**, una pena, una nada,
una noche, se abrían.
Una noche se abría como un campo de guerra,
como **sangre que sacia el ansia de un desierto**,
como un rencor, como una deshabitada tierra.
Una noche se ha abierto.
Desterrados de un alba que el corazón aún sueña,
de un amor, de una aurora que el corazón querría.
Poblando de humo triste, de soledad pequeña,
una casa vacía.

Pero seguimos siempre. La oscuridad tanteamos.
Ciegos, torpes, **heridos** contra las sombras prietas.
Tenazmente, en el **muro** de las sombras cavamos
rabiosamente grietas.

Desde la pena puede abrirse la esperanza
como desde la noche nacer la aurora pura.
El corazón del hombre a la **luz** se abalanza
de una gran hendidura.

De un **tajo** en la tiniebla, una alegría
donde otros hombres pisarán seguros.
Aunque es de noche vamos elaborando el día
de esos hombres futuros.

Las sendas de la aurora transitan por la falda
sombria de la noche; las que al hombre renuevan
cruzan por nuestro pecho, pesan en nuestra espalda,
nuestros hombros las llevan.

Tajos de luz, tajos de vida, tajos
de esperanza. La noche se estremece.
Caminamos buscándolo: el día en los atajos
del mundo, crece y crece.

Acaso cuando **alumbre** nos hayamos perdido
ya un poco entre la niebla de nuestra propia pena.
Nuestros pasos cansados resonarán a olvido
por avenidas de callada arena.

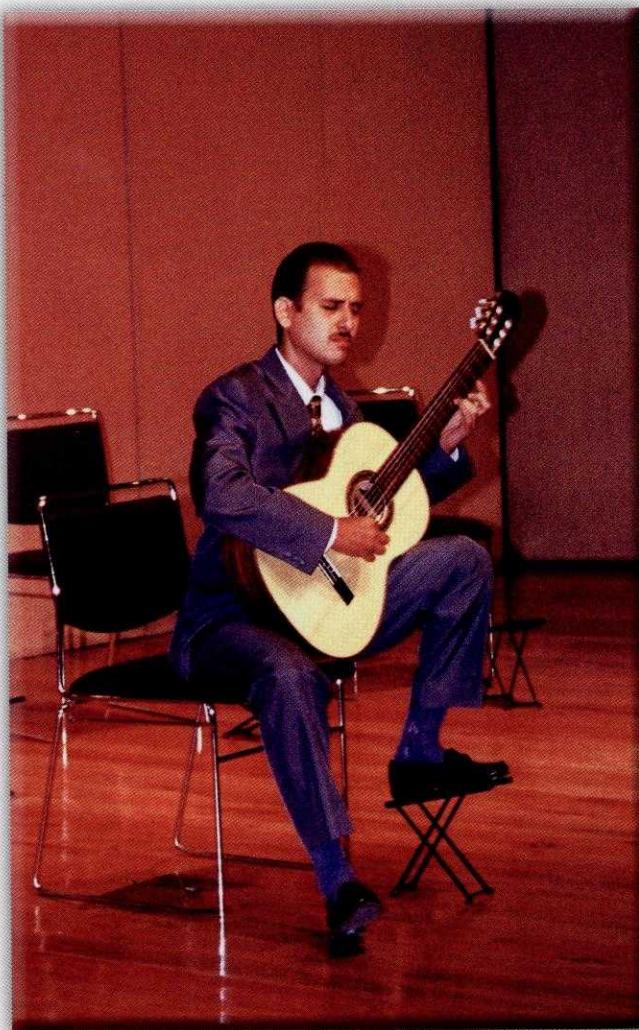
Aún tendremos acaso esta antigua costumbre
de mirar con extraña manera dolorida.
Porque llevamos dentro **hiriéndonos la lumbre**,
y aunque es de noche amamos nuestra vida.

Fredo Arias de la Canal

POETAS INCLUIDOS EN ESTE ESTUDIO

Alfredo Gangotena
Carlos Galindo Lena
Jorge Luis Garcés Guerra
José Luis García Herrera
Elléale Gerardi
Vicente Gerbasi
Joaquín Giannuzzi
Pere Gimferrer
Antonio Giraudier
Teresa Girbal
Alberto Girri
Pedro Oscar Godínez
Eliana Godoy Godoy
Ileana Godoy
Ismael Gómez Peralta
José Miguel Gómez
Juan E. González
Renael González Batista
Manuel González Busto
Juan René González Coyra
Orestes González Garayalde
Daniuksa González González
Antonio González-Guerrero
Manuel González-Mohino Espadas
José María González Ortega
Jorge Enrique González Pacheco
Angel González Quesada
Ronel González Sánchez
Gabriela Gorgo
Antonio Guerrero
Osvaldo Guevara
Angel Guinda
Enrique Gracia
Luciano Gracia
Luis Gras Tous
Valentín Graña Pérez
Alpidio Alonso Grau
María Inés Grivarello Offado
Antonio Gutiérrez González de Mendoza
Daniel Gutiérrez Pedreiro
Daniel Gutman
Carlos Hermosilla Álvarez
José Hierro
Raúl Hernández Novás
Jorge Enrique Hadondoniu
Oscar Hahn
Rodolfo Hasler
María Haydee Spinello
Anne Hébert
Herberto Helder

Francisco Henríquez
Yanisa Henríquez Echeverría
Carmen Hernández Peña
Alina Hernández Pérez
Raúl Hernández Pérez
Lupo Hernández Rueda
Aurelio Hernández Sánchez
María Luisa Hidalgo
Jorge Hidalgo Pimentel
Nazim Hikmet
Nilda Hoffman
José Homero
Mabel Hurtado
Guillermo Hurtado Álvarez
Francisco Hurtado Mendoza
Raúl Ibáñez
Suleika Ibáñez
Pilar Iglesias Nicolás
Juan Jiménez
Luis Carlos Jiménez Varela
Raquel Jodorowsky
Ana María Julio
John Keats
Charles Kay
Carlos Kuraiem
Cristina Lacasa
Ramón Elías Laffita
Claudio Lahaba
Pedro Lahorascala
Alfonso Larrahona Kästen
Hernán Lavín Cerdá
Mariano Lebrón Saviñón
David Ledesma Vázquez
Néstor Leliebre
Agustín Lías García
Adelina Lo Bue
Susana Lobo
Nicolás Lobos Porto
Doros Loizou
Jorge Luis Lombardero
Jorge Lomuto
Salvador López González
Marta López Montaña
Antonio Lucas
Leopoldo de Luis



ELIEZER TRAVIESO, eminente músico cubano, ha sido propuesto para recibir la **ORDEN POR LA CULTURA NACIONAL**, máxima distinción que otorga el **Ministerio de Cultura de Cuba**.

